



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

Migración de riesgo en el tránsito de la ruta noreste:
Subjetividades desde una escucha significativa

T E S I S

**QUE PARA OPTAR AL GRADO DE
MAESTRA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

P R E S E N T A

MÓNICA BAYUELO GARCÍA

DIRECTOR DE TESIS

DOCTOR JOSÉ JUAN OLVERA GUDIÑO

Monterrey, Nuevo León, febrero de 2021

Autorizo la reproducción y divulgación total o parcial de este trabajo, por cualquier medio convencional o electrónico, para fines de estudio o investigación siempre que se cite la fuente.

A los migrantes, por la valentía para cruzar sus propias fronteras.

A Rigo, Don Jacobo y a padre Pedro Pantoja, seres entrañables que apenas hace poco
estaban con nosotros.

A Mayela Álvarez, que tu luz nunca se apague. Te buscaremos hasta encontrarte.

Todo acto de percepción es, hasta cierto punto, un acto de creación, y todo acto de memoria es, hasta cierto punto, un acto de imaginación.

Gerald M. Edelman

Escuchar es una sombra e iluminarla, participar de su secreto relieve.

Francisco J. Rivas

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas fueron generosas conmigo y con mi trabajo durante este tiempo. Estoy infinitamente agradecida con cada uno de los migrantes que confió en mí para compartir y recordar episodios de su vida y con quienes guardo memorias llenas de afectos. Sin ellos este trabajo no existiría. Quisiera agradecer especialmente a mi director de tesis, el doctor José Juan Olvera Gudiño, por el noble y comprometido acompañamiento para encaminar y reflexionar lo que más tarde se convertiría en este texto, por su sensibilidad musical, decisiva para el rumbo metodológico propuesto y por la libertad y paciencia para dejarme explorar mis propias capacidades perceptivas. A mi Comité de tesis, los doctores Natalia Bieletto Bueno, Carmen Fernández Casanueva y Miguel Olmos Aguilera por leerme con atención y compartir conmigo su conocimiento, orientando y comentando mi tesis oportuna y entusiastamente. A los representantes de los albergues, Jennifer Long y José Luis Martínez, quienes me abrieron las puertas de esos espacios, confiando y alentando mi trabajo. Entré a Casa Marianella siendo una persona y salí de Casa del Migrante de Saltillo como otra y estaré siempre en deuda por todas aquellas enseñanzas de vida. Gracias también al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Unidad Noreste por la oportunidad de desarrollarme como antropóloga. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el sostén financiero para este proyecto. Nada de esto se hubiera materializado sin su apoyo. A mis profesores del posgrado, en particular al doctor Shinji Hirai y a la doctora Séverine Durin por las recomendaciones y sugerencias que enriquecieron mis ideas. A Eugenia Cavazos, por iluminar mi vida regia con amor y sororidad. A Jessika Juárez por haber creado un espacio sensible durante las horas más largas dentro de la Casa del migrante de Saltillo. A Raúl Pelayo por su honesto cariño punk. A los trabajadores de CIESAS Noreste, a Jorge Esparza por su gran disposición dentro y fuera de la biblioteca. Agradezco también a mis profesores y compañeros del diplomado “El giro sonoro. De lo audible a lo aural” porque este trabajo mucho se nutrió de las ponencias y posteriores discusiones semanales. A las amistades honestas que constataron su presencia en mi vida estos dos años escuchándome con toda la atención. A las nuevas personas que durante mi trabajo de campo me tendieron una mano y que, sin saberlo, me prepararon con su gran cariño para escuchar posteriormente las historias aquí contenidas. A Martha García Deloya, por ser siempre fuerza vital e inspiración y por abrirnos su casa y lograr llevar este proyecto a buen puerto.

RESUMEN

Migración de riesgo en el tránsito de la ruta noreste: subjetividades desde una escucha significativa

Mónica Bayuelo García

El propósito de esta tesis es conocer las experiencias de escucha en migrantes centroamericanos que transitan por el corredor noreste mexicano hacia Estados Unidos y destacar los significados asociados a los sonidos experimentados y recordados a través de su testimonio en dos albergues: Casa Marianella, en Austin, y Casa del migrante de Saltillo, en Coahuila. Se explora la categoría de riesgo como un elemento condicionante de las formas de percepción sensorial en el contexto de movilidad en esta ruta y se propone que, además, está asociada con los medios de transporte empleados, condición subordinada por su estatuto migratorio. La naturaleza compleja, heterogénea y fluida de las variantes explican el enfoque interdisciplinar que compone esta tesis, el cual parte de los presupuestos de la teoría social fenomenológica sobre lo subjetivo, y los estudios sonoros, haciendo hincapié en el cuerpo como continuidad sensorial en el mundo y a partir del cual se crea el conocimiento sobre éste.

Palabras clave: subjetividad, migración centroamericana en tránsito, riesgo, percepción aural, formas de escucha, testimonio.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| ÍNDICE | 7 |
| Índice de tablas | 9 |
| Índice de fotografías | 10 |
| Índice de gráfica y mapas | 11 |
| Lista de abreviaturas | 12 |
| INTRODUCCIÓN | 13 |
| Presentación del problema | 13 |
| Preámbulo de la etnógrafa y reconfiguración de este trabajo | 17 |
| Antecedentes del problema: viajar por México sin documentos | 18 |
| Investigaciones previas sobre sensorialidad, auralidad y afectividad en el contexto migratorio | 22 |
| Marco teórico conceptual: ser con otros en el mundo | 25 |
| Inter-subjetividad: el cuerpo como frontera y continuidad | 26 |
| Percepción aural y tipos de escucha migrantes | 28 |
| Sobre la idea de tránsito y la migración de riesgo | 32 |
| Vínculos entre silencio, trauma y testimonio..... | 35 |
| Metodología y estrategias de recopilación etnográfica | 36 |
| Composición de la tesis | 41 |
| CAPÍTULO I. EL ORIGEN Y EL PASO POR CENTROAMÉRICA | 43 |
| <i>“We are here because you were there:”</i> orígenes de la migración hondureña hacia Estados Unidos | 43 |
| El ambiente sonoro de Honduras | 46 |
| Bienes simbólicos musicales: de la punta catracha al reguetón | 46 |
| Sara: transfobia y militarización | 49 |
| Jorge, el oído como supervivencia..... | 52 |
| Las salidas apresuradas: la escucha semántica del rechazo y de las amenazas..... | 55 |
| Acontecimientos sonoros de origen: entre sirenas, balazos y voces familiares | 56 |
| Detonaciones y machetazos | 57 |
| Sirenas, patrullas | 57 |
| Los sonidos del paso por Centroamérica: las extorsiones policíacas | 58 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO II. CRUZAR MÉXICO Y SUS FRONTERAS..... | 61 |
| Los que viajan. Razones y situaciones migratorias | 62 |
| Don Jacobo, la furtiva búsqueda de paz..... | 62 |
| Rigo: “Yo puedo viajar a todo México” | 64 |
| La relación entre transporte, situación migratoria y percepciones de riesgo | 66 |
| Momentos de la transitoriedad | 68 |
| Los peligros de la industria migratoria en la “era del terror” | 70 |
| La percepción aural de la migración de riesgo | 77 |
| Lo que se escucha en la frontera sur: “el tren alistando todo” | 81 |
| Más allá de la frontera sur: la persecución, el rechazo y la telefonía como aliado | 81 |
| Ecos de persecución y discriminación | 81 |
| Coros de rechazo..... | 83 |
| El aullar de La Bestia..... | 83 |
| La fuerza afectiva en la telefonía | 85 |
| La escucha delirante: Jorge: el viento y la voz de la madre como guías de vida | 86 |
| El cruce de la frontera México-Estados Unidos: entre el delirio y lo divino | 89 |
| CAPÍTULO III. LAS SONÓSFERAS DE LOS ALBERGUES Y LOS CENTROS DE DETENCIÓN..... | 92 |
| ¿Qué es una sonófera? | 93 |
| Las casas de migrantes como oasis | 94 |
| Los ritmos de la Casa del migrante de Saltillo, Coahuila | 98 |
| Casa Marianella, Austin, Texas: entre el rap gospel y el plurilingüismo | 111 |
| Acoso sonoro en los centros de detención del sur de Estados Unidos | 120 |
| CAPÍTULO IV. SILENCIO, TRAUMA Y TESTIMONIO..... | 124 |
| Los silencios del tránsito | 124 |
| Romper con el silencio | 129 |
| Jorge, el testimonio | 131 |
| Cheli, la recuperación del sujeto | 136 |
| ¿Continuidad o ruptura traumática? | 142 |
| CONCLUSIONES | 145 |
| BIBLIOGRAFÍA | 149 |

Índice de tablas

| | |
|---|-----|
| Tabla 1. Información referencial sobre las personas migrantes que integran la investigación | 21 |
| Tabla 2. Sonoridad, formas de escucha y afectividades del tránsito migrante centroamericano | 80 |
| Tabla 3. Tipificación del silencio en el tránsito centroamericano | 126 |

Índice de fotografías

| | |
|--|-----|
| Fotografía 1. Migrantes portando banderas de países del Triángulo Norte | 54 |
| Fotografía 2. Vista del fondo de la calle Gunter, en donde se encuentran las vías férreas vecinas a Casa Marianella..... | 97 |
| Fotografía 3. Migrantes que acompañaron la misa del día de muertos en honor a los migrantes asesinados en el paraje vecino a Casa del migrante de Saltillo | 99 |
| Fotografía 4. Rutina de limpieza semanal en la CDMS..... | 102 |
| Fotografía 5. Migrante hondureño disfrazado interpretando una canción de Juan Gabriel durante la primera sesión de karaoke en la Casa del migrante de Saltillo | 105 |
| Fotografía 6. Vista principal de la Casa del Migrante Saltillo..... | 106 |
| Fotografía 7. Tendedero con algunas de las fotografías de migrantes desaparecidos durante el tránsito y buscados por sus madres en caravana..... | 107 |
| Fotografía 8. Conjunto Fara Fara amenizando la cena que recibió el 25 de noviembre de 2019 a la caravana de madres centroamericanas en búsqueda de sus hijos desaparecidos | 108 |
| Fotografía 9. Murales de las patronas y algunos defensores de la paz en el patio de Casa Marianella..... | 112 |
| Fotografía 10. Dibujo/pintura de la Virgen de Guadalupe hecho a mano por algún residente de CM | 116 |
| Fotografía 11. Vista principal de Casa Marianella, en Austin, Texas. | |
| Fotografía recupera de la página de Facebook de CM..... | 118 |

Índice de gráfica y mapas

| | |
|--|-----|
| Gráfica 1. Géneros musicales escuchados por migrantes en CDMS | 48 |
| Mapa 1. Representación experiencial en el origen y el tránsito. Autor, Sara | 51 |
| Mapa 2. El mapa del tránsito de la familia Cabrera | 59 |
| Mapa 3. Ruta del tránsito noreste y casas de migrantes visitadas durante el trabajo de campo. Elaboración: Román Saucedo. Fuente: INEGI. | 76 |
| Mapa 4. El tránsito de Jorge. Grupo focal 2, Saltillo, Coahuila, 2019 | 133 |

Lista de abreviaturas

ACNUR: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

CDMS: Casa del Migrante de Saltillo

CIDH: Comisión Interamericana de Derechos Humanos

CM: Casa Marianella

COMAR: Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados

CONAPO: Consejo Nacional de Población

CRESSON: Centro de Investigaciones sobre el Espacio Sonoro y el Entorno Urbano

DEM: Diccionario del Español de México

DIN: Dirección de Investigación Nacional

DRAE: Diccionario de la Real Academia Española

INM: Instituto Nacional de Migración

IIJ-UNAM: Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México

Migración de riesgo en el tránsito de la ruta noreste: subjetividades desde una escucha significativa

INTRODUCCIÓN

¿Cuántas fronteras puede guardar un cuerpo? Aquella que se pierde entre mi piel y tu territorio poroso. La babel membrana de nuestras lenguas. La cuerda que vibra en tu garganta. Aquella que bordea mi nombre para alcanzar, quizás, el tuyo. La que se abre oceánica, entre el agua de tu paso y los ríos que bañan mis pies sin tregua. Las cruzaremos una por una. Las cruzaremos todas con nuestros papeles falsos.

Pasos de frontera (4), Cristina Burdeo Salazar

Presentación del problema

Eleazar¹ reunió un poco de dinero y salió de Honduras apresurado por reunirse con su esposa y su hijo, quienes ya lo esperaban en México para cruzar juntos hacia Estados Unidos. No es la primera vez que él se ha desplazado hacia el Norte y reconoce que cada vez que ha dejado su país la experiencia ha sido distinta. De entre todas, ésta es la que califica como la más inesperada por las complicaciones que han retrasado el objetivo de estar con su familia.

Recién llegado a La Técnica² conoció a dos compañeros quienes, al igual que él, no contaban con documentos migratorios. Desde su encuentro viajó con ellos y los describe como “compañeros fieles en las buenas y en las malas”. Esta lealtad se puso a prueba en varios momentos difíciles de su travesía; en Palenque, por ejemplo, uno de sus amigos expresó su temor para tomar el tren apenas verlo pasar; sin embargo, las palabras de ánimo se hicieron presentes: “¡Tú puedes, tú puedes, tú puedes subirte!”.

¹ Por razones de confidencialidad, todos los nombres reales de los colaboradores de este trabajo han sido sustituidos por pseudónimos.

² La Técnica es un punto fronterizo de Guatemala colindante con la Frontera Corozal, en el estado mexicano de Chiapas, municipio de Ocosingo, en la ribera del río Usumacinta.

No todas las palabras escuchadas fueron agradables. Una vez arriba del tren, Eleazar recuerda la familiaridad con la que escuchaba las agresiones de los agentes de migración mexicanos que les gritaban desde la orilla de las vías:

Párense hijos de ... y las malas palabras. Pero gracias a Dios también superamos eso. Una voz que uno escucha ya está como grabada lo que ellos le dicen y empiezan a maltratarlo a uno. Pero como yo ya he viajado mucho, ya más o menos tengo una idea de lo que va a pasar.

Apenas llegó a Orizaba se comunicó con su familia que entonces se encontraba en Monterrey; su hijo pequeño le exigía a través del teléfono: “Papi, ya apúrate que ya tengo mucho tiempo de no verte.” Habían pasado cinco meses desde la última vez que estuvieron juntos y por eso aquella voz lo apresuraba para seguir su travesía y al mismo tiempo lo llenaba de fuerza, a pesar de que el cansancio durante su camino no tenía tregua y las dolencias del cuerpo se acentuaban con las inclemencias del tiempo.

Con la urgencia por reencontrarse con los suyos, avanzaba en el camino de día y de noche: apenas bajaba de un vagón para tomar el otro. Este ritmo provocó que las horas destinadas al sueño se redujeran drásticamente y, cuando había oportunidad, los sitios para descansar no siempre eran los más seguros. Una noche tuvo que dormir afuera de la Casa del Migrante de Huehuetoca, en el Estado de México, pues él y sus compañeros habían rebasado el horario de entrada. La puerta de este albergue está separada de las vías del tren apenas por unos seis metros, por eso, cuando el tren llegó, su presencia envolvió todos sus sentidos, incluso en un estado de ensoñación:

Estábamos dormidos y de repente pasa el tren, y aunque estaba dormido, pero como en el mismo consciente uno ya trae el sonido del tren y me levanté dormido a querer agarrar el tren. Me levanto y como que algo me dice “va muy rápido” pero al mismo tiempo me digo “Dios mío qué estoy haciendo”. Iba a agarrar el tren dormido. Porque como uno ya trae ese trauma... N’mbre, me hubiera matado.

(Eleazar, migrante hondureño, comunicación personal, 2 de octubre, 2019).

Éste no fue el único momento en el que Eleazar se encontró en una situación peligrosa: después de un breve descanso, continuó su travesía en el tren con rumbo hacia el norte. Apenas descendiendo de La Bestia en la ciudad de Saltillo, algunos policías comenzaron a perseguirlos a él y a sus compañeros y, al aventarse para cruzar una alambrada intentando escapar, Eleazar se dobló el pie. Además del dolor generado por aquella fractura, otro dolor apareció, éste ocasionado por la falta de empatía y solidaridad de uno de los perseguidores ante su sufrimiento: “Una de las voces que más me duele es la del policía que me decía ‘Yo no te voy a cargar, vos tienes que llevarte arrastrado’. Y no podía caminar: ‘Ya no puedo, ya no puedo’, le decía yo. ‘Tú vas a

llegar solo y arrastrado'. Y así venía, arrastrado, había un poco de abismo, pero pues así seguía. Eso sí me dolía.”

Eleazar compartió su experiencia a viva voz desde la Casa del Migrante de Saltillo, albergue donde fue acogido y enviado de inmediato a la Cruz Roja para atender su fractura. En este fragmento de su historia, destacan, además de la separación de su familia, las complicaciones que ralentizaron la meta de reunirse con ellos y los vínculos afectivos creados durante el viaje, la relación entre algunos sonidos de su tránsito y las formas en la que esta banda sonora fue percibida por su protagonista: la familiaridad con los gritos de discriminación y la dolorosa decepción al ver cómo los policías permanecían inmutables a su vulnerabilidad, contrarrestados por la percepción de otras emisiones, como las voces de seres queridos que se transformaron en impulsos de aliento para continuar el viaje.

Al igual que él, miles de migrantes hondureños abandonan el mundo conocido y atraviesan México con la intención de llegar a Estados Unidos enfrentándose a situaciones similares, sobre todo si han transitado por la ruta noreste, la cual inicia en el sur del territorio mexicano, en el estado de Chiapas, principalmente, y que sigue hacia el norte por estados como Tabasco, Veracruz y Oaxaca; el Bajío, conformado por los estados de Querétaro y Guanajuato, hasta llegar a las tres entidades que conforman el noreste mexicano: Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

El viaje no siempre es amable y está provisto de múltiples factores que condicionan la experiencia sensorial de quienes lo transitan, pues los migrantes experimentan la movilidad desde el cuerpo. Dentro de la comprensión antropológica de la migración, y en especial desde la socioantropología de los sentidos, la corporalidad ocupa un papel relevante por el constante cambio de contextos a los que están sujetos los que migran. Realizar una travesía de más de 2,000 kilómetros por tierra, implica “las dolencias físicas derivadas de largas caminatas, enfermedades estomacales, fiebres, heridas, escoriaciones y sangrado de pies, además de alimentación precaria, la sed y el hambre” (Valenzuela 2019, p. 16). Además, están involucradas otras sensaciones específicas asociadas a la situación migratoria, los medios de transporte, así como las derivadas de las interacciones con actores que van adhiriéndose durante el trayecto.

A la luz de que cada uno de los sentidos humanos trabaja de distinta manera pues procesan materia específica (Domínguez 2015, p. 6) y que es imposible abarcarlos

todos en el margen de una tesis, ésta explora el auditivo. Especialmente, la percepción de las emisiones sonoras tomando como premisa las dos posibilidades de interpretación del sonido, primero, desde su naturaleza física, es decir, acústica, como en el caso de la resonancia del tren en el inconsciente de Eleazar, pero también en los modos en los que los fenómenos físicos son percibidos y significados culturalmente, esto es, lo que provocan en los sujetos, por ejemplo, las palabras de rechazo que causaban dolor al protagonista de esta primera viñeta.

No todos los sonidos son percibidos de manera negativa durante el tránsito, están, por mencionar algunos, las voces de los seres queridos, los momentos de trance, individuales y colectivos, o la música asociada a sensaciones de festividad en los albergues, mismos que se muestran como sinónimos de impulso, tranquilidad o desasosiego durante el viaje. Aquellos vinculados a sensaciones poco favorables guardan relación, en primer lugar, con el transporte empleado y, en segundo, con mensajes de discriminación.

Dentro de esta reflexión surgen preguntas como: ¿A qué suena el tránsito migrante por el corredor México-Estados Unidos? ¿Cómo y en qué condiciones escuchan los que viajan? ¿Su percepción auditiva está determinada por su situación jurídica migratoria? ¿La sonoridad del tránsito *acompaña* a los migrantes o su percepción es una herramienta que les ayuda a sobrevivir el trayecto? ¿Cómo es que un estímulo sensorial sonoro ayuda en la construcción de una emoción y ésta a una lógica de acción?

De esta suerte, el objetivo de esta tesis es conocer las experiencias de escucha en migrantes centroamericanos que transitan por el corredor noreste mexicano hacia Estados Unidos y destacar los significados asociados a los sonidos recordados a través de su testimonio enunciado en dos albergues: Casa Marianella, en Austin, y Casa del migrante de Saltillo, en Coahuila.

En consecuencia, se plantean los siguientes objetivos específicos:

- Identificar cuáles han sido las rutas y medios de transporte más usados por los migrantes.
- Compilar los sonidos que componen la ruta sonora migratoria noreste.
- Encontrar una correspondencia entre los sonidos recuperados y las afectividades asociadas.
- Identificar a los actores involucrados en el desplazamiento de los migrantes.
- Explorar el papel de las casas para migrantes en los modos de interrelación de los migrantes.

Preámbulo de la etnografía y reconfiguración de este trabajo

Esta tesis tuvo modificaciones importantes desde su concepción y debo compartir el trayecto a través del cual hice un replanteamiento del problema y de la perspectiva con la que fue abordado. Si bien mi interés por las narrativas migratorias surgió con más fuerza durante una estancia en California en la cual trabajé y en donde escuché las historias de familiares, compañeros y amigos sobre cómo habían llegado a Estados Unidos, esta curiosidad tuvo como primera referencia un análisis discursivo sobre la construcción del héroe en corridos sobre tráfico de drogas hecho durante mi formación universitaria en Lengua y Literatura Hispánicas que más tarde se convirtió en mi tesis de titulación y cuyas temáticas eran muchas veces paralelas a las canciones sobre migrantes.

Con estos antecedentes, la pregunta eje de este trabajo estaba encaminada en un principio a conocer la subjetivación de la experiencia de movilidad a través de creaciones lírico-narrativas por parte de sus protagonistas; es decir, la significación de la experiencia relatada a través de música y soportada en la materialidad, como la escritura o el registro sonoro desde donde podría más tarde analizarse. Tras varios acercamientos al campo hubo una recomposición en la que era imprescindible considerar la cuasi constante tensión bajo la que los migrantes viajan; es cierto que estas creaciones líricas escriturales existen, pero pareció más representativo prestar atención a las prácticas más constantes y a sus circunstancias. Lo que intento explicar en esta tesis son las significaciones que ellos han dado a la relación entre sonido y escucha, también conocidas como auralidad, durante su trayecto por medio de su narración testimonial.

Antecedentes del problema: viajar por México sin documentos

El escenario crítico en Centroamérica es complejo y las razones por las que las personas migran son variados. No es un secreto el contexto de violencia que día a día se vive en aquella región, más acentuado en Honduras, debido a las crisis económicas, consecuencia del neoliberalismo, que han devenido en pobreza; la presencia de pandillas, misma que ha restringido las dimensiones de la vida social por la persecución y las venganzas, secuestros y asaltos; además del vínculo entre el Estado hondureño y el narcotráfico, sin contar los desastres naturales que han azotado a aquel país en más de una ocasión.

El panorama no es muy distinto durante la movilidad de los migrantes por México. Este camino se ha convertido en un espacio donde la desigualdad de desarrollo es evidente y está supeditada a las políticas que impiden transitar con holgura por el país, volviendo a los migrantes aún más vulnerables a caer presas del crimen organizado, de agentes del Estado corruptos o de ambos. A lo anterior habrá que añadir, como menciona la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en su Informe sobre Derechos humanos de los migrantes y otras personas en el contexto de la movilidad humana (CIDH 2013), la ausencia de respeto hacia sus derechos humanos por parte de la sociedad civil y de instituciones, en materia legislativa y judicial.

Esta crisis está supeditada a los cambios en las leyes y decretos mexicanos los cuales han demostrado estar sometidos a los mandatos de Estados Unidos, país que desde 2008 endureció sus políticas migratorias. Años más tarde, en 2014, México implementó el Plan Frontera Sur que complicó todavía más la ya peligrosa situación de los migrantes pues permitía que autoridades mexicanas, como el Instituto Nacional de Migración (INM) los detuvieran y deportaran. (Rodríguez 2018, p. 113). Esta escalada jurídica se intensificó en junio de 2019 con la firma del tratado en el que México se comprometía a la contención de migrantes indocumentados que se dirigían en caravanas hacia el Norte a cambio de evitar la imposición del 5% de aranceles progresivos a los productos mexicanos de importación (Arista, *Expansión* 23 de enero, 2020). Para conseguirlo, el gobierno mexicano llevó a cabo tres acciones principales, la primera de ellas fue el despliegue de seis mil elementos de la Guardia Nacional que militarizaron la frontera con Guatemala y sus alrededores para localizar, detener y deportar a personas del Norte de Centroamérica, una segunda fue la detención de los

líderes de las caravanas antes de que ingresaran a territorio estadounidense, la última fue el congelamiento de veintiséis cuentas bancarias presuntamente relacionadas al tráfico de personas. (BBC News Mundo 2019). Esta sumisión político-económica, instaurada con el propósito de replegar la presencia de los extranjeros al sur de México, ha extendido la oferta de trabajo temporal para los centroamericanos bajo el compromiso de permanecer en esa zona, lejos de la frontera norte (Martínez y Muñoz 2020; Nodal, 24 de enero, 2019).

El escenario por el que se transita tiene mucho de clandestino para “el transmigrante”, como se le llama también al migrante en tránsito, “fugaz y anónimo” (Rivas 2011, p. 14), acaso por eso resulta complejo para las autoridades e instituciones competentes tener registros precisos de las causas de salida, así como del flujo que entra y transita por México:

La naturaleza indocumentada del fenómeno hace imposible su cuantificación porque no existen registros ni formas indirectas para estimar su magnitud. La única fuente disponible hasta este momento es la estadística de detenciones de migrantes indocumentados. Sin embargo, es claro que se trata sólo de una parte de la corriente, precisamente de la que no logra su objetivo. De ahí que la información que provee sólo dé una idea “sesgada” del flujo y ninguna relación con su volumen (Castillo y Toussaint 2010, p. 91)

Dada la naturaleza de este tipo de migración es difícil conocer con exactitud los datos sobre el flujo de personas que realmente cruzan por México desde Centroamérica para llegar a los Estados. A pesar de esta dificultad, cifras aproximadas pueden reconstruirse, por ejemplo, a partir de datos proporcionados por la encuesta del Consejo Nacional de Población (CONAPO) “Flujo de migrantes devueltos por las autoridades migratorias estadounidenses a Honduras 2015”, se sabe que de 1,316 personas deportadas ese año, el 81% es de sexo masculino. Existen varias situaciones migratorias y cada una de ellas lleva consigo implicaciones particulares que definen la experiencia de movilidad: “El estatus migratorio determina el ejercicio de derechos desde el momento mismo en que se cruza la frontera del mismo país” (Asakura 2014, p. 55). Los datos ofrecidos por Customs and Border Protection señalan un incremento en el número de personas sin documentos que han sido rechazadas o detenidas en la frontera México-EUA, de enero de 2019 correspondían a 60, 000, mientras que para mayo la cifra subió a 140, 000 (Brooks 2019). Cifras más recientes reportan que, tan sólo durante febrero de 2020, alrededor de 11, 399 hondureños fueron deportados hacia Tegucigalpa, mientras que 440 migrantes han sido notificados como desaparecidos (EFE, 23 de febrero, 2020).

El grupo de colaboradores con los que se trabajó para este estudio está compuesto por hondureños adultos y un varón guatemalteco. Las personas migrantes de Honduras son seis varones y tres mujeres transexuales. Como es de suponerse, cada uno tiene una historia de vida particular, pero tienen en común haber dejado su país para migrar hacia el Norte y haberlo hecho por la ruta noreste mexicana, también conocida como Ruta del Golfo (Martínez, Cobo y Narváez, 2015, p. 145). En la tabla 1 presento a las personas que participan en este trabajo, así como algunos detalles referenciales sobre su trayecto.

Tabla 1. Información referencial sobre las personas migrantes que integran la investigación.

| Nombre | Edad | Sexo | Nacionalidad | Situación migratoria | Albergue donde los conocí | Transporte empleado |
|-------------------|-------------|------------------|---------------------|--------------------------------|----------------------------------|----------------------------|
| Rigo | 34 | Hombre | Hondureña | Regular en tránsito (México) | CDMS | Autobús |
| Don Jacobo | 50 | Hombre | Hondureña | Irregular en tránsito (México) | CDMS | Lancha/ tren |
| Jorge | 35 | Hombre | Guatemalteca | Irregular en tránsito (México) | CDMS | Bicicleta/ tren |
| Sara | 23 | Mujer transexual | Hondureña | Refugiada (EUA) | CM | Tren |
| Cheli | 28 | Mujer transexual | Hondureña | Refugiada (EUA) | CM | Autobús/tren |
| Luna | 37 | Mujer transexual | Hondureña | Refugiada (EUA) | CM | Autobús |
| Guillén | 35 | Hombre | Hondureña | Irregular en tránsito (México) | CDMS | Tren |
| Sebastián | 29 | Hombre | Hondureña | Irregular en tránsito (México) | CDMS | Autobús/tren |
| Eleazar | 38 | Hombre | Hondureña | Irregular en tránsito (México) | CDMS | Tren |
| Galindo | 32 | Hombre | Hondureña | Irregular en tránsito (México) | CDMS | Camioneta <i>pick up</i> |

Investigaciones previas sobre sensorialidad, auralidad y afectividad en el contexto migratorio

A pesar de que los trabajos sobre migración indocumentada en tránsito por México son abundantes, las sensaciones que provoca esta experiencia de movilidad no han sido estudiadas con profundidad. Más particularmente, las investigaciones sobre auralidad en el contexto de la migración centroamericana prácticamente son inexistentes y es en este punto donde este trabajo adquiere fuerza y sentido. Mientras más profundicemos en la relación entre la percepción auditiva y sus consecuencias afectivas en los migrantes tendremos más posibilidades de contrarrestar las afectaciones, algunas de ellas permanentes, en la vida de este segmento poblacional muchas veces invisibilizado o, en este caso, inaudible.

Si bien es cierto que no existen trabajos precisos sobre el planteamiento propuesto en esta tesis, también lo es que existen investigaciones previas que han abonado a esta reflexión desde el ámbito migratorio, sensorial, sonoro y afectivo. Durante los siguientes párrafos presentaré bibliografía que enriqueció mi trabajo haciéndolo a través de dos apartados, el primero de ellos es sobre el cruce de estudios entre migración, sensorialidad y afectividades, mientras que el segundo expone los estudios aurales y afectivos.

Trabajos sobre migración, sensorialidad y afectividades

El tránsito de los migrantes centroamericanos por México ha sido abordado por Ruiz (2003) y por López (2013) para exponer la multiplicidad de elementos que vulneran al migrante y su plan de viaje. El término *migración de riesgo* lo acuñó Ruiz (2003) para describir el escenario de este tipo de movilidad, caracterizado por la interacción de los viajeros con actores institucionales y miembros de la sociedad civil, quienes muchas veces dificultan su propósito de llegar a Estados Unidos. Tanto Ruiz como López reconocen la relación de los migrantes con el espacio por el que atraviesan, el tipo de transporte empleado y su situación jurídica migratoria como condicionantes de su experiencia, argumentando que son las personas no documentadas las más propensas a materializar la potencialidad del riesgo en su camino hacia el Norte.

Hamilakis (2015) ha abordado el fenómeno migratorio indocumentado desde lo sensorial argumentando que el problema de la movilidad puede analizarse desde una

reconfiguración arqueológica de los sentidos entendidos como flujos³ sensoriales asociados a la memoria y a la afectividad. Para este autor hay una dialéctica entre materialidad y sensorialidad en tanto que, por ejemplo, la ropa y las cosas esenciales que los viajeros llevan consigo, muchas veces son las mismas que delatan su estatus de extranjero, además de que, a partir de estos elementos, se puede explicar por qué el migrante indocumentado es visto como un agente de contaminación ante el cual el Estado y la sociedad deben inmunizarse y cuyas metáforas asociadas a ellos, como *pollo*, *coyote*, *ovejas* (animales vinculados al sacrificio ritual), refuerzan la idea errónea de que aquellos que viajan del sur al norte pertenecen a una raza inferior (Hamilakis 2015, p. 41). Esta situación, argumenta Hamilakis, dota de una compleja multisensorialidad migrante creada a partir de estas nuevas vivencias.

Sobre el vínculo entre migración y emociones destaca el trabajo de Asakura (2014), cuyo eje de investigación son las experiencias emocionales de migrantes que ejercen su maternidad a distancia. Sobresalen también las investigaciones de Hirai y Sandoval (2016) en la que se estudia la relación entre subjetividad y migración. Los autores han propuesto la categoría de “itinerario subjetivo” a partir de la cual revisan la transformación de la subjetividad en una población de jóvenes mexicanos retornados, conocidos como la generación 1.5. Con base en elementos emocionales, exploran las expectativas sobre su futuro, así como su sentido de pertenencia. Aunque con un enfoque y población distinta, este trabajo es un gran antecedente para mi trabajo respecto a las implicaciones surgidas de la relación entre situación migratoria y subjetividades, específicamente en las emociones.

Estudios sobre auralidad y afectividad

A partir de la década de los años ochenta varios trabajos han tratado de explicar y categorizar los procesos de escucha según el contexto en el que surgen y que van de la propia existencia (Barthes 1986) hasta otros más especializados, como el musical (Huron 2002, Schaeffer 1986) o el etnográfico (Erlmann 2004).

³ “La noción de flujo [...] se refiere a los flujos de materiales, información, sustancias, recuerdos, afectos, partículas transportadas por el aire, fluidos corporales, ideas, rayos de luz, ondas de sonido. Lo mismo ocurre con las memorias sensoriales y corporales: sitios arqueológicos, reconfigurados y reconstituidos como registro arqueológico de los vestigios materiales del pasado, son ejemplos de tales intentos de objetivación, fijación y regulación, destinados a producir y perpetuar un orden consensuado” (Hamilakis 2015, p. 44).

De la producción académica sobre la relación entre sonido, percepción y afectividad, destaco el trabajo de Daughtry, *Listen to war. Sound, music, trauma, and survival in wartime Iraq* (2015) del cual retomo, por un lado, la idea de que en situaciones límites, como contextos bélicos (o el tránsito centroamericano en este caso), el sentido del oído puede ser crucial para la sobrevivencia en tanto que el entorno es un texto sonoro usado según la virtud del individuo (2015, sección “Auditory Literacy, Competence, Virtuosity”, párr. 3), la cual suele estar en función de su historia de vida. Comparto con el autor su comprensión sobre las características físicas del sonido, es decir, su atención en la naturaleza acústica de éste y su capacidad para generar patologías corporales, además de afectividades negativas asociadas al trauma.

Otro importante trabajo al respecto es el de Lutowicz (2012), en el que explora la experiencia de los centros de detención en Argentina durante la dictadura de Pinochet a través del concepto de *memoria sonora*. La autora considera al oído como el sentido de alerta por excelencia, debido a que siempre está activo y, por tanto, registra información que visualmente está fuera de nuestro alcance y que posteriormente será procesada por el sistema nervioso. (Lutowicz 2012, p. 135). En este contexto dictatorial, también está el trabajo de Chornik (2014) quien estudia las formas de tortura no física, practicadas y enseñadas por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), como la música a altos volúmenes para evitar que los sonidos producidos por los cuerpos bajo tortura se escucharan hacia la calle. Estas prácticas no han sido estudiadas a profundidad, sobre todo porque no dejan huellas en el cuerpo de la persona y resuenan con lo experimentado por los colaboradores de este trabajo en los centros de detención estadounidenses, como veremos en el capítulo III de este trabajo.

Los factores sonoros del sentimiento de inseguridad (1991) es otro estudio de cuyas reflexiones me nutrí para esta tesis ya que en él se estudia la construcción de sentimientos, como el estrés, el miedo o el terror mediante estímulos sensoriales sonoros. A través de un extenso análisis de material sonoro anecdótico y fílmico, la investigación de Leroux se cuestiona sobre la *universalidad del sonido*, es decir, si hay sonidos que naturalmente provocan reacciones de inseguridad en los humanos sin que estén necesariamente elaborados en lo cultural. De esta investigación retomo la consideración de las características sonoras dentro de una situación cuyos elementos contextuales condicionan la gradación de la interpretación perceptiva y afectiva.

En la intersección del sentimiento de inseguridad y los estudios sonoros se encuentran los trabajos del silencio. Este concepto ha sido estudiado exhaustivamente por Le Breton (2006), quien en su trabajo explora las posibilidades de significación e interpretación del silencio de las cuales considero algunas para reflexionar sobre los distintos silenciamientos asociados a los migrantes.

Como se verá, gran parte del capítulo IV ocupa una reflexión sobre acontecimientos traumáticos que se transforman en anécdotas inenarrables, en lo que no puede ser dicho porque no hay palabras suficientes para describir la situación. Esto ha sido estudiado por autores como Pollack (2006) en la experiencia de algunos sobrevivientes de los campos de concentración y es útil para mi trabajo porque da pie a la posibilidad del testimonio para romper el silencio, no siempre a través de la palabra, sino a otros elementos como balbuceos, gestos, etcétera, a los que hay que prestar atención para acompañar a aquellos que protagonizan esta tesis en la reconstrucción de su propia narrativa. Existe además un artículo de Díaz, Molina y Marín (2014) en el que se estudia la creación de significados y el uso de silencios como un mecanismo de protección en el marco de la inserción social en población que ha sido desplazada forzosamente.

Marco teórico conceptual: ser con otros en el mundo

Durante este apartado expondré los conceptos y fundamentos teóricos que sostienen el planteamiento de este trabajo, el cual está atravesado por varios ejes temáticos, como la migración en tránsito, la inter-subjetividad, la auralidad y las afectividades. Más que una teoría exclusiva, lo que a continuación propongo es un diálogo entre enfoques y nociones teóricas desde la sociología y la antropología de los sentidos, los estudios sonoros y algunas referencias de la psicología y el psicoanálisis, cuyos paralelismos y contrapuntos faciliten la comprensión del problema de investigación.

En un primer momento, y a partir de la teoría social fenomenológica y la socioantropología de los sentidos, exploro los conceptos de inter-subjetividad para acercarme al cuerpo y a sus posibilidades sensoriales de estar en el mundo y de crear conocimiento sobre él. Luego retomo el concepto de auralidad, desde los estudios sonoros, para dar cuenta de los procesos naturales y simbólicos a través de los cuales la percepción sonora de un ambiente, con una espacio-temporalidad específicos, como

el tránsito, además de dotar de herramientas para sobrevivir y dominar la situación, también genera impulsos afectivos en las personas migrantes. En la tercera sección de este marco teórico sugiero entender el tránsito desde su dualidad pausa-movilidad y, empleando la categoría de riesgo, me acerco a las formas en las que las potencialidades del peligro son significadas en la escucha durante esta experiencia de viaje. El último bloque aborda las formas en las que, en ocasiones, los sonidos del tránsito son percibidas por los sujetos migrantes y que son capaces de transformar negativamente su experiencia y, paradójicamente, sumergirlos en estadios de silencio.

Inter-subjetividad: el cuerpo como frontera y continuidad

Aunque subjetividad e intersubjetividad se construyen mutuamente hay un reconocimiento casi obvio de las diferencias entre una y otra, pues la primera pertenece al mundo privado mientras que la segunda al común. La interpretación de lo subjetivo como lo únicamente interior surge a partir de la filosofía de Kant, en cuya comprensión dual de la existencia (idealismo/materialismo), aquel universo íntimo y psíquico se oponía a la pretendida objetividad científica. Desde enfoques psicoanalíticos actuales, la separación del sujeto interior del mundo de afuera se transforma en puente y se habla entonces de “mutua determinación” y “mutua producción” entre subjetividad y cultura, que es decir, intersubjetividad:

La investigación de la subjetividad consiste básicamente en la integración de los sentidos, las significaciones y los valores, éticos y morales, que produce una determinada cultura, su forma de apropiación por los individuos y la orientación que efectúan sobre sus acciones prácticas. No existe una subjetividad que pueda aislarse la cultura y la vida social, ni tampoco existe una cultura que pueda aislarse de la subjetividad que la sostiene. Esta mutua determinación —en verdad, mutua producción— debe ser nuestro punto de arranque, ya que la subjetividad es cultura singularizada tanto como la cultura es subjetividad (objetivizada en los productos de la cultura, las formas de intercambio y las relaciones sociales concretas que la sostienen, pero también en las significaciones y los sentidos que organizan la producción cultural (Galende citado en Guinsberg s/a p. 10).

Para Galende no se trata de pensar al individuo como un mero recipiente de la cultura incapaz de traducir su interior al mundo, sino de cómo la cultura misma, hecha por el hombre, se sostiene por las subjetividades. Así, podemos interpretar la subjetividad como “la conciencia de sí, no cierra al individuo en sus sentimientos y pensamientos internos, sino que [...] se conforma mediante un proceso social hacia afuera de uno

mismo, hacia y desde otros” (Jimeno 2008, p. 180). El discurso y el lenguaje, es decir, los actos manifiestos que integran la comunicación, como hablar, escuchar y responder (Schutz 2008, p. 201) son los vehículos de construcción intersubjetiva.

Para ubicar el papel del sentido auditivo en el trance migratorio de las personas centroamericanas debo hacer hincapié en que, en el mundo vital en el que existen, el rasgo diferenciador entre subjetividad e intersubjetividad es el cuerpo como su frontera y su continuidad, pues al tiempo que las separa, las une. A partir de sus funciones rutinarias se construye el conocimiento, es éste el que resguarda lo individual de cada sujeto:

Lo que deja la eliminación abstractiva del sentido de otra subjetividad es un estrato uniformemente conexo del fenómeno “mundo” [...], que ya no es mundo objetivamente existente para todos, sino que es mi mundo, que me pertenece específicamente a mí, y es, en el más verdadero sentido, mi mundo privado. Dentro de este mundo-fenómeno reducido, un objeto se distingue de todos los otros. Lo llamo cuerpo, y se distingue por el hecho de que puedo controlarlo en la acción y de que le atribuyo campos sensoriales de acuerdo con mi experiencia (Schutz 2008, p. 131).

Es importante partir de la noción de interconexión entre las posibilidades que cada uno de los sentidos ofrece para comprender cómo es que funciona la sensorialidad. Esto es, reconocer a los cuerpos como *entidades intersensoriales*, sinergia de los sentidos en el esfuerzo común de habitar en el mundo (Ingold 2000, p. 262). Pienso, por ejemplo, en la experiencia sensorial de Eleazar: mientras soportaba el dolor físico por haberse roto la pierna, escuchaba y decodificaba los mensajes discriminatorios del policía. Fue a partir de ambos estímulos, en conjunto, que Eleazar significó ese acontecimiento como doloroso.

Llegados a este punto, me parece prudente señalar el debate acerca de la primacía entre *sensación* y *percepción*, mismo que respondía a una dicotomía corporalmente, instalando a la primera como algo meramente fisiológico y a la percepción como algo cognitivo. La sociología de los sentidos ha trascendido esta dupla bajo el supuesto de que la percepción es al mismo tiempo corporal y significativa (Sabido 2017, p. 377); aún más: “la percepción no sólo es recibir estímulos sensoriales del exterior, sino también atribuirles significado en el mismo momento de percibirlos” (Crossley citado en Sabido 2017, p. 377). Dicho lo anterior, entiendo que la percepción es un fenómeno multisensual y que no es un elemento aislado en la mente, sino que involucra la interacción con los estímulos, los órganos de los sentidos, el cerebro y el contexto geográfico; además de su habituación, ya que es cultural y, por tanto, un proceso de

socialización (Sabido 2017, p. 378): “Todo el mundo sabe que la ‘sensación’ no es lo primero ni es *anterior* a la percepción, y que las *estructuras de la percepción* informan todo nuestro inventario sensorial” (Schaeffer 2003, p. 79).

Partiendo de la noción de que el cuerpo y el ser se definen por su capacidad de afectar y ser afectados, se entiende que la sensorialidad no puede ser separada de la afectividad, sobre todo porque, como sugiere Hamilakis, la función primaria de los sentidos es crear conexiones con los otros cuerpos y con el mundo. Desde este autor, la afectividad es activada por la sensorialidad y, más allá de pensarla como un proceso mecánico y biológico, es “la condición de la vida”, la energía que potencializa el campo de la experiencia (2017, p. 173).

El término *afectividad* algunas veces se utiliza de manera indiscriminada con el de emoción. Ambos guardan contrapuntos interesantes para este trabajo. Para Domínguez, la emoción, del latín *emotio* (“lo que te mueve hacia”) corresponde a una reacción psicofisiológica pura, sin que intervengan referentes culturales, ante un estímulo sensorial (2015, p. 101). Se encuentra entonces en el ámbito individual, es decir, el subjetivo, a diferencia de la afectividad, cuyo propósito, como revisamos en el párrafo anterior, es establecer relaciones.

En resumen, la experiencia sensorial ocupa la totalidad del cuerpo y del ser para existir y comprender el mundo. Los sentidos no pueden segregarse ni pensarse como autónomos, aunque para el marco en el que está circunscrita esta tesis, reflexiono en las posibilidades ofrecidas por el sentido auditivo en la medida en que la escucha se puede considerar como un elemento constante y fundamental en la creación y actualización de conocimiento en situaciones específicas determinadas por el pasado biográfico de los sujetos. Como he dicho, en mi trabajo exploro la significación de la percepción sonora de los migrantes hondureños con los que trabajé durante su trayecto hacia el Norte, es decir, los relatos subjetivos donde ellos explican los sentidos y las sensaciones que adquirieron a través de la percepción auditiva.

Percepción aural y tipos de escucha migrantes

Al hablar de *sonido* me refiero a las emisiones sonoras, a la “energía vibrátil e inestable”, sin forma concreta e incontenible (Domínguez 2015, p. 98) cuyas características materiales son cuantificables a partir de su dimensión acústica, es decir,

a su intensidad, timbre, tono y duración. Por otro lado, cuando pienso en la *escucha* considero la recepción, es decir, cómo se perciben estas emisiones sonoras y a lo que provocan en nosotros (Krause 2020). Este complejo proceso entre sonido y escucha “es una experiencia vibracional y vinculante” (Born 2015, Domínguez 2011, 2015, Edisheim 2015 en Bieletto 2018) y ha sido reconocida con el nombre de *auralidad*.

La escucha de un sonido no se reduce a una mera actividad biológica de recepción de estas vibraciones, sino que es también una actividad sociocultural con una dimensión individual influida por una serie de factores, como las de conocimientos previos, las emociones durante el momento de la percepción sonora, así como la fusión con otros estímulos sensoriales que construyen la experiencia auditiva.⁴ (Daughtry 2015, sección *Listening, structure, and positionality*, párr. 12). De esta suerte, entiendo la auralidad como: “el conjunto de valores, conceptos y caminos del sentido que se performativizan en la escucha y, a la vez, determinan los modos en que la dimensión sonora, en cada momento y lugar, se vuelve significativa para un sujeto o tejido intersubjetivo” (Savasta 2020). La utilidad del concepto en este marco de investigación recae en que este proceso recupera los valores socio-culturales que proporcionan experiencia a los migrantes para actualizar esta dimensión individual y social.

Pensamos habitualmente en el oído como una ventana siempre abierta a la banda sonora de la realidad, aunque no sucede así todo el tiempo. A pesar de que, a diferencia de la vista, el aparato auditivo no tiene la posibilidad de cerrarse a voluntad, la relevancia otorgada a ciertos sonidos y la anulación de otros sugiere cierta agencia por parte del escucha, misma que estará en función de su experiencia e historia de vida: “Escuchar no es forzosamente interesarse por el sonido. Sólo excepcionalmente nos preocupamos en él, pero, por medio de él, pretendemos otra cosa” (Schaeffer 1988, p. 63). Schaeffer apunta que en la escucha se puede entender un sonido en función de ciertos intereses empleando una *selección* y una *apreciación*, lo que deviene en una cualificación de la percepción. Éstas se refieren a conocimientos previos en el sujeto quien creará significados particulares en el plano abstracto, es decir, en la conciencia, sobre lo concreto del hecho sonoro. (Schaeffer 1988, p. 67). Ahora bien, incluso si se trata de un solo objeto o fenómeno sonoro, no todos los auscultadores lo oyen de la misma manera, como tampoco será equivalente la apreciación de los aspectos

⁴ Traducción propia.

particulares del sonido, esto es, la calificación no será la misma pues dependerá de “cada experiencia anterior y de cada curiosidad” (Schaeffer 2003, p. 69), yo añadiría, de cada necesidad práctica.

La díada sonido/escucha es un tema que ha capturado la atención de investigadores de distintos ámbitos y contextos: desde la experiencia existencial (Barthes 1986) hasta otros más especializados como el musical (Huron 2002, Schaeffer 1988), el etnográfico (Erlmann 2004), el bélico (Daughtry 2015) o el dictatorial (Lutowicz 2012, Chornik 2014). De entre todos los trabajos, para explicar las posibilidades de escucha de los migrantes que viajan por el corredor noreste mexicano, uso primordialmente la categorización de Schaeffer respecto a las formas en las que el sonido puede ser percibido, aunque en algunos casos agrego que el contexto de este territorio complejiza las escuchas propuestas por el compositor y, en otros, empleo el entendimiento de otros autores según el contexto de escucha. No hay que olvidar tampoco que un tipo de escucha puede existir a la par de otra, pues no son excluyentes sino complementarias en muchos casos.

a) Escucha práctica o causal

En este tipo de escucha, común a todos los hombres, tiende a haber una necesidad por identificar las fuentes de sonido para servirse de él, por eso también se llama causal. Aquí, la relación entre el sonido y la escucha es utilitaria, práctica y permite al auditor relacionarse con el contexto y, en términos sociales fenomenológicos, “dominar situaciones”.

b) Escucha semántica

Es acaso una de los más habituales en cualquier cultura basada en un lenguaje hablado y consiste en el desciframiento de códigos con propósitos comunicacionales; además de los códigos lingüísticos, en esta audición se decodifican fonemas y sus variaciones sonoras y tonales, es decir, los “sonidos elementales del lenguaje hablado” (Krause 2020).

Si bien es cierto que la escucha semántica permite la intersubjetividad a partir de la palabra, en el contexto migratorio estas interacciones pueden ser agrupadas en dos grandes tipos, el primero de ellos es cuando los transmigrantes decodifican

mensajes de ánimo y aliento provenientes de familiares y amigos que los impulsan a continuar su viaje, mientras que en el segundo tienen que decodificar palabras de discriminación y rechazo por parte de autoridades policiales, actores institucionales y miembros de la sociedad civil.

c) Escucha reducida

La escucha reducida es una de las más complicadas de lograr porque solicita una atención especial y voluntaria al sonido mismo y a sus características. Se podría decir entonces que sus fines son más estéticos que utilitarios. “Esta forma de escucha toma el sonido, ya sea un río del entorno, la voz humana, una pieza musical, como un objeto de observación en sí mismo en lugar de tratar de saber algo a través de él” (Krause 2020).

Por sus requerimientos, podría pensarse que este tipo de escucha es la menos frecuente en el trayecto migrante centroamericano por el riesgo y la inmediatez que lo caracterizan y que impedirían que los que lo transitan tengan la oportunidad de oír un sonido más allá de sus fines prácticos. Pero sí suceden, incluso pienso en este tipo de escucha como un tipo de especialización de la sonoridad del camino en tanto que es preciso reconocer los sonidos específicos que ayudarán a los migrantes a ejecutar su plan de acción. El ejemplo más frecuente y clarificante es el conocimiento sobre cada uno de los sonidos del tren, mismos que les permiten reconocer la velocidad, si ha sido detenido, probablemente por pandillas que subirán a atacarlos, si las campanas anuncian que está por salir o que ese tren no está disponible; es decir, “se escoge deliberadamente entre la masa de cosas a escuchar, lo que ella quiere oír y dilucidar” (Schaeffer 1988, p. 71).

La escucha reducida también ocurre en los albergues en los que, con más seguridad, los migrantes se permiten contemplar el paisaje sonoro que los rodea: las campanas de la catedral, el viento que atraviesa las copas de los árboles o bien, cuando ensayan canciones en flautas y guitarras prestadas con sus compañeros de viaje.

d) Escucha delirante

Esta categoría no forma parte de la taxonomía de Schaeffer, sin embargo, la integro en este apartado porque, en varias ocasiones, los migrantes que participan en este trabajo

refieren experiencias de percepción sonora cuyas peculiares características rebasan la trilogía propuesta por Schaeffer.

Lo primero que hay que decir respecto a la escucha delirante es que la dimensión en la que sucede no está en el plano de lo material, es decir, no hay un fenómeno físico, ninguna variación en la presión del aire, sino que sucede en lo íntimo del individuo, quien echa mano de la evocación, la memoria sonora o de la imaginación para experimentarlo. Lo segundo que hay que decir sobre este tipo de escucha es que sucede sobre todo en situaciones en las que el riesgo se ha materializado, o bien, en momentos en los que la soledad se enfatiza, como el cruce del río Bravo o en los centros de detención estadounidenses. Los datos empíricos recopilados en los testimonios y grupos focales, además de mi observación y escucha demuestran que la figura de Dios genera en ellos una sensación de seguridad y respaldo que los acompaña durante su camino; en este sentido, aunque Schaeffer no habla de una escucha de esta naturaleza, reconoce que la música “sólo se presenta como existente en la conciencia” (2003, p. 160), de esta suerte, podríamos hablar de una música de fe en la que a pesar de no haber un fenómeno sonoro en el mundo externo sí que lo hay en el plano privado, lo que sugiere que esta escucha es la más subjetiva de todas y que, por tanto, está en función de cualidades religiosas, propias de la biografía de cada migrante.

Sobre la idea de tránsito y la migración de riesgo

La noción de *tránsito* se refiere a una persona que está de paso, que camina, pasa o circula por algún paraje con la intención de llegar a algún otro lugar y cuya residencia no es propia de ese sitio (DRAE, DEM, 2020). En el caso de los migrantes centroamericanos que están de tránsito en México, estos actos suelen ocurrir en lo clandestino, reduciendo la comunicación a círculos, mundos de vida breves entre paisanos, compañeros de viaje, asociaciones como los albergues mismos y la sociedad civil, remarcando, además de lo furtivo, los fines prácticos inmediatos para lograr el objetivo principal, es decir, llegar con bien a su destino.

Esta idea de transitoriedad, asociada a la fugacidad y a la no pertenencia, también se extiende a la acción descansar: “Parar o descansar en albergues o alojamientos situados de trecho entre los puntos extremos de un viaje” (DRAE, 2020). Es a partir de estas dos dimensiones generales, la movilidad y las pausas para descansar,

que comprendo el tránsito. En ambas el camino está integrado por un conjunto de valores y significados que podemos reconocer como “acervo de conocimiento” (Schutz, 2013, p. 123).

Para construir este acervo son necesarias dos cosas: el reconocimiento de la situación y las estructuras subjetivas, es decir, los referentes anteriores en la historia de vida de cada migrante. En cuanto al primer requisito, para poder actuar en una situación es necesario determinarla, cuando esto sucede hablamos de una situación rutinaria y aproblemática. Ocurre algo diferente cuando los elementos resultan ajenos y no se tiene ningún referente previo con el cual correlacionarlos; nos referimos entonces a una situación problemática (Schutz 2003, p. 124). En una situación aproblemática, echamos mano de nuestro conocimiento habitual y rutinizado, sabemos en cambio que estamos en circunstancias opuestas cuando el paradigma de lo conocido se rompe y hay que integrar novedades a nuestro entendimiento. A estas rupturas Schutz las denomina *interrupciones*, muchas de éstas serán eventualmente reflexionadas para conocerlas y *dominarlas*, sin embargo, hay otras que generan desconcierto en la subjetividad:

Aunque el sistema de interrupciones motivadas tiende, mediante su regularidad, a convertirse en conocimiento habitual, las interrupciones, principalmente las impuestas, pueden tener en general diferentes cualidades de vivencia. Pueden ser desconcertantes, agradables, pero, sobre todo, perturbadoras. La rutinización deficiente o aun la destrucción de las cadenas rutinizadas en la continuación de la experiencia y sus interrupciones, pueden conducir a fenómenos psicopatológicos (2003, p. 140).

Pienso que esto es una clave importante para la interpretación del tránsito en cuanto a sus referentes de peligro y amenaza. Pongamos por ejemplo la tradición oral de la migración que los candidatos a migrar hacia el Norte han escuchado sobre las posibles rutas y los riesgos que se pueden encontrar, este acervo de conocimiento se transforma en una especie de guía para los nuevos viajeros. No obstante, no será suficiente. Ellos, durante el camino mismo, habrán de actualizar ese acervo y desarrollar habilidades de identificación e interpretación. Cuando digo *habilidades*, las entiendo desde Schutz como “[...] unidades funcionales habituales del movimiento corporal [...] que han sido erigidas sobre los elementos fundamentales del funcionamiento usual del cuerpo” (2003, p. 116). Lo anterior me hace sugerir que, debido a lo incierto de las circunstancias que obedecen apenas mínimos patrones de seguridad y a la necesidad de habituarse constantemente, el tránsito ofrece un nuevo tipo de peligros, o en palabras

del filósofo austriaco: “La continuación de la adquisición de conocimiento es, entonces, idéntica al flujo de la experiencia” (2003, p. 131).

Parto de la idea de que el papel de la percepción sonora en la subjetivación del riesgo durante el tránsito de la ruta noreste es un problema acustemológico⁵ (Feld 2015, p. 13-14) porque se sitúa en la amalgama entre acústica y epistemología ya que los viajeros crean conocimiento a partir de su escucha en un contexto histórico particular que ocupa un espacio específico y cuya interpretación será subjetiva porque depende de su historia de vida, al tiempo que es irrepetible porque sucede en el instante. Incluso, aunque se trate del mismo auditorio, la experiencia no será la misma porque el escenario y las personas habrán estado atravesadas por el tiempo, como Eleazar y aquellos otros que han estado en estos caminos más de una vez.

El contexto de violencia del que parten, el que atraviesan durante su trayecto y el que los recibe en los Estados es imprescindible para considerar las posibilidades de percepción, asociación y reconocimiento del significado, pues no se trata sólo de una escucha lúdica, sino, sobre todo, de una enfocada a la supervivencia en un continuo de situaciones límite. Aunque profundizaré sobre el concepto de violencia y sus muestras en esta tesis, sobre todo en el primer capítulo, baste decir por ahora que la entiendo desde Galtung (1990) quien considera que ésta se genera a partir de otros subtipos, a saber, la violencia directa, la estructural y la cultural, siendo la parte perceptible, es decir, los comportamientos, lo mínimo del problema real.

El segundo requisito para la creación y actualización del conocimiento y en continuidad con la idea anterior, es reconocer que la singularidad de la experiencia depende en gran medida de la individualidad del sujeto en cuanto al contenido y sentido del conocimiento previos, condicionados a su vez por la intensidad (la cercanía y la profundidad con las que se experimentó antes) y la duración de aquellas experiencias pasadas (Schutz 2003, p. 120). Hasta ahora sabemos que no todas las experiencias son iguales y es en este punto en el que se fundamenta el concepto de riesgo en el contexto migratorio presentado en esta tesis.

⁵ De esta suerte, el tipo de conocimiento que se crea en y a través de la acustemología es siempre “experiencial, contextual, falible, cambiante, contingente, emergente, oportuno, subjetivo, constructivo y selectivo” (Feld 2015, p. 13-14); esto es, se privilegia la agencia de las personalidades en tanto métodos de escucha (Feld 2015, p. 15). Rice (2003 p. 4) puntualiza que el sonido, combinado con una conciencia de la presencia sónica se posiciona como una poderosa fuerza en la forma en la que las personas interpretan su experiencia.

El concepto de *migración de riesgo* se acuñó desde 2003 en un trabajo donde Olivia Ruiz investigó los peligros a los que los migrantes hacían frente en la frontera Guatemala-México, en especial en la zona del Soconusco. A pesar de que se trata de un trabajo con más de dieciséis años, lo traigo a cuenta no sólo por la discusión sobre el perfil de riesgo aterrizado especialmente en la migración hondureña, sino porque los actores causantes de los perjuicios desde entonces reconocidos aparecieron también en los datos recopilados durante mi trabajo de campo.

Esta consideración del migrante en riesgo también es validada por Bustamante y Bronfman, cuyos trabajos se han reconocido dentro de la vertiente *construccionista sociocultural sobre estudios de riesgo y vulnerabilidad* (Rivas 2011 p. 19). Ruiz parte de dos corrientes epistemológicas, la tecnocientífica y la sociocultural, para aterrizar una conceptualización del riesgo en contextos migratorios. En la primera, para alcanzar su estatus, los riesgos deben ser cuantificables estadísticamente, lo cual ayudaría a su prevención; mientras que en la segunda, éstos subyacen en la subjetividad y, por tanto, puede considerarse que no existen en sí mismos o bien, que “todo puede ser un riesgo” (Ruiz 2003, p. 336). Así, para los fines de este trabajo, entiendo este tipo de migración como un proceso en el que los viajeros están expuestos a situaciones, cosas o personas que potencialmente atentan en contra de su plan de migrar o contra su integridad física (Ruiz 2003, p. 339), emocional o espiritual.

Vínculos entre silencio, trauma y testimonio

La última parte de este marco teórico intenta acercarse a las formas en las que los peligros del camino afectan a los migrantes transformando sus subjetividades, algunas veces sumiéndolos en un mutismo asociado al trauma de eventos ocurridos durante su camino y muchas veces precedidos por un pasado difícil en sus comunidades de origen. A la luz de que el silencio como fenómeno físico, en tanto ausencia del sonido, no existe (Cage 1961), sino que se interpreta como una unidad de significado, retomo las posibilidades que Breton le otorga a distintos silenciamientos: el mutismo, el secreto, la falta de atención y presto particular interés al tipo de silencio que ocurre posterior a un trauma, entendido este último desde su posibilidad física y psicológica, en especial si estos “choques con el mundo” han dejado cicatrices en el cuerpo.

A partir de dos casos estudio las maneras en las que dos colaboradores de este trabajo atraviesan estadios dolorosos a partir de la ruptura del silencio ocurrida a través del testimonio, bajo la consideración de éste como un relato subjetivo de reconstrucción identitaria del individuo, el cual debe entenderse desde su composición lingüística referencial, pero también desde aquellos elementos que dicen incluso sin palabras: asociaciones libres, balbuceos, gestos, pausas, tartamudeos. Este momento de ruptura con el trauma ha sido denominado *la recuperación del sujeto* (Jimeno 2008, p. 162) precisamente porque, a partir de la narración de aquellas experiencias que los llenó de silencio o los apartó del mundo corporal, tratando de encontrar sentido a lo sucedido, ellos fueron capaces de reconocerse desde el presente.

Metodología y estrategias de recopilación etnográfica

Como he dicho anteriormente, tuve la temprana oportunidad de acercarme al contexto de los albergues porque estos espacios aparecieron desde el principio como uno de los sitios seguros para los migrantes a los cuales podía acceder con cierta facilidad. Esas primeras visitas ocurrieron en Casa Forastero, albergue de la colonia Industrial de Monterrey, cuyo perímetro estaba controlado por el crimen organizado. Durante esos momentos pude percatarme de la tensa relación con la que los migrantes parecían haber atravesado el país, misma que provocaba que su atención estuviera orientada casi por completo en sobrevivir, más que en plasmar o registrar su experiencia. Esto, que ahora parece muy obvio, fue el detonante para replantear el problema y ampliar el umbral de posibilidades: bajo esta situación de tránsito fugaz, flujo clandestino, no sólo se escuchaba música, ¿qué otros sonidos acompañaban la travesía centroamericana? Aún más, ¿cómo es que la subjetividad migrante se gestaba con esta banda sonora de fondo?

Estas preguntas me obligaron a atravesar mis propias limitaciones, soltar los anclajes epistemológicos valuados en lo material y trasladarme hacia nuevas narraciones del mundo en donde se abría la posibilidad de crear conocimiento con aquello que existe pero no se puede contener —como el sonido y sus procesos de significación—, aunado a la complejidad de estudiarlo en una población cuya naturaleza reside en la fugacidad de su movimiento. Es así como este apartado insiste en el contexto de violencia desde donde se experimenta el tránsito porque es a partir de

éste que deben comprenderse los retos metodológicos que expondré en los párrafos que siguen.

Una vez determinado que el eje de investigación sería la subjetividad a través de los sonidos y las formas en las que eran escuchados durante el trayecto, surgieron otros desafíos. El primero de ellos fue la imposibilidad de asistir al tránsito en primera persona. La razón principal por la que no recorrí la ruta noreste es la misma que da sentido a esta investigación: los riesgos del camino, las pocas probabilidades con las que, desde mi género, saldría bien librada para continuar con la investigación y la nula seguridad que podría tener en caso de aceptar la odisea. Además, intuí que la premura con la que viajan los migrantes supondría un problema práctico para encontrar momentos adecuados para la recopilación de la información sin que mi presencia obstaculizara su camino. Fue así como decidimos, junto con mi asesor de tesis, que los albergues serían un buen sitio para realizar el trabajo de campo, pues constituían un lugar seguro para los viajeros y podrían serlo para mí, eliminando así también peligros para los migrantes, al menos durante las estancias en aquellos espacios; sin contar que ahí era donde muchos de ellos se congregaban, lo que potencializaba el desarrollo de vínculos más profundos y de lapsos más largos desde estos lugares.

Los resultados de este trabajo se obtuvieron entre septiembre y diciembre de 2019 a través de una etnografía multisituada, es decir, una etnografía que “se mueve fuera de los lugares únicos y las situaciones locales de los diseños convencionales de investigación etnográfica para examinar la circulación de significados culturales, objetos e identidades en un espacio y tiempo difusos” (Marcus 1998, p. 79, en Solé Arrarás 2017, p. 99).

Realizar este tipo de investigación antropológica me permitió acercarme a la experiencia de tránsito en México como un fenómeno transnacional, pues me permitía considerar las sensorialidades experimentadas desde sus comunidades de origen, en Centroamérica, México y el cruce de la frontera con Estados Unidos. Finalmente, además de lograr su cometido, mostró otro espacio no considerado antes de salir a campo y el cual se integraría en el análisis, a saber, los centros de detención. De esta suerte, durante cuarenta días realicé trabajo de campo en la ciudad de Austin, Texas, en Casa Marianella, para después situar la investigación en Saltillo, Coahuila, en la Casa del Migrante, donde mi estancia, de tiempo completo, duró poco más de dos meses. En ambos espacios me desempeñé como voluntaria y mis interlocutores sabían

que era estudiante de antropología. La conjunción de estas funciones fue la que permitió la confianza de los migrantes para compartir su testimonio y colaborar en el trabajo que aquí se presenta.

El papel de la escucha en el trabajo etnográfico se convirtió en objeto de estudio y en herramienta ya que la experiencia vivencial estaba descartada y mi trabajo buscaba acercarse a los procesos aurales a través de escuchar los relatos de quienes sí lo habían experimentado en carne propia. Retomo la noción de escucha participante de Polti (2011) entendida “como la herramienta teórico-metodológica que permite abordar rutinas sonoras, acontecimientos sonoros y discursos a través del acto de oír y producir sonidos como práctica compartida por los sujetos y el investigador” (Polti 2011, p. 10). Esta herramienta, dice Polti, es complementaria a la de observación participante, aunque suscribo el argumento de Forsey en el cual señala que el etnógrafo participa más escuchando que observando (2010, p. 561). Desde mi experiencia puedo decir que más que un agregado, la escucha significó la creación de *rapport* con los migrantes con quienes tuve oportunidad de convivir. Mucha de mi labor como voluntaria radicó en escuchar lo más posible *sobre* y *con* ellos. En Austin fui receptora de relatos íntimos, de viaje y de encierro, mientras que, en la cotidianeidad de Saltillo solía sentarme a escuchar música con los viajeros, práctica que según sé era ya acostumbrada, con la diferencia de que cuando nos reuníamos sólo escuchábamos sus peticiones, espontáneas y diversas como cada una de las personalidades de los solicitantes. En este segundo albergue, prácticamente pasé día y noche, y mi participación como voluntaria me permitía, por un lado, escuchar lo mismo que ellos, en una especie de sincronización rítmica (aunque desde la posición de voluntaria) y, por otro, la escucha activa etnográfica me permitía prestar atención a otras actividades demarcadas por la sonoridad, incluso si no involucraban mi presencia por completo.

Pienso que fue la continuidad de estas acciones la que permitió que los migrantes me leyeran bajo un código sonoro y de confianza, esencial para la aplicación de las otras estrategias de recopilación de datos que explicaré a continuación.

Grupos focales

Los grupos focales son situaciones construidas para conocer y compartir conocimiento. Son “entrevistas grupales dirigidas por un moderador” (Prieto y March 2002, p. 366),

a través de las cuales se pretende que los participantes, quienes usualmente representan a su grupo referencial, interactúen para así crear información sobre un tema particular hasta saturarlo, es decir, hasta que las opiniones resultadas del encuentro comiencen a repetirse. Los integrantes deben tener una o varias características comunes que les permitan compartir su experiencia con los demás compañeros y así, matizar, confrontar y complementar lo dicho (Prieto y March 2002, p. 366-372).

Puesto que las experiencias de los migrantes son usualmente difíciles, para acercarme a ellos durante los grupos focales se propuso una sensibilización inicial la cual no siempre fue la misma debido a las características de los participantes, quienes fueron siempre diferentes, así como mi vínculo con ellos. En todos los cinco grupos focales realizados (los cuales se anunciaron como “talleres”), se hizo una invitación a un ejercicio de escucha del entorno en una especie de concientización sonora y después se les explicaba a los participantes que se quería conocer lo que ellos habían experimentado durante su camino con la particularidad de que priorizaran sus recuerdos sonoros y los plasmaran en un mapa previamente dispuesto en la mesa donde se realizaba el ejercicio. En dos ocasiones esta sensibilización sonora se acompañó de la voz y jarana de mi tutor de tesis con canciones que versan sobre las afectividades de los seres queridos, a distancia. En otras emisiones del taller, consistió en poner música, corridos de migración que sabía, por experiencias previas en otros contextos del albergue, despertaban en ellos emociones al respecto.

Fui usando las representaciones de ejercicios previos como ejemplos para que los migrantes pudieran imaginar lo que harían con su mapa. Una vez considerado un tiempo suficiente, se les invitaba a compartir el ejercicio con sus compañeros, mismo que incitaba a un diálogo común y a la complementación de experiencias durante los trayectos. El uso de esta herramienta etnográfica me permitió, además, marcar las pautas para posteriores entrevistas focalizadas, cuyos parámetros de selección fueron la disposición de la persona, ya por motivos personales o bien subordinados a la temporalidad de su estancia dentro del albergue, así como la colocación de información sonora en el mapa.

Durante estos talleres, la comunicación paralingüística fue esencial ya que no todas las personas participaron activamente compartiendo o denunciando lo que habían vivido, sino que muchas se limitaron a escuchar lo que sus compañeros decían, algunos otros plasmaron mucho de su sentir sobre el camino en el papel, pero no lo articularon

públicamente. La identificación de estos elementos, tales como gestos, suspiros, silencios, en conjunto con la información que depositaron en el mapa, fueron también puntos importantes en la selección de aquellos a quienes sería posible entrevistar en lo particular.

Los mapas

El uso de los mapas fue pensado para tener un registro de la experiencia sonora del tránsito en el espacio multinacional que esta tesis aborda. Considero esta representación cartográfica como una herramienta metodológica y también epistemológica pues me permitió acceder a las narraciones propias de los autores de dichas creaciones, facilitando el conocimiento emotivo y subjetivo, pues en ellos se pueden expresar sentimientos, pensamientos, experiencias (Suárez-Cabrera 2015, p. 635, 639) y, en este caso, primordialmente (aunque no en exclusiva) sonoridades.

La creación de mapas permitió también activar en los migrantes la memoria de su trayecto, un registro propio de lo que habían vivido, fuera expuesto o no públicamente con sus compañeros. Sobre esta herramienta hay que decir que no siempre la información vertida era sonora, es decir, muchos de los participantes emplearon este recurso para imprimir en el papel momentos específicos de su experiencia, sin que ésta estuviera necesariamente acompañada de elementos sonoros. Este ejercicio cartográfico no sólo ubica sonidos en un territorio, sino que logra asociar la afectividad con la sonoridad y los lugares donde se experimentaron (Bieletto 2017, p. 121); es decir, “reproducen la vida en un territorio” (Suárez-Cabrera 2015, p. 637). El hecho de que ciertas experiencias involucraran sonoridades fue un elemento clave para considerar llevar a cabo entrevistas focalizadas.

El testimonio

El testimonio es una modalidad de la entrevista, una cuya característica primordial es la no directividad, en la cual se privilegia el orden afectivo permitiendo fluir libremente la actividad inconsciente (Thiollent 1982, en Guber 2001, p. 32) para conocer las maneras en las que los entrevistados “conciben y asignan contenido a una situación; en esto reside, precisamente, la significatividad y confiabilidad de la información.” (Guber 2001, p. 32). Este instrumento metodológico usa como estrategia la libre asociación en

la que, durante el evento testimonial, las intervenciones del etnógrafo son mínimas, mientras que las más prolongadas son las del informante (Guber 2001, p. 33).

Es una herramienta a través de la cual se materializan reflexiones conscientes sobre experiencias pasadas y que permite dotar de significado a ciertos eventos, en este caso, momentos del tránsito que por su intensidad sensorial fueron resguardados en el acervo del conocimiento de los migrantes. Es importante no olvidar que estas “narrativas de certificación autobiográfica” (Daughtry 2015, sección *Testimony*, párr. 1) pueden ocurrir también en situaciones informales y seguir siendo consideradas como tales siempre y cuando exista sobre ellas un aire de solemnidad y vulnerabilidad. De esta suerte, adelanto que, a pesar de que en el trabajo etnográfico fui receptora de varios testimonios, retomo aquí únicamente aquellos vinculados con eventos sucedidos en el tránsito, aunque muchos de ellos están precedidos por una acumulación de hechos que han dejado su marca en la psique y en el cuerpo de quienes compartieron conmigo su experiencia. En el contenido de sus testimonios, al contrario de lo que podría pensarse, se enfatizan los detalles (por ejemplo, nombres o afiliaciones de agresores) en un intento de comprender las intenciones de aquellos por atacarlos. En otros casos, se trataba de nombrar con un afán de justicia, o bien, para dar cuenta no de lo que había sido, sino de lo que es, tanto para ellos como para los que se encuentran en movimiento en algún punto del corredor Centroamérica-México-EU.

Composición de la tesis

El capitulado de esta tesis sigue la clasificación espacio-temporal de la ruta de tránsito, es decir, el lugar de origen, el tránsito en México y el destino, en este caso el sur de Estados Unidos. La intención del primero, “El origen y el paso por Centroamérica” es contextualizar la situación de esa región, con un énfasis en las relaciones internacionales entre Honduras y Estados Unidos, para así exponer las construcciones sociales y aurales de la población estudiada y referir las maneras en las que los migrantes van configurando en su imaginario percepciones y sonoridades específicas respecto al riesgo de migrar o de quedarse en el país origen, así como otras emisiones sonoras que habrán de acompañarlos en su travesía.

El segundo capítulo, titulado “Cruzar México y sus fronteras”, está dividido en varios puntos argumentativos. El primero de ellos da cuenta de las particularidades de

los sujetos de investigación, es decir, responder a las preguntas: quién transita, por dónde, en qué transporte y mostrar la relación de estas variables con las distintas experiencias subjetivas relatadas por ellos. Un segundo punto explora la categoría de riesgo y tránsito y su subjetivación en el contexto migratorio para revisar los peligros que enfrentan los migrantes. Durante este capítulo, exploro cómo las formas de escucha migrante varían de acuerdo con la tensión experimentada en distintos espacios durante el trayecto y cómo, a partir, de estas auralidades se crea un conocimiento que está orientado a la disminución de la materialización de los peligros.

A lo largo del tercer capítulo “Las sonóferas de los albergues y los centros de detención”, expongo estos sitios como creadores de una sonófera particular a partir de la cual se crean rutinas y, por tanto, modos de socialización específicas que contrarrestan la tensión característica de la movilidad del tránsito. Otro punto sustancial de este capítulo es enfatizar la socialización a distancia como punto de interacción social y vital migrante durante el tránsito.

En “Silencio, trauma y testimonio”, último capítulo, se expone el silencio como un dato imprescindible para comprender la subjetivación del riesgo en un nivel más profundo en el que se percibe un evento de trauma, el cual es atravesado por el testimonio como facilitador.

CAPÍTULO I. EL ORIGEN Y EL PASO POR CENTROAMÉRICA

Un cuerpo de agua, ¿puede ser frontera? Es uno, y sin embargo, separa. Y el puente de ese cuerpo, ¿une o nos da ocasión para el abismo? Atravesar como un nunca más, sin mirar el hombro que fui. Entre el puente que nos eleva sobre la fuerza del agua, su sonido y nosotros: retornos de ya no ser. Somos historias de los puentes que no se han levantado.

Pasos de frontera (5), Bruno Pino

El propósito de este capítulo es exponer el contexto de la región centroamericana, en especial de Honduras, para comprender cómo los valores sociales participan en la configuración de la auralidad de los migrantes, misma que más tarde los acompañará durante su tránsito, es decir, cómo el contexto social militarizado y violento origina una percepción auditiva específica. Más adelante, se presentan dos viñetas, la de Sara y la de Jorge, con la finalidad de exponer algunos sonidos representativos de la situación de los países expulsores y las afectividades que los protagonistas de estas historias crean a partir de ellos.

“We are here because you were there.”⁶ orígenes de la migración hondureña hacia Estados Unidos

Fue gracias a acercamientos previos a albergues en la ciudad de Monterrey que la población que conformaría este trabajo se fue dilucidando. Aunque es común encontrarse con extranjeros de distintas nacionalidades en las Casas de Migrantes, sobre todo aquellos provenientes de Centro y Sudamérica, es un hecho innegable que la parte sustancial es de origen hondureño. No es un hecho aleatorio. La historia reciente de Centroamérica, en especial la de Honduras, ha conjuntado diversidad de eventos y procesos que han propiciado la movilidad.

Las relaciones internacionales entre Honduras y Estados Unidos no son recientes y desde su inicio tampoco se han limitado al orden económico, sino que se

⁶ “Estamos aquí porque ustedes estuvieron allá”.

han extendido al político y al militar. Comenzaron a gestarse desde 1890 cuando compañías bananeras estadounidenses se instalaron e iniciaron la construcción de su propia infraestructura para el funcionamiento de sus empresas. Veinte años más tarde, estas empresas tenían en su haber más de un millón de hectáreas en aquel país gracias a las facilidades otorgadas por el endeble sector financiero del país centroamericano hacia los intereses estadounidenses, quienes ya entonces dominaban la banca y los sectores mineros de Honduras, además del comienzo de intervenciones militares norteamericanas (Nevins 2016, p. 2).

Con la Guerra Fría como escenario, la presencia militar estadounidense en Honduras fue más evidente durante el mandato de Ronald Reagan (1981-1989) cuando, bajo el pretexto de proteger al país centroamericano de los ataques del gobierno sandinista en Nicaragua, instaló a miembros de la milicia norteamericana, quienes tenían a su cargo el entrenamiento de grupos contrarrevolucionarios nicaragüenses, mismos que frenarían los movimientos izquierdistas en la región. Estos hechos fueron sólo el inicio de la militarización de Honduras la cual se reafirmaría, años más tarde, con la construcción de bases militares binacionales, cediendo así la seguridad pública a los ejércitos. Esto trajo como consecuencias, por un lado, una violenta represión política (Nevins 2016, p. 3), y por otro, una inhibición de la sociedad civil, contenida, aun en la precariedad, para cometer delitos debido a que las fuerzas armadas, esparcidas por todo el país, atemorizaban y violaban los derechos de la población, sobre todo de los jóvenes (Armijo, Benítez y Hristroulas 2009, p. 339).

Si por un frente la milicia contenía la criminalidad a través de estrategias disuasivas, por otro la intervención norteamericana desestabilizó la incipiente economía de Honduras a través de presiones para reformar las políticas al respecto, y así, invertir el papel de exportador de bienes primarios del país centroamericano para convertirlo en uno dependiente de insumos importados de Estados Unidos, cuyos productos entraban libres de impuestos al Caribe. (Nevins 2016, p. 3). Esto fue un gran golpe para la agricultura tradicional pues empobreció a aquellos que no pudieron hacer frente al mercado neoliberal, sentando así las bases de las migraciones masivas hacia el norte en los años noventa. El enfoque militar de la seguridad pública de la llamada “democracia de fachada” (Torres-Rivas 2015, p. 176-177) duró veintinueve años hasta la eliminación de la Dirección de Investigación Nacional (DIN) en 1992 y la creación de la Secretaría de Seguridad en el año de 1998.

En este panorama aparecieron los mareros, conocida pandilla originalmente salvadoreña, nacida en barrios mexicanos de Los Ángeles y organizada para sobrevivir los hostigamientos de otras mafias. En Estados Unidos sus prácticas fueron tornándose más violentas y muchos de sus integrantes cayeron presos, aunque sus redes siguieron fortaleciéndose dentro de las cárceles. (Armijo *et al.* 2009, p. 341). Un país con una incipiente y desventajosa incorporación a la economía neoliberal recibió a principios de los ‘90 a millones de deportados, muchos de los cuales estaban ya enfilados en las actividades criminales. (Dudley 2018). Armijo propone que, en conjunto, la acelerada desmilitarización en Centroamérica, el vacío del Estado respecto al ámbito de seguridad pública, las deportaciones masivas de los oriundos de los países del Norte de Centroamérica, la economía neoliberal y la decadencia de la agricultura, la falta de políticas educativas incluyentes, así como el constante incremento de la presencia policial en las fronteras, sobre todo a partir del 11 de septiembre de 2011 (Armijo *et al.* 2009, p. 340), crearon las condiciones apropiadas para que las pandillas, principalmente la Mara Salvatrucha y el Barrio 18, se fortalecieran y expandieran en Honduras, con un foco relevante en San Pedro Sula y Tegucigalpa, cabeceras departamentales con mayor presencia de mareros, comprometiendo así la situación de inseguridad.

Para 1998, el huracán Mitch agravó las condiciones socioeconómicas de la nación. En la región centroamericana se estiman cerca de 20,000 víctimas entre muertos y desaparecidos, además de afectaciones en estructuras urbanas y una “destrucción masiva de viviendas y cultivos” (Lavell 2005, p. 13). Las adversas condiciones ocasionadas por esta catástrofe provocaron un incremento en la migración hacia Estados Unidos, pues las posibilidades de sobrevivencia de los habitantes disminuyeron drásticamente, esto explica que la población nacida en Centroamérica y radicada en Estados Unidos pasara en 1990 de 39,154 personas, a 108,923 en el año 2000 (Castillo y Corona 2004, p. 691, recuperado en Puerta 2012, p. 312).

El incremento de la violencia es uno de los factores que más afectan a los hondureños y sus manifestaciones son variadas: “[...] la persecución ideológica, las venganzas familiares, la apropiación de bienes ajenos, secuestros, asaltos, extorsiones [...]” (Argueta 2018) y, usualmente, los mayores afectados son los sectores marginados económicamente. Este panorama no parece mejorar ahora que el actual presidente de Honduras, Juan Orlando Hernández, reelecto durante unas complicadas elecciones a

finales de 2017, se encuentra bajo sospecha de fraude (Dada 2019) debido a sus supuestos vínculos con el narcotráfico:

Su lugar geoestratégico para el tráfico de tanta droga ha secuestrado la institucionalidad y pervertido las dinámicas económicas y los equilibrios del poder. Pero no sólo el narcotráfico. El Estado mismo, infestado por la corrupción, ha desmantelado en los últimos años los sistemas de protección de garantías individuales, de derechos humanos y de los recursos naturales (Dada 2019).

La facilidad que los narcotraficantes hallan para transitar en aquel país se corresponde con los vínculos que tiene el Estado hondureño con el negocio de las drogas, tanto así que autores y periodistas se refieren a Honduras como un Narcoestado (Dada 2019).

El ambiente sonoro de Honduras

Bienes simbólicos musicales: de la punta catracha al reguetón

Hay que considerar las especificidades de las experiencias previas de los migrantes centroamericanos para comprender las formas en las que, sensorialmente, crean conocimiento del mundo en el que viven, generado a partir de la significación del sonido, en situaciones muchas veces desconocidas e inciertas para ellos.

Cada una de las situaciones problemáticas descritas en el apartado anterior no sólo impulsa el exilio de los migrantes, sino que genera un tipo de percepción sensorial específica, aunque no debemos olvidar que en el origen existen muchos más elementos que configuran esta percepción y que no están relacionados únicamente con violencia; por ejemplo, aquellas sonoridades que se integran al paisaje sonoro de Honduras y que se identifican en bienes simbólicos ligados al sonido, como el género musical conocido como “punta catracha”, emblema nacional, además de otros provenientes de la cultura mexicana, como los corridos y la música ranchera, muchos de cuyos versos enmarcan ya el imaginario migratorio. En una ocasión, por ejemplo, en el primer grupo focal un migrante dijo que el sonido que recordaba antes de salir era una canción de la banda MS⁷ durante una fiesta de despedida organizada en su honor una noche antes de emprender el viaje. Existen además otros géneros que se han integrado recién y que

⁷ Agrupación musical mexicana perteneciente a las llamadas bandas de viento “sinaloense” tan popular que, incluso, ha formado parte de festivales como Coachella, en el cual usualmente suenan géneros como rock, hip hop o electrónica.

ciertamente están reconfigurando la educación sentimental latinoamericana, como el reguetón. En este punto tengo que decir que, a pesar de no haber hecho trabajo etnográfico en Centroamérica, recopilé información sobre el tipo de música que estos migrantes escuchan en aquel país, gracias a mi estancia en la Casa del migrante de Saltillo durante la cual, a partir del uso de Spotify, plataforma de *streaming* musical, creé una lista de once horas con canciones que los migrantes me solicitaban durante las tardes que pasábamos en el patio de ese albergue.

En la Gráfica 1, creada con base en dicha *playlist*, se aprecia la variedad de música con la que los migrantes viajan y que se corresponde con la multiplicidad de personalidades y de estados de ánimo de cada uno de ellos. Es importante decir que “CDMSaltillo. Juntos hacemos una casa”, título de la lista, es sólo una muestra de la musicalidad en un sitio específico desde el que algunos de ellos se permitieron esta remembranza sonora.

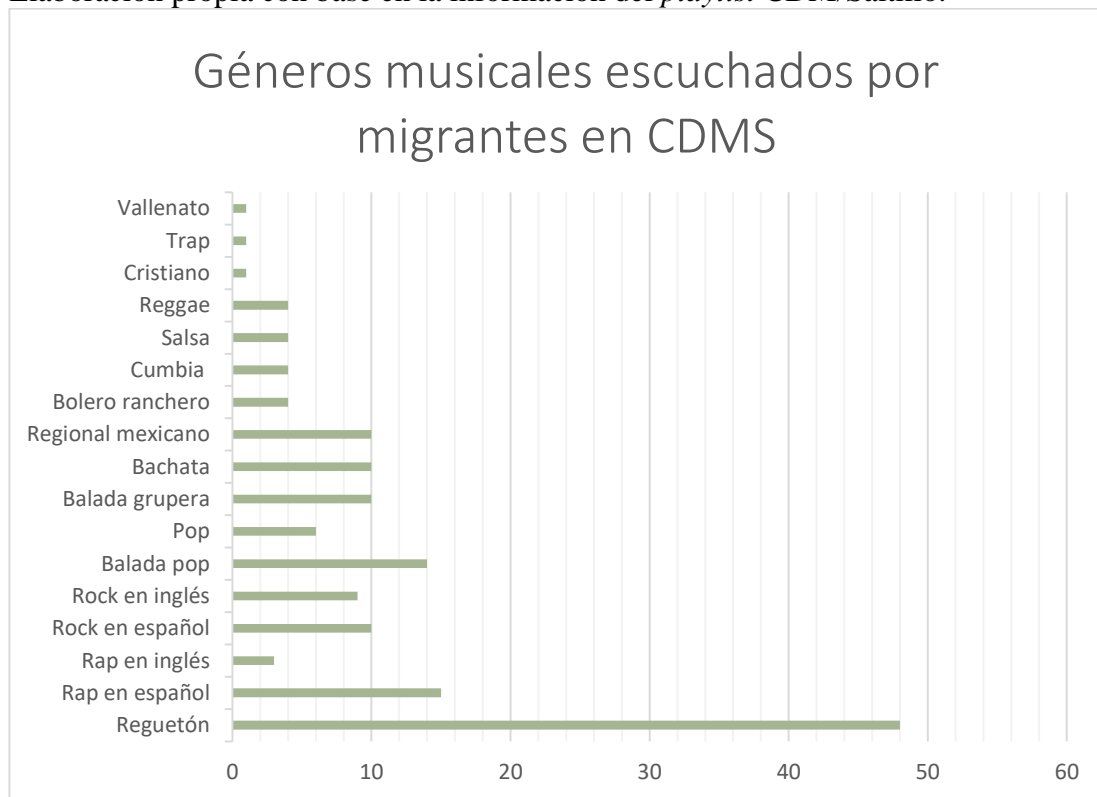
De esta suerte, esta auscultación puede describirse como del tipo *de escucha cantando* (Huron 2002) en tanto los migrantes, antes de comenzar su camino, están familiarizados con índices sonoros y obras musicales que reconocen, están integrados en su acervo de conocimiento y guardados en su memoria. Este tipo está muy relacionado con la escucha lírica (Huron 2002), en donde sucede algo muy parecido a la anterior, aunque esta vez acompañada de un reconocimiento y decodificación de la intención de la letra de las obras. Traigo a colación estas posibilidades del escucha centroamericano para establecer que no todas las configuraciones aurales en el origen son trágicas, violentas o de desesperanza, como tampoco lo son en los albergues.

De la muestra recopilada resalta el reguetón como género favorito, secundado por otros como el rap en español y la balada pop. Dentro de los albergues la escucha del primer género es kinestésica, es decir, aquella que ocurre cuando el auditor siente un impulso por el movimiento (Huron 2020); al escuchar este tipo de música, muchos de los migrantes bailaban, movían los hombros o las manos con aquellos ritmos incluso sentados, acaso por ese efecto inmediato sobre ellos el reguetón fue, por mucho, la solicitud más frecuente. Respecto al rap, al prestar atención a las líricas que integran la muestra, resulta que muchas de ellas hacen referencia al uso de marihuana y, aunque es un tema frecuente en dicho género, resulta interesante contextualizar la resonancia de este contenido en un espacio religioso como el de los albergues en cuyas

instalaciones el uso de sustancias psicotrópicas está prohibido y es sancionado con la expulsión definitiva.

Esta variedad tanto de géneros como de temáticas responde a la diversidad de personalidades que a diario entraban a la Casa del Migrante de Saltillo, sin embargo, entre esta paleta de posibilidades se pueden rastrear algunos denominadores comunes, como el énfasis en el extrañamiento y la ausencia ocasionadas por las relaciones a distancia, sean éstas familiares o de pareja, aunque también hay otras que hacen referencia directa a la migración indocumentada, en una especie de autoconciencia migrante.

Gráfica 1. Géneros musicales escuchados por migrantes en CDMSaltillo. Elaboración propia con base en la información del *playlist* CDM/Saltillo.



Además de la música existen otras experiencias sonoras en el origen que generan nostalgia una vez fuera del terruño y que están relacionadas a los vínculos afectivos de la familia, sobre todo de los padres e hijos, y que serán un sustento importante durante el camino del migrante. La tradición oral forma parte del imaginario migrante y es a partir de esta escucha en la que muchas veces se configura el inicio del viaje, es decir, la experiencia de los otros y sus aspiraciones se transforma en una especie de rumor

migratorio que se ha reproducido en el tiempo. Otro aspecto sonoro muy recordado por los migrantes es la voz de sus familiares, sobre todo los padres, en el momento de la despedida. Para muchos de ellos, escuchar las bendiciones o la petición de cancelar el viaje para quedarse ahí con ellos es la marca sonora con la que inicia su travesía. Expresiones como “Mis padres cuando no querían que nos viniéramos”, “Escuché la voz de mi mamá que me decía que no me viniera”, “El sonido de la puerta de mi casa cerrando” o “Escuché que todos se querían venir” son frecuentes en los relatos migrantes al cuestionarlos sobre la última referencia auscultada en el origen.

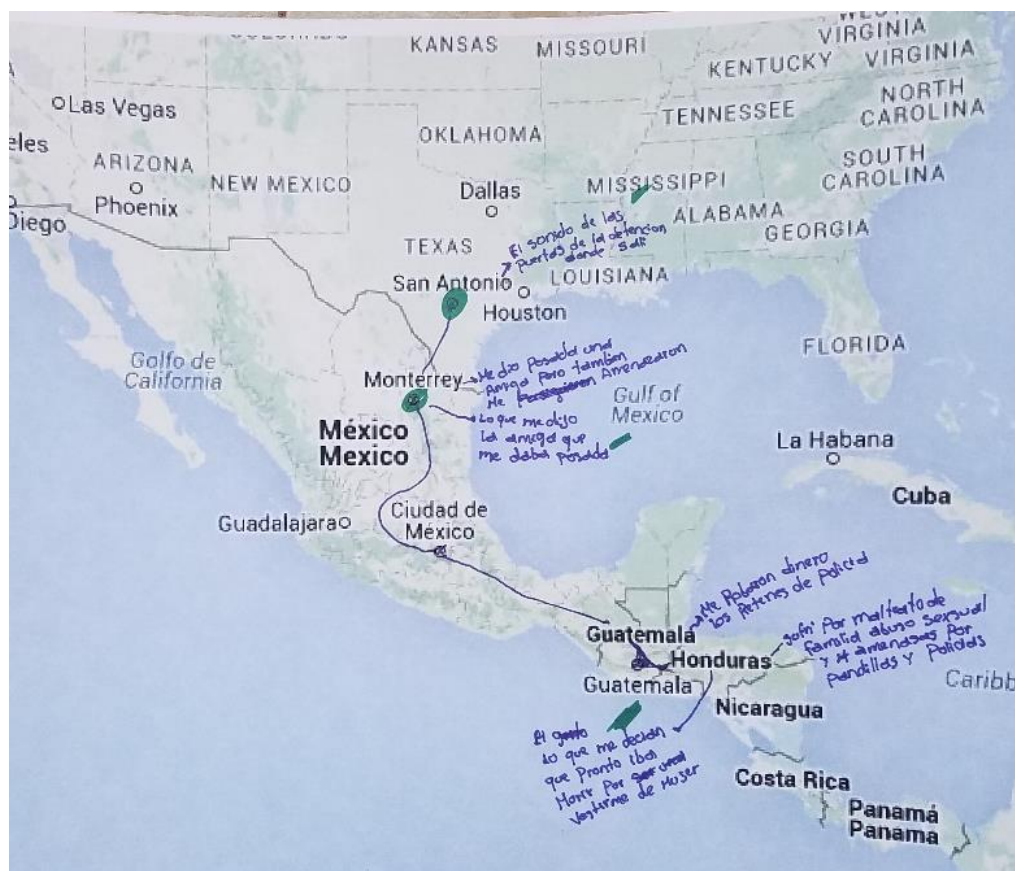
No pocas veces la intención de salir ocurre sin reflexión y es apresurada, como en los casos de desplazamiento forzado, relacionado algunas veces con la persecución y las amenazas. Acaso por eso cuando los migrantes perciben algunos estímulos sonoros los reconocen con familiaridad, misma que les permite asociarlos de inmediato con situaciones peligrosas. Se puede pensar entonces que si los migrantes poseen en su acervo del conocimiento estas experiencias problemáticas, mostradas en este caso a partir de detonaciones, sirenas, etcétera, están habituados al peligro, habiendo escuchado de aquellos que han intentado viajar hacia el Norte las vicisitudes que acompañan al tránsito y cuyas narraciones deberían prepararlos para realizar el propio. Pero no es así, o por lo menos, no siempre. La estructura en la que esta migración se encuentra es cambiante, incierta y servil a otros intereses ajenos a los de la población centroamericana. Para explorar las distintas experiencias aurales asociadas al momento de la expulsión, presento a continuación dos viñetas etnográficas.

Sara: transfobia y militarización

La segunda vez que el papá de Sara vio a su hija jugar usando la ropa de su mamá la echó de la casa. Tenía entonces siete años. La primera vez que se vistió de mujer, un par de años antes, comenzó a escuchar que su familia se refería a su persona como *mariquita* y al mismo tiempo comenzó a notar que los tratos entre sus hermanos y ella comenzaban a ser distintos. Cuando volvió a pasar, la echaron afuera, al pedir comida a unos vecinos, negociaron y ellos le ofrecieron techo en el patio de su casa a cambio de que fuera a recoger leña para su negocio todos los días. Uno de sus maestros le dio acceso a la escuela primaria, la cual finalmente terminó a los dieciséis años, pues todo se complicó al estar en situación de calle. Poco después su padre murió. Tiene muy

presente que cuando intentó unirse al velorio su familia la sacó del lugar con gritos: “¿Vos qué haces aquí? ¿para qué viniste? ¡Éste no es tu lugar!”. Transcurridos los meses, sus hermanos le permitieron volver a la casa materna, aunque la condición era ir a trabajar todos los días en una finca de café heredada por el padre, además de que algunas restricciones se mantenían en el entorno doméstico, pues Sara se entendía a sí misma como una mujer y nunca dejó de vestirse ni comportarse como tal, aun los agravios no fueran únicamente de su familia, sino también de la policía.

El 11 de marzo de 2019 mientras regresaba de unas compras, unos policías militares, “los moteados, los que mandan allá en el gobierno”, la interceptaron en el camino para subirla a una camioneta y cubrirle la cara para golpearla y abusar de ella. A pesar de no ver qué es lo que estaba sucediendo, escuchó las armas que llevaban los policías y pensó que iban a matarla de inmediato. No fue así, pero, después del abuso sexual, éstos la amenazaron y le dijeron que la matarían, la harían pedazos y la dejarían en bolsas si no se iba de ese lugar. “Eso te pasa por maricón”, le dijo su mamá cuando llegó con la ropa desgarrada y llorando a su casa. Al día siguiente, estando sola en casa y apenas reponiéndose de la agresión alguien tocó su puerta. Dando por hecho que iban a buscarla para cumplir las amenazas, sin siquiera abrir o preguntar quién era, salió por la puerta trasera y emprendió el viaje.



Mapa 1. Representación experiencial en el origen y el tránsito. Autora: Sara.

La decisión de Sara de abandonar todo y huir intempestivamente de su casa hacia nuevos y desconocidos rumbos responde a una interpretación anticipada de una amenaza, es decir, la subjetivación de un riesgo marcado a partir de un acontecimiento sonoro como el sonar de la puerta, el cual, aunque culturalmente no se percibe como indicador de peligro, fue interpretado como tal por la experiencia previa de Sara.

Esta *familiaridad* en la historia de Sara con acontecimientos violentos guarda una relación con la condición militarizada de la sociedad hondureña desde los orígenes de las relaciones internacionales con Estados Unidos de la que hablé al principio de este capítulo. A pesar de que el tiempo ha transcurrido y en el discurso público Honduras se presenta como una nación democrática e independiente, lo cierto es que la presencia militar, la presencia de “los moteados”, se ha hecho evidente en el ámbito civil, sobre todo con el actual gobierno de Juan Orlando Hernández, quien llegó al poder a través de un golpe de estado para derrocar en 2009 a Manuel Zelaya.

La situación de Honduras se puede entender desde el concepto de “nuevas guerras” (Kaldor 1999 en Forigua 2006) que refiere al cambio en la noción de *guerra*

respecto a cómo las conocíamos hasta la Guerra Fría. Ahora las condiciones bélicas son confusas ya que se incorporan nuevos actores y en este nuevo paradigma es difícil reconocer con claridad quiénes son los combatientes, cuáles son los objetivos, quién o quiénes financian las acciones, así como las formas específicas en la que los Estados participan (Forigua 2006). Lo anterior ha traído consecuencias políticas y sociales que han aportado lo propio para el ambiente sonoro de aquel país centroamericano.

Durante una breve entrevista vía remota al fotoperiodista hondureño Tomás Ayuso, que se transformó en un ejercicio de memoria sonora del paisaje hondureño, describió el ambiente militarizado de San Pedro Sula, donde él radica, de la siguiente manera:

Retenes en la ciudad, patrullajes de la policía militar, el sonar de las órdenes desde las patrullas de los policías militar[es] vía alta voz, el sonido y ruido de radios en las calles, klaxon [*sic*] en movimiento rápido por la autopista, el lenguaje que usan ellos, el lenguaje que se usa para describirlos a ellos [...] el lenguaje que usan (los militares) es deshumanizante, brusco, agresivo y militar. Con el lenguaje que se usa para describirlos me refiero a la jerga popular que usa el pueblo para referirse a los policías militares y al ejército, sólo que ahora entra en un uso más común por la militarización mientras antes se usaba sólo en contexto del soldado guardado en la base. La jerga más despectiva la usa[n] grupos más victimizados por los policías militares, típicamente barrios marginales y comunidades bajo control de una de las dos maras”.

Tomás Ayuso, fotoperiodista y migrante hondureño, comunicación digital, 13 septiembre 2020.

La caracterización anterior no es muy distinta en el testimonio de otros migrantes. Conforme fui escuchando las razones por las que otras personas han salido de su tierra fue fácil reconocer que, en las vivencias evocadas, a pesar de ser diversas en la particularidad, se mantienen sonidos representativos de cada momento de la migración centroamericana, incluso si no es precisamente hondureña, por ejemplo, el caso de Jorge de quien escribo a continuación.

Jorge, el oído como supervivencia

La historia de Jorge, indígena aguacateco de Guatemala, se presenta en esta investigación porque la experiencia aural de su vida y tránsito, así como las posibilidades terapéuticas de su testimonio son muy ilustrativas. Jorge tiene una historia similar a la de Sara. Siendo el más pequeño de su familia, lo echaron a la calle, supone él, por dos posibles razones, por ser el único moreno de sus hermanos o porque su padre tenía otra familia y el dinero no ajustaba para todos. Desde aquella etapa

infantil recuerda una especial relación con el sonido del viento, identificada cuando comenzó a jugar fútbol y el aire que acompañaba al balón lo motivaba a ir hacia adelante. Desde los diez años, edad cuando lo desterraron de su familia, vivió en una cantina, lugar en el que encontró las facilidades de sobrevivencia y otro tipo de socialización con personas adultas. Ahí, “de oído”, aprendió a hablar español como segunda lengua. Más tarde, un maestro de la comunidad lo invitó a tomar clases, además de la instrucción general, aquel profesor también le enseñó a dibujar. Con el tiempo, esta habilidad se desarrolló profundamente en él y la empleó como un elemento catártico, alejado de los clichés de “rosas y corazones”, transformó su talento inclinándose hacia los monstruos y las calaveras: “transformar la realidad en papel”.

Más avisado en el nuevo idioma, comenzó a escuchar a hombres retornados de los Estados Unidos que hablaban con palabras que no pertenecían a ninguno de los idiomas que ya sabía, al tiempo que iba introyectando palabras en inglés comenzó a relacionar las experiencias de los clientes de la cantina, quienes, mientras derrochaban dólares, platicaban sobre la vida en los Estados.

Uno de aquellos migrantes era su hermano, Marco Solís, con quien tuvo más contacto antes de que éste se fuera a trabajar al Norte y quien de vez en vez le acercaba algunas monedas y ropa para que se sostuviera y cambiara. Tiempo después de irse, Marco fue deportado y regresó a su casa en un verano. Duró vivo apenas unos meses ya que cometió el gravísimo error de tatuarse en la espalda las iniciales de su nombre “MS”, Marco Solís, las cuales también coincidían con las de Mara Salvatrucha, acto que fue despreciado por la pandilla. Jorge recuerda que, a pesar de no ser un integrante *activo* de su familia, ayudó a su madre a recuperar las trece partes del cuerpo de su hermano, destazado y abandonado por distintas partes del pueblo. Este evento sirvió para que Jorge pudiera acercarse un poco más a su familia. Incluso, una de sus cuñadas le regaló un boleto para la final de un partido de fútbol, pues sabía que le apasionaba. Antes de que comenzara ese partido, sintió algo que pasó cerca de sus oídos, inexplicablemente “algo que me quiere mover hacia adelante, pa’l frente”, recuerda, aun sin haber viento en el ambiente.

Apenas terminado el evento, Jorge estaba eufórico disfrutando con sus amigos, pero vio a lo lejos a su cuñada que venía en la única bicicleta de la familia:

Cuñado, veo tu alegría, pero se te va a acabar, ya fueron a pintar la casa, que tú eres el siguiente, ya saben que estás aquí en el pueblo, te estaban dando tiempo, pero de esta noche no pasas. Toma 300 quetzales que tengo para mi gasto, pero no importa que me quede sin nada, tómalo

y lleva la bicicleta, déjala cuando llegues a Huehuetenango, o donde quiera que estés, donde quiera que vayas, es que ya vienen por ti. Apenas tu sobrina Brenda los tiene allá entretenidos, ella dice que estás por acá, por allá. Muévete, sólo recuerda lo que les han hecho a tus hermanos, que están en el cementerio, puras tumbas. Salva tu vida. Entonces comprendí ese viento que me hacía ir por delante, que saliera del pueblo.



Fotografía 1. Migrantes portando banderas de países del Triángulo Norte. Imagen tomada por mí el 2 de noviembre, 2019.

Las salidas apresuradas: la escucha semántica del rechazo y de las amenazas

Los protagonistas de estas viñetas comparten como primera experiencia la discriminación familiar, motivo que los lanzó a la calle. Pienso entonces en la llamada escucha semántica (Schaeffer 1988) en la cual se decodifica un sistema de valores interpretados, es decir, el lenguaje, para dotarlos de sentido y actuar en consecuencia: (p. 69). En estas historias destaca que el desciframiento esté asociado, en un primer momento, a la discriminación y al rechazo familiar y más tarde al de autoridades militares o grupos mareros armados.

Galtung (1990) analiza la noción de violencia no sólo en sus formas más evidentes, sino que escudriña las causas ideológicas y narrativas que la sustentan y que la han replicado en el mundo a lo largo del tiempo. A la luz de esta propuesta, entendemos la violencia directa como el comportamiento visible e inmediato, (pensemos, por ejemplo, en el daño corporal, psicológico y espiritual), por otro lado, está la que Galtung ha denominado cultural, es decir, las actitudes que más tarde se transformarían en acciones. Estos dos vértices del triángulo propuesto por el autor están representados a través de índices sonoros asociados con la violencia, como el rechazo verbalizado con palabras que negaban la posibilidad de ser a Sara y que dejó una huella visible durante su testimonio, guiado por su voz entrecortada y lágrimas que aparecieron apenas comenzar el grupo focal en donde explicó su caso y después en la entrevista individual. El oído también fue crucial para la constitución de Jorge como persona: desde el momento en el que tuvo que aprender otras lenguas para encontrar mejores oportunidades de sobrevivencia hasta la subjetivación del sonido del viento como un indicador de movilidad.

Otro punto compartido entre Jorge y Sara como punto determinante para su viaje son las amenazas. En ambos casos fueron mensajes claros, aunque no de la misma sustancia: una descripción verbalizada de lo que harían con el cuerpo de Sara y un mensaje escrito anunciando que a Jorge también podrían esparcirlo en trece pedazos al igual que a su hermano. Lo anterior no es un dato aleatorio, pues a la pregunta de cuál era el sonido más recordado del lugar de origen, una de las respuestas más frecuentes fueron las amenazas. En la recopilación de los datos empíricos, los migrantes no ofrecieron detalles abundantes sobre los modos de transmitir el mensaje, hecho que sugiere una priorización al mensaje mismo, la amenaza en la significación. Los

ejemplos recopilados al respecto son abundantes. Además de los mencionados aparecen el caso de Rigo, cuyo hermano fue asesinado frente a sus ojos por personas que más tarde lo amenazarían a él, o bien, el caso de Guillén quien tuvo que abandonar Honduras porque un grupo delictivo le pedía la distribución de drogas en una escuela; la segunda llamada fue más bien una promesa de muerte para él y para sus sobrinos. Volveré con profundidad sobre estas dos historias en el siguiente capítulo.

Las amenazas en tanto actos de habla⁸ deben interpretarse más allá de la composición de las palabras, cuyas características fonológicas, como el tono y la intensidad, no son suficientes para mostrar la relación de poder desigual en una situación específica como ésta. Para comprender su percepción no hay que entenderlas como un mensaje, sino como una sensación que incluye la interacción de la totalidad del ser de los involucrados, incluso, aunque desde el presente se evoque únicamente a la verbalización, se puede decir que las amenazas rebasan las características acústicas y se acompañan de otras expresiones, como cuerpos abandonados estratégicamente o notas escritas con recordatorios de la promesa de daño.

Acontecimientos sonoros de origen: entre sirenas, balazos y voces familiares

Al hablar de *acontecimiento sonoro* hago referencia a la evaluación técnica de Bill y Mary Buchen (Ariza 2003, p. 212) quienes lo consideran como uno de los parámetros para la construcción de un ambiente sonoro, refiriéndose específicamente a elementos como sirenas de fábricas, campanas de iglesias u otros, como el sonido del ferrocarril. A partir de lo dicho por los migrantes que compartieron su historia conmigo, resulta que en el ambiente sonoro de su país ellos tienen muy presente sirenas, balazos y machetazos, es decir, sonoridades asociadas a situaciones violentas o al menos peligrosas en las cuales su integridad está comprometida. Hay que aclarar que los sonidos que detonan la decisión de desplazamiento en los sujetos de este estudio no anulan la existencia de otros indicadores previos, que quizá puedan ser similares en la

⁸ “La teoría de los actos de habla (propuesta por Langshaw Austin en 1962) se basa en la idea de que el lenguaje no sólo sirve para describir el mundo, sino que con él también se realizan ciertas acciones, además de la de decir algo. La unidad básica de la comunicación no son entonces las palabras o frases, sino los actos de habla” (Xin Yin 2015, p. 5).

historia de vida de cada migrante y que no forman parte de esta tesis pues su evocación fue aquella asociada a lo más inmediato antes de su huida.

Detonaciones y machetazos

Recuperemos la narrativa de Sara en el momento en el que “los moteados” la subieron a la camioneta. Bajo estas circunstancias, el sentido apremiante era el auditivo ya que sus agresores la encapucharon para protegerse. Sara asoció la preparación de las armas con su muerte, a pesar de que finalmente la liberaron.

Las detonaciones por arma son sonidos violentos en sí mismos porque su presencia en una situación augura un peligro inminente de daño corporal o la muerte. Los migrantes que han compartido eventos con las armas, privilegian una experiencia sensorial frente a la sonora: “*El sonido que sentí* [...] No me olvidó pues, de esa noche que escuché esos balazos. Desde ahí traigo los recuerdos y no es tan fácil olvidarse de los recuerdos. Por una se la gana el otro.” (Jerónimo, migrante hondureño, comunicación personal, noviembre 2019). En las palabras de Jerónimo resalta la complejidad de aquel momento en el que un balazo perdido cayó en su pie: él no recuerda haber escuchado el sonido, sino haberlo *sentido*.

Sirenas, patrullas

Comúnmente estos índices sonoros están significados culturalmente como una emergencia: si hay una ambulancia con la sirena encendida entendemos que hay que abrirle paso porque alguien que necesita atención médica de urgencia. Esto no necesariamente está vinculado a la violencia, pero sí puede serlo la frecuencia con la que se escuchan, porque traen consigo el mensaje implícito de que se está en un estado más o menos permanente de alarma o emergencia general.

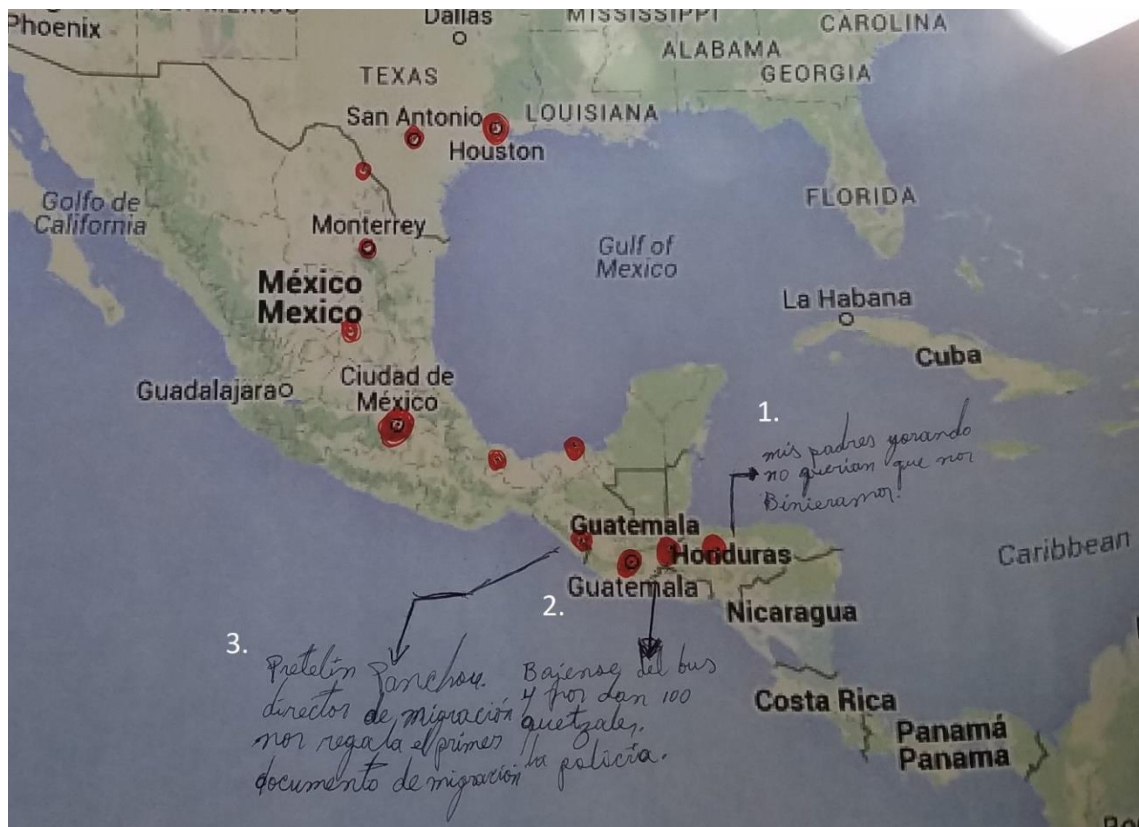
Una cosa similar sucede con las patrullas: excluyendo la condición médica, las sirenas de las patrullas connotan persecución, sea de uno mismo o de alguien más, al tiempo que simbolizan violencia inminente o recientemente acontecida, es decir, las patrullas acuden a un lugar porque “algo” está pasando o acaba de pasar. Así, la violencia recae en la repetición y constancia de ellos en el entorno cotidiano. Estas sirenas tienen otra percepción cuando se ha abandonado el país. Don Jacobo, por

ejemplo, señala que los sonidos de las patrullas los tenía muy presentes porque “si me miran me llevan”, es decir, esta sonoridad está asociada con el temor de ser descubierto; así, la interpretación de algunos sonidos responde al espacio donde se escucha. Esto está atravesado a su vez por la situación migratoria y la clandestinidad propia de los viajantes.

Los sonidos del paso por Centroamérica: las extorsiones policiacas

La mayoría de los autores de mapas y de los entrevistados en lo particular realizaron el traslado desde Honduras a Guatemala “de un solo” en autobús. Hay un servicio ofrecido por la empresa Congolón que traslada a los pasajeros de capital a capital, es decir, desde Tegucigalpa hasta La Antigua por 760 lempiras, aproximadamente 650 pesos mexicanos. Según los testimonios se puede acceder con cierta facilidad a un autobús que te lleve a la capital de Honduras en el caso de encontrarse en otros departamentos más alejados.

La experiencia relatada de los migrantes en este punto fue unánime y corresponde a la corrupción de los retenes: “recuerdo los sonidos de los retenes que siempre querían dinero para la soda”, “me robaron el dinero los retenes de la policía”, “bájense del bus y nos dan 100 quetzales, nos dijo la policía”. Entre otras cosas, podemos interpretar que están expuestos al robo desde Centroamérica, además de que esta acción al parecer está normalizada y, a diferencia de lo que sucede en México, los retenes no prestan mucha atención a la regularización de quiénes transitan por su país. Es interesante notar que, a pesar de que las prácticas corruptas que se dan en los retenes son un evento experiencial, que además de otras sensaciones incluye sonidos, los migrantes asocian directamente aquella experiencia con la voz de sus interlocutores, incluso, los migrantes han transferido el significado total de la experiencia a lo sonoro: “los sonidos de los retenes”. Pienso entonces en otra versión de la escucha de desciframiento propuesta por Schaeffer (1988, p. 71) ahora dirigida hacia el reconocimiento del abuso y de la vulnerabilidad de los propios migrantes antes el asalto constante por parte de las autoridades policiales con las que se encuentran en Centroamérica, principalmente en Guatemala.



Mapa 2. El mapa del tránsito de la familia Cabrera. (1. “Mis padres cuando no querían que nos viniéramos”. 2. “Bájense del bus y nos dan 100 quetzales”, la policía”. 3. “Pretelín Poncho, director de migración nos regaló el primer documento de migración”).

En resumen, la escucha de origen es ambivalente. Por un lado, está relacionada con la habitualidad, el reconocimiento sonoro para asumir situaciones cotidianas, además de la música y la sonoridad de los principales vínculos familiares que habrán de acompañar a los migrantes durante su viaje. Por otro lado, está aquella escucha asociada a la alerta continúa de un entorno militarizado.

En consideración de lo anterior, las formas de escucha del origen no pueden interpretarse en exclusiva como naturales o habituales (Pelinski 2007, Schaeffer 1988, p. 73), sino que en esta percepción cotidiana están ya introducidos elementos como la alarma y el temor en el entorno. Podemos pensar entonces que los valores sociales del Estado Hondureño construyen una escucha cultural alerta, es decir, una percepción auditiva cuya habitualidad radica en un desciframiento continuo de índices sonoros que advierten peligro y que, por tanto, de alguna forma se transforma en una especializada (Schaeffer 1988, p. 71) funcional para ese contexto militarizado.

En el siguiente capítulo exploraré otras posibilidades de esta percepción de abuso y escucha, además de profundizar sobre el perfil de aquellos que han decidido tomar el camino del noreste mexicano, así como sobre las vicisitudes que se han vuelto características de esta zona, reconocida por investigadores (Ruiz 2003, López 2013), periodistas y por los propios migrantes como de “riesgo”.

CAPÍTULO II. CRUZAR MÉXICO Y SUS FRONTERAS

Ante el muro imperturbable, nuestro paso. Ante su peso, nuestra artimaña. El muro, apuntalado por la mano yerma de quien ha construido tras de él sus dominios. El muro encaramado sobre el cuerpo y contra el aliento. Abrimos a quien camina para poner junto a su cuerpo, nuestro cuerpo. El muro no puede detener el hálito ni, en él, un sonido que viaja y dice: aquí la vida.

Pasos de frontera (1), Cristina Burneo Salazar

El propósito de este capítulo es contextualizar la migración actual en México, particularmente de aquella que realizan hombres adultos centroamericanos, en especial hondureños que han recorrido el trayecto de la ruta noreste mexicana para llegar a Estados Unidos sin importar su situación migratoria, aunque se trata en su mayoría de personas sin documentos, quienes, además, han andado el camino solos o apenas acompañados.

A través de dos viñetas etnográficas respondo a estas preguntas: quién transita, por dónde y en qué transporte para mostrar la relación de estas variables con las distintas experiencias de percepción aural y sus consecuentes afectividades relatadas por sus protagonistas. El segundo punto que este capítulo explora corresponde a los términos *migración de riesgo* y *tránsito*, haciendo algunas precisiones sobre este último, entendiéndolo desde una complejidad que va más allá del mero movimiento corporal encaminado hacia el Norte.

Como señalé en la introducción, comprendo el tránsito a partir de dos dimensiones generales, a saber, la movilidad y las pausas, sean breves durante el trayecto o más extensas, ya sea en los albergues o en las casas de otros migrantes que les brindan apoyo. Lo anterior es determinante para comprender que la escucha migrante durante la movilidad está en su mayoría bajo tensión, misma que condiciona la percepción de los estímulos sonoros; esto puede suceder incluso en los pequeños recesos del viaje en donde se saben de antemano vulnerables y reconocibles.

La historia de Don Jacobo y Rigo, relatadas a continuación, se enunciaron desde la Casa del Migrante de Saltillo y a partir de ellas explicaré las posibilidades migratorias y sus riesgos, que analizaré en el curso de las páginas subsiguientes.

Los que viajan. Razones y situaciones migratorias

Don Jacobo, la furtiva búsqueda de paz

Don Jacobo era una de las personas más queridas y respetadas en la Casa del Migrante de Saltillo: los niños, los muchachos y los encargados del albergue coinciden en que durante los seis meses que permaneció en las instalaciones en espera de respuesta a su petición de refugio, demostró ser un “migrante ejemplar”. Solía pasar las tardes con otros compañeros ensayando con una guitarra prestada, otras, se sentaban a escuchar las campanas de la catedral de la ciudad. Estudió hasta la primaria no porque no fuera bueno para los estudios, sino porque le gustaron más los oficios. Una vez que supo cómo confeccionar trajes, se encantó por la mecánica y aprendió a manejar vehículos de carga. Su vida ha sido trabajar en Honduras, sin embargo, “no sabe qué le pasa en la vida”, pues, cada vez que está “llegando a la cima de la montaña para alcanzar el sol”, a punto de lo que consideraría el éxito, desiste.

Cuando salió de su país le pidió a Dios que le permitiera a él, a su hermano, y a todos los que viajaran con ellos llegar con bien a su destino: Estados Unidos. No es la primera vez que Don Jacobo está en territorio mexicano. Por el ‘97, cuando aún no existía la Casa del Migrante de Saltillo, llegó a Nuevo Laredo y consiguió un trabajo temporal hasta que pudo cruzar la frontera. Llegó a Houston, de donde aún recuerda el ruido de los *freeways*, pero, apenas entrando, un operativo de migración detuvo el automóvil donde iban él y otras siete personas. Después de veintidós días regresó a su tierra.

Aunque con un sentimiento de derrota en la vida, consiguió empleo en una empresa hondureña, mismo que le permitió satisfacer las necesidades de su hogar y un buen nivel de vida para sus once hijos, a quienes dio una carrera universitaria, hecho que al recordarlo lo llena de orgullo. Cuando ese trabajo terminó, metió sus papeles para trabajar como maquinista levantando tarimas; duró ahí dieciséis años. Gracias a

sus competencias le ofrecieron subir de puesto: la oportunidad al éxito. Una vez más, desistió. Esta vez lo acompañaba la frustración de trabajar una semana durante el día y otra semana durante la noche.

Este malestar laboral, aunado a una fuerte pelea con su esposa, quien finalmente decidió irse de la casa rumbo a España, provocó en Don Jacobo una profunda decepción de la vida, pues se oponía a esta ruptura. Apenado por que sus hijos vieran el “fracaso familiar”, intentó “subir” —como se le dice en su tierra al desplazamiento hacia Norteamérica—, de nueva cuenta en 2016. Durante su camino, en Apizaco, Tlaxcala, tuvo un encuentro con unos agentes de migración durante el cual fue golpeado fuertemente: “casi queda ahí”. Recuerda que la agresión fue tan fuerte que un moretón en el pie le duró hasta que llegó a la Casa del Migrante de Saltillo, donde el padre Pedro Pantoja lo envió a la enfermería para que le hicieran curaciones. Asumiendo que en esas condiciones sería todavía más difícil viajar hacia el norte y con ayuda del padre Pedro, pidió regresar a Honduras.

Después trabajó en un taxi, pero no le gustó porque, debido a la situación económica de su país, a veces no sacaba ni para la gasolina. Más tarde entró a trabajar nuevamente de maquinista, sin embargo, las condiciones de premura para que hiciera más rápido su trabajo, incluso cuando éste dependía del ritmo de la máquina, aunada a los horarios nocturnos, que a su edad ya no le convencían, lo incitaron a renunciar casi de inmediato. El medio millón de lempiras que le dieron de finiquito en su trabajo se lo bebió sumergido en la desesperanza que vivía en su casa ahora sola. Esta situación lo hizo sentirse avergonzado y fue el motivo de este tercer intento para llegar a Estados Unidos. Ante la pregunta de por qué decidió intentarlo de nuevo su respuesta es contundente: “por lo que le pasó a mi familia. Yo venía todavía decepcionado de la vida”.

La decepción se ha desvanecido poco a poco durante su estancia en la casa, sitio al que extiende su agradecimiento no sólo por albergarlo, sino porque ha sido un lugar desde donde ha podido perdonar lo sucedido con su esposa y liberarse: “la batalla terminó en mí, pero otra batalla sigue, ¿cuál? Mi meta es poder llegar a Estados Unidos a trabajar.”

(Don Jacobo, migrante hondureño, comunicación personal, 24 de octubre, 2019)

Rigo: “Yo puedo viajar a todo México”

Sucedió un sábado 11 de septiembre de 2015. Rigo fue a casa de su hermano para ayudarlo a hacer quehaceres mecánicos, entró por unos electrodos y desde ahí fue testigo del brutal asesinato: “[...] a mí hermano no le pegaron un tiro, sino que con un machete le cortaron la cabeza y le cortaron todo este lado del labio derecho, se le miraban los dientes”. Su hermano formaba parte de las Fuerzas Especiales de la policía en Honduras. Tenía armas en su casa para defenderse, y de hecho lo hizo cuando uno de sus conocidos llegó a su casa para extorsionarlo, pero él se negó y le tiró un balazo en el pie pensando que eso sería suficiente para ahuyentarlo, no contaba con que venía acompañado y que sus compañeros llevaban un machete dispuesto para ser usado. La detonación del arma y el sonido del machete son el último recuerdo sonoro de Honduras de Rigo.

Presenciar esta escena provocó en Rigo una fuerte crisis de ansiedad, con temblores constantes en las manos, atendida finalmente con tratamiento psiquiátrico. La calma comenzaba a hacer su aparición hasta que le llegó una nota amenazándolo: lo que no había querido pagar su hermano, tendría que pagarlo él. Apenas pudo, salió de su país dejando a sus hijas con sus suegros y, con ayuda de su mamá radicada en España, obtuvo los medios para pagar a un coyote y evitar pasar malos ratos durante el camino de salida hasta llegar a Chiapas, donde se hospedó en un hotel.

Rigo conoce bien México, a causa del brutal episodio atestiguado, su situación migratoria es regular y tiene una credencial que le permite viajar e, incluso, laborar en territorio mexicano. Es verdad que salió de Honduras acompañado de un coyote, pero también que lo hizo con pasaporte en mano. Su viaje comenzó en el automóvil facilitado por su *caminador*⁹, hasta Chiapas, donde pudo presentar su caso en la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR), obtener su visa permanente y con ella trasladarse cómodamente y más o menos confiado en un autobús hasta Monterrey y de ahí a Saltillo, donde vive uno de sus primos: “Ahora, algo que sí me dio paz, mucha paz, fue cuando me monté en un bus y me senté cómodo por primera vez en México, ya fue en Salto de Agua y dije: aire acondicionado, películas, ya me sentía feliz. Eso me marcó mucho, porque ya me sentía en paz, cómodo, ya normal”.

⁹ Término émic con el que Rigo nombra al contrabandista de personas que le ofreció sus servicios.

Para lograr la sensación de comodidad y tranquilidad durante su camino fueron necesarios una visa y un autobús de lujo.

Durante su estancia en México no siempre ha permanecido en Saltillo, por ocho meses fue hacia la Ciudad de México con su tío, con el que curiosamente sólo había entablado una relación telefónica. Aunque sin conocerlo en persona, su familia le ofreció casa y así comenzó a trabajar como chofer de Uber y Cabify hasta que, aturdido por el ruido de la ciudad, regresó a la capital coahuilense en donde encontró empleo en la empresa Ace Frama la cual, afirma, es famosa “por ayudar a los *catrachos*¹⁰”. Transcurridos los meses y aunque en realidad el sueño americano no estuvo nunca dentro de sus planes, “le vendieron la idea” y renunció a su trabajo para encaminarse hacia Nuevo Laredo, confiado en que no correría peligro gracias a su regularización.

La confianza que sentía le permitió dormirse a pierna suelta en el camino, por eso no recuerda el punto exacto ni la hora en la que el camión se detuvo en un retén donde bajaron a todos; una vez abajo, preguntaron quiénes eran mexicanos y los apartaron del resto. Inocentemente, Rigo les mostró su residencia: “como son policías, digo yo, deben de saber y les digo que pues yo puedo viajar a todo México”. Con un “que te calles, pinche güey” como respuesta, le dieron un par de golpes en la cara. Comenzó a sospechar que no se trataba de auténticos policías, lo confirmó con el grito de “¡Somos Zetas, perros!”. Lo inspeccionaron y le quitaron su pasaporte y la credencial que acreditaba su residencia. Los asaltantes preguntaban a cada pasajero para dónde iba; si la respuesta era “para el otro lado”, los obligaban a darles un número de teléfono de quiénes los recibirían. Ensangrentado del rostro, al ver que uno de los entrevistados corrió, Rigo lo siguió y echo a andar hacia un matorral. Escuchó los disparos tras de él. Por fortuna, no vieron hacia dónde se dirigían, lo que le dio tiempo para treparse a un árbol en el que estuvo hasta que amaneció. Con el sol como aliado y desistiendo de la idea de seguir el camino hacia el norte, se trasladó “de aventón” en un camión de papayas hasta Monterrey. Mientras tanto, los episodios de ansiedad habían regresado.

Una vez en esta ciudad, se refugió en Casa Forastero de Santa Martha, donde por cuatro meses fungió como encargado; sin embargo, la angustia se hacía mayor y la

¹⁰ *Catrachos* es el gentilicio coloquial entre centroamericanos para referirse a los hondureños, quienes también se autoidentifican con el término.

ayuda ofrecida en ese espacio era casi nula: acaso algunas citas a clínicas donde faltaba el medicamento controlado que le hacía falta. Fue entonces que decidió regresar a Saltillo e internarse en la Casa del Migrante, sitio en el que se resguardó por casi cuatro meses bajo tratamiento médico y en el que, a pesar de no poder salir salvo contadas excepciones, se siente libre: “Desde entonces soy libre, me siento feliz”.

(Rigo, migrante hondureño, comunicación personal, 12 de octubre, 2019)

La relación entre transporte, situación migratoria y percepciones de riesgo

Tanto Don Jacobo como Rigo son hondureños y, si bien es cierto que las causas de salida de su país son muy distintas, representan a muchos que como ellos han dejado el mundo conocido para comenzar a viajar hacia el Norte. Como he dicho, el propósito de esta investigación se ha focalizado en la experiencia de tránsito, pero no todos los hondureños viajan bajo las mismas condiciones, esta variabilidad depende en gran medida de su situación migratoria. Don Jacobo, por ejemplo, a pesar de que ha estado en el país en tres ocasiones, nunca ha solicitado ninguna regularización o refugio al gobierno mexicano. Ha viajado rayando en los límites de lo furtivo, al igual que miles de sus paisanos, quienes han elegido subirse a los trenes cargueros que conforman el sistema ferroviario mexicano a pesar de potencializar su vulnerabilidad; no es casualidad que en el imaginario colectivo el transporte migrante centroamericano por antonomasia sea La Bestia:

Una vez que localizan las vías férreas, tratan de asegurarse que estén libres de policías y agentes de migración, y esperan escondidos entre la maleza el paso de la máquina. Luego salen al paso y corren a la par de los vagones en movimiento para colgarse de las escalerillas del ferrocarril; muchos lo logran, otros se tropiezan y caen, pero se levantan y lo intentan de nuevo. Algunos son succionados por el aire que generan las ruedas de hierro al girar a toda velocidad. Así es como pierden un brazo, las piernas o la vida. (López 2013, p. 92)

Aunque no todos utilizan el tren, algunos, los menos, tienen la posibilidad de contratar servicios particulares de movilidad para contrarrestar los maltratos que se han vuelto característicos del tránsito por México. Los resultados de una encuesta realizada por López en 2007 (López 2013, p. 92), arrojaron que del 100% del tránsito irregular registrado por el país, 59.7% utilizó el tren, 36.8% caminó, anduvo en camión y en tren y sólo el 3.5% recorrió el camino en autobús. Aunque para utilizar este último transporte son otras las condiciones: tener una credencial que pruebe tu estancia regular en el país, inventarte un nombre “mexicano” y convencer al vendedor de que eres

compatriota, subírte y tener suerte para evitar retenes o contratar a un coyote, o bien, conseguir papeles falsos.

Hay que decir, sin embargo, que no pocos de los servicios contratados distan mucho de lo prometido, como en el caso de Galindo, a quien le dijeron que una vez pagado el traslado éste sería en un carro privado. Galindo trabajó durante seis meses en Guatemala para poder pagarlo desde San Cristóbal, en Chiapas: las doce horas propuestas en una cómoda y cerrada camioneta tipo van fueron en realidad treinta, a bordo de una camioneta pick up, tipo Lobo, abierta de la caja de atrás, con veintitrés personas más, incluyendo niños, todos “con el cuerpo totalmente dormido” (Galindo, migrante hondureño, comunicación personal en Grupo Focal, noviembre, 2019).

Podríamos terminar este apartado con un tercer tipo de sujetos en tránsito por el país, en el cual los migrantes solicitan ayuda al gobierno mexicano durante su estancia por razones humanitarias. Ésta puede ser de dos tipos: visa permanente o “solicitud de asilo”, como también se le conoce y, la otra, de visitante, es decir, temporal. Para obtener la primera tiene que argumentarse que el desplazamiento ha sido forzado principalmente por causas de violencia, mismas que impedirían al peticionario regresar a su país por miedo (INM 2020). En este caso, la imposibilidad de retorno es constante y debe ser congruente, así que, una vez obtenida, no se puede regresar jamás so pena de perderla, ya que hacerlo implicaría que las razones de la petición no eran auténticas. Para la segunda, la visa de visitante, las razones son similares: violencia, como robo, asaltos, maltratos, pero dentro del territorio mexicano y, como se intuye desde su nombre, expira cada año; aunque puede renovarse un mes antes de la fecha de su vencimiento. En teoría, ambas acreditarían a los hondureños para transitar por México sin mayor problema, ya sea para siempre o por el periodo de vigencia. Durante el trámite de las dos, no se puede salir de la entidad en la que ha sido solicitada.

Es en este amplio panorama donde se ubica esta investigación. De esta suerte, es prudente encontrar un denominador común a todas estas posibilidades: lo que comparten Don Jacobo, Rigo, Galindo y otros *catrachos* es que recientemente viajaron por la ruta noreste mexicana, ahora uno de los caminos más frecuentados. Esto no siempre fue así. Hasta el 2000 la ruta preferida para llegar a los Estados era por Tijuana y otras ciudades alrededor, como Mexicali y Tecate, principalmente porque el paso por el desierto de Sonora había ganado reconocimiento como uno de los más peligrosos;

esto provocó una “recomposición en la cartografía migratoria” (López 2013, p. 66). La ruta noreste abarca cerca de tres mil kilómetros desde Honduras hasta la frontera mexicana con los Estados, en comparación con los casi cinco mil que tendrían que transitar si intentaran acercarse a la frontera por el noroeste, de manera que es más directa, y aunque entre las voces populares se sabe que ahora los peligros son mayores, muchos centroamericanos han decidido correr el riesgo y acortar la distancia y los costos al hacerlo por esta ruta.

Momentos de la transitoriedad

En los últimos años, el tránsito ha dejado de ser únicamente un desplazamiento relativamente constante de camino hacia los Estados; ahora la temporalidad de las estancias se ha extendido. Algunos migrantes deciden quedarse durante meses en México para conseguir dinero suficiente, ya sea para pagar servicios particulares de movilidad o para no moverse con las manos vacías. Tampoco es infrecuente que muchos de ellos estén en una especie de pausa, a la espera de que sus familiares les faciliten el viaje, con un coyote “conocido”, o bien, que les envíen dinero para que puedan viajar. También es muy común que algunos migrantes adopten destinos no planeados donde finalmente se establecen o viceversa, es decir, lugares pensados como destino se transforman en temporales, como sostiene María Teresa Rodríguez (2018, p. 134):

Aunque al entrar en territorio mexicano la mayoría de los migrantes hondureños tienen como meta alcanzar los pasos fronterizos del norte, las prácticas de control migratorio por parte de Estados Unidos han dado lugar al “estancamiento” de muchos de ellos en su paso por México, convirtiéndose este país —de manera no planeada— en lugar de destino. Este proceso tiene como resultado el aumento de la población hondureña en el país. (Rodríguez 2018, p. 137)

Con base en su trabajo etnográfico con migrantes en Xalapa, esta autora hace una clasificación en la que resaltan los que ha llamado “atrapados en la movilidad”, es decir, aquellos que se han establecido en la ciudad sin contar con residencia fija y con algunas redes de apoyo. La característica particular de ellos es que están “mentalizados en la transitoriedad” (Arriola citado en Rodríguez 2018, p. 139), entendida como la abierta posibilidad de seguir hacia el destino o regresar al país de origen, recurriendo a estrategias que les permiten sobrellevar las impredecibles circunstancias, aunque “estancados” en un lugar del trayecto. En este sentido, en la presente investigación

entendemos el tránsito bajo el criterio de la intención de llegar a los Estados. La diferencia entre el trabajo de Rodríguez y el mío recae en que a pesar de que algunos de los colaboradores de mi tesis llevaban meses dentro de los albergues (esto es, una residencia fija, en contraste con los migrantes de Xalapa), como Don Jacobo, con seis meses, y Rigo con cuatro, ellos tenían claro que eventualmente tendrían que salir y esa salida sería para seguir al Norte.

Es común que durante su camino hasta el Norte los migrantes hayan experimentado algún o algunos tipos de violencia, lo que les ha restado fuerzas o los ha desmotivado para continuar de inmediato. Algunos de ellos, sobre todo los que han iniciado un proceso de regularización migratoria, incluso han cambiado de opinión y han encontrado en Monterrey, Saltillo y Guadalajara, (ciudades ofertadas por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, ACNUR, por sus siglas en inglés) sitios atractivos para su inserción laboral y social.

Cuando las personas que vienen del sur emprenden su viaje tienen que recorrer amplios territorios. Ante este panorama es imposible que todo el trayecto esté constituido por el movimiento, es decir, las pausas son humanamente necesarias para continuar, ya porque las dolencias corporales propias del viaje hacen obligatorio el descanso, por breve que sea; ya porque los planes de viaje se modificaron y hay que esperar para saber cuál será el siguiente paso; porque algún familiar o conocido viene a nuestro encuentro, o bien, que esperemos para saber su paradero. En resumen, la conversión de la migración a Estados Unidos en una migración de riesgo está relacionada con el aumento de las pausas y la ralentización de la movilidad. Si bien es cierto que después de días de caminar incesantemente el cuerpo exige una tregua, los migrantes saben que dársela cerca del camino los volvería presa fácil del acoso de autoridades y del crimen organizado, situación en la cual su plan de migrar, su integridad física o ambas correrían peligro. Tal como le ocurrió a Don Jacobo en Tlaxcala con los agentes de migración o a Rigo, quien además de golpes fue privado de sus documentos de identidad.

Los peligros de la industria migratoria en la “era del terror”

En cualquier especificidad histórica, como en sus implicaciones en tanto percepción, para que un riesgo exista necesita ser identificado, reconocido y validado como tal por un filtro social y cultural que dependerá de los intereses que en el evento confluyan. (Ruiz 2003, p. 339). Dentro de este marco, para Ruiz, la migración de riesgo:

[...] consiste en estar expuesto a una cosa o persona que es potencialmente una amenaza o peligro, a tal grado que pueda perjudicar, a veces irreparablemente, el proceso de migrar o la integridad física del migrante. En esta propuesta, el riesgo es un proceso que entretiene a los migrantes con personas y cosas (peligros). Implícitamente, el eje de su definición reside en la posibilidad de sufrir algún daño o una pérdida; sin ese potencial no existe el riesgo. (Ruiz 2003, p. 339).

Como he mencionado, lo que me interesa explorar en el marco de esta tesis son las múltiples maneras en las que estas amenazas han sido subjetivadas colectivamente y, por tanto, reconocibles a través de los sonidos. Para lograrlo, la segmentación del riesgo que hacen Ruiz (2003) y López (2013) son útiles y descriptivos, por eso, las presento a continuación:

- 1) **Detenciones-expulsiones:** es el evento más frecuente y cuando sucede, anula el proyecto de movilidad; además de que potencializa los otros tres. Para 2003, los migrantes podrían ser detenidos por siete entidades municipales, estatales y federales: policía municipal, Seguridad Pública del Estado, Seguridad Judicial del Estado, Policía Federal Judicial, Instituto Nacional de Migración, el Ejército y la Marina (Ruiz 2003, p. 346).
- 2) **Muertes y lesiones** (riesgos a la salud): se refiere sobre todo a los daños corporales que pueden aquejar a los viajeros y que afectan directamente su integridad física, entre los registrados entonces se encuentran: las caídas de los trenes o automóviles (de servicios particulares) y las mordidas de víboras. En este sentido se dibuja una distinción de causas naturales propias de la región, además de la fauna, aspectos geográficos, como cuerpos de agua en los que muchos, durante alguna pausa en su trayecto, mueren ahogados; asimismo, se mencionan los cambios de clima y temperatura desconocidos por ellos y los cuales tienen que ser superados sin ropa adecuada (Ruiz 2003, p. 347).

En continuidad a estos datos, en 2007 López obtuvo que los accidentes más frecuentes entre los migrantes hondureños eran caídas del tren con un 48%, seguido de un 35% correspondiente a lesiones de extremidades, en último lugar enumera arrastres del tren con un 17%. Este autor considera también como riesgos a la salud las enfermedades que sorprenden a los hondureños en el camino: del 60% que enfermó, 42.36% fue a causa de dolencias respiratorias, 6% de dolores musculares, 4.1% por quemaduras en la piel por la exposición a temperaturas extremas, 3.47% de fiebre y enfermedades digestivas. Sólo un 0.69% dijo haber enfermado de depresión. (López 2013, p. 93-94).

- 3) **Violaciones a los derechos humanos:** su aparición afecta tanto el plan de migrar como la integridad del migrante. Ruiz da cuenta de dos actores que llevan a cabo estas agresiones: por un lado, las autoridades y, por otro, los que llama “involucrados particulares” (p. 347). Según su estudio, hace dieciséis años “tendía a ser mayor el número de violaciones por particulares”, con un 66% de participaciones frente a un 34% por parte de actores institucionales. Los tipos de abuso de estos últimos se relacionaban con robo, cohecho, maltrato físico y verbal, así como detenciones irregulares en condiciones deplorables e insalubres. Respecto a los particulares también hay una distinción: se encuentran los enfilados en pandillas, como los mareros y aquellos delincuentes circunstanciales. En estos casos el agravio solía ser mayor, pues usualmente actuaban con armas (de fuego o blancas), además de incluir entre sus prácticas violaciones sexuales, secuestro y asesinatos.

Para 2006, la percepción se invirtió: el 72.9% de hondureños aseguraron que fueron objetos de golpes, robos y amenazas, de las cuales 45.71% estuvieron a cargo de autoridades (75.01% policías municipales, estatales y federales, 12.50% agentes de migración, 2.78% ejército mexicano) y el 33.23% por civiles. La identificación de los agresores civiles pertenecía, casi la mitad, a ciudadanos (43.8%), seguido de los garroteros (35.8%), 13.44% a pandillas, 4.62% a ladrones y apenas un 1.52% para los polleros. (López 2013, p. 97).

- 4) **Desapariciones:** Es el peligro que más dificultad tiene para su registro. Se sabe de las personas que han desaparecido en el camino gracias a que familiares y amigos del lugar de origen los reportan una vez que ha cesado la comunicación, o bien, por parte de compañeros de viaje que reportan el suceso. Hay algo interesante: las personas cuyo paradero no se ha sabido más, resuenan en la memoria colectiva de sus pueblos como una advertencia de esta amenaza latente, incorporándose así a la tradición oral de la migración.

Ruiz también reconoce que esta vulnerabilidad se acentúa cuando se trata de migrantes indocumentados y que, sin embargo, precede a su migración pues se trata en realidad de una acumulación de marginalidades desde el país expulsor y discriminaciones sistémicas, considera además como un evento de riesgo: “una manifestación o expresión extrema de su vulnerabilidad y falta de poder, del hecho de vivir cotidianamente en riesgo. En las historias de migrantes, como personas y grupos, se perfila una acumulación de vulnerabilidades y ausencias de poder.” (Ruiz 2003, p. 21).

La noción anterior enfatiza los daños “externos”, que de “tan frecuentes pueden ser predecibles para una población” (Ruiz 2003, p. 339). Aunque es innegable que los daños al migrante ocurren, desafortunadamente con mayor frecuencia, el entendimiento del concepto de *riesgo* de Ruiz y López supone una diferencia con mi trabajo, pues en la sensorialidad de la migración la dicotomía externo-interno no es suficiente para explicar el proceso de subjetivación del riesgo a partir de estímulos sonoros. Una segunda diferencia con estos autores es que no consideran la discriminación y la xenofobia como riesgo. Por mi parte, y en concordancia con los datos recopilados sobre la percepción de amenazas en el tránsito, me identifico más con la noción de Aldo Damián Ríos quien propone:

la idea de que la ruta del tren, concebida como un espacio de tránsito revestido por fenómenos como el secuestro, el robo, las agresiones, la xenofobia o el homicidio, entre otros, construyen en el imaginario el migrante como de la sociedad general “escenarios de terror”. Estos imaginarios se desdoblán en espacios y expresiones inherentes, de una violencia estructural propia del choque entre las fuerzas del Estado mexicano, la sociedad civil, el crimen organizado y las organizaciones cívico-religiosas que coadyuvan a moldear las trayectorias de los migrantes. (Ríos 2014, p. 62).

La subjetivación de la discriminación se revisará con profundidad más adelante. Baste reconocerla ahora como parte de los aspectos a los que los viajeros temen o consideran

como un peligro para ellos o para su objetivo. En este orden de ideas, es fácil reconocer hoy en día una extensión espacial de las amenazas potenciales, pues los peligros se han vuelto más frecuentes durante el tránsito, intensificando la probabilidad de que un evento de esta naturaleza suceda según se esté más o menos cerca de la línea fronteriza norteña (Ruiz 2003, p. 340). Un aspecto que hay que recalcar es que desde 2003, año de la publicación del artículo de Ruiz, se mantienen los mismos actores que suelen agredir a los migrantes, o que al menos representan una posibilidad de daño para ellos, con la importante adición de uno más: el crimen organizado, ahora acentuando el papel de los carteles de droga, como los Zetas, coludidos con los de trata de personas y reclutamiento para fines ilegales como el sicariato, y responsables, entre otras cosas, de secuestros, extorsiones, homicidios agravados y desapariciones.

[...] más de la mitad (57,3 %) de las personas entrevistadas estuvieron expuestas a algún tipo de violencia a lo largo de la ruta migratoria. Durante su paso por México, el 39,2 % sufrieron un incidente de asalto con violencia y el 27,3 % amenaza o extorsión. [...] En el norte del país, son frecuentes los episodios perpetrados por elementos del crimen organizado contra la población migrante y refugiada, generalmente acompañados de violencia física y sexual. La modalidad de “secuestro exprés” es utilizada contra aquellos que viajan con dinero en efectivo o tienen contactos en Estados Unidos. Las víctimas se ven forzadas a entregar lo que llevan encima o transferir sumas de a veces unos 2,000 o 3,000 dólares estadounidenses en un corto periodo de tiempo. En la ciudad fronteriza de Nuevo Laredo apenas se puede salir de los albergues porque los “halcones” vigilan las entradas. A pesar de la presencia de la Policía, los equipos de MSF han presenciado secuestros en la misma puerta del albergue y en las estaciones de autobús. (Médicos Sin Fronteras 2020, p. 17)

Ya para 2013 hay un reconocimiento del auge de las redes clandestinas instaladas en la zona noreste a las que los viajeros tienen que recurrir, pues migrar de manera autónoma y legal sería casi imposible. Estas redes clandestinas obtuvieron en aquel año ganancias arriba de 32 mil millones de dólares por año, según López (2013, p. 88). Sólo para tener una idea, esta cantidad es equivalente al total de la inversión extranjera a nuestro país durante 2019. (*Regeneración*, 18 de febrero de 2020).

Se habla entonces de una reconfiguración en los tránsitos hacia lo irregular donde los centroamericanos intentan encontrar nuevas rutas donde no sean perseguidos, incluso si los riesgos se incrementan (Durand, 16 de febrero de 2020):

De ahí que los migrantes optaran por viajar en grupo para apoyarse y defenderse; fue la época de *La Bestia*, en la que miles de migrantes viajaban en el lomo de trenes de carga. Luego vendrían las caravanas de migrantes, primero las de Semana Santa y luego los grandes éxodos hondureños de octubre de 2018 y los primeros meses de 2019, todos tolerados, de una u otra forma (Durand, 16 de febrero de 2020).

Ante este escenario, se sugiere que la bandera política que de alguna manera protegió a los caravaneros se anula cuando el viaje se experimenta sin esa colectividad, como es el caso de todos los centroamericanos que colaboraron en esta investigación y cuyos motivos de salida responden a condiciones muy específicas.

Si consideramos la actitud de las autoridades, la situación no parece mejorar: además del acoso legitimado por la Guardia Nacional desde la frontera sur, y de los agentes de INM. Estos, con un discurso de “rescate” *aseguran* a aquellos que viajan sin documentos para hacinarlos en los centros de detención, en los que los migrantes sufren una capa más de violencia sistémica: condiciones antihigiénicas, falta de agua, alimentos, servicios sanitarios y médicos. Algunas notas periodísticas denuncian incluso agresiones físicas con toques eléctricos (*La Jornada*, 12 de febrero de 2020). En una nota a pie de *Sin salida. La crisis humanitaria de la población migrante y solicitante de asilo atrapada entre Estados Unidos, México y el Triángulo Norte de Centroamérica* de Médicos Sin Fronteras se advierte que en un informe interno de la asociación se señaló lo siguiente:

Los migrantes fueron obligados a bajar del tren a pedradas y fueron perseguidos después por agentes de Inmigración. Algunos fueron disuadidos de escaparse con descargas eléctricas. Más de 200 personas ingresaron en la estación migratoria de Acayucan [Veracruz] sin recibir atención médica y fueron rápidamente deportadas (Médicos Sin Frontera 2020, p. 31).

Este ambiente de rechazo y discriminación representado por actores institucionales puede leerse como una medida de presión para obligarlos a firmar la deportación voluntaria. La intensificación de la persecución e intolerancia y de los preocupantes métodos de detención se agrega al paradigma de los riesgos, acorralando a los migrantes centroamericanos en un limbo de violencia.

Al respecto, Castro ha propuesto cinco tesis sobre la relación entre política, migración y violencia. En la tercera de ellas “se confirma en los migrantes la violencia como fundamento de la ley” (2014, p. 38). Esta tesis tiene sentido si pensamos que las agresiones y violaciones a los derechos humanos en los últimos años ha aumentado en responsabilidad respecto a los agentes estatales y federales, exactamente como sucedió con Don Jacobo, Rigo y más tarde con Galindo, quienes durante su trayecto tuvieron algún encuentro desafortunado con autoridades.

A medida que los viajes, las migraciones y los flujos de personas se han tornado amplios y masivos, se han multiplicado las maneras y se han reinventado las arterias por las que transitan las violencias. A una macropolítica de las violencias en la migración se le añade la proliferación de micropolíticas de las violencias en los desplazamientos y en los lugares de llegada. (Castro 2014, p. 37)

No sólo las políticas del Estado violentan al migrante, sino que, además, facilitan los caminos para que otras violencias le acontezcan: lo vulneran. Es tradición que, para evitar enfrentarse con agentes de migración, Guardia Nacional o cualquier tipo de entidad que pueda poner en riesgo su plan de viajar, los viajeros contraten servicios de movilidad, es decir, *coyotes* o *caminadores*. En un balance económico, estos peligros han incrementado el precio por cruzar hacia Texas, estado norteamericano con el que colindan las tres entidades del noreste mexicano. La más peligrosa de ellas es Tamaulipas. En el último lustro la comunidad internacional ha identificado a este estado como el cuarto lugar más inseguro del mundo, apenas antes de Siria y Afganistán (*BBC Mundo* 2018). Acaso por esto no es barato acceder a una ruta más o menos segura a un precio que no sea una inversión:

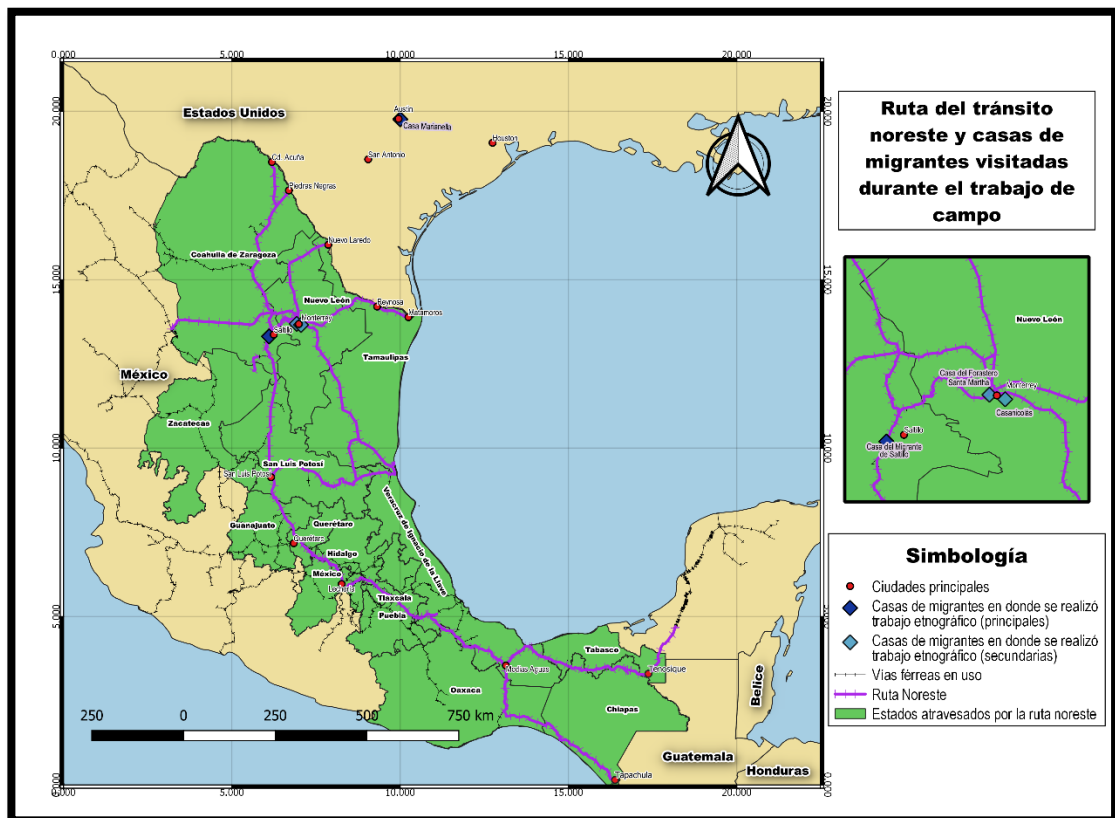
En Reynosa, migrantes centroamericanos que pagaban hace un año 3 mil o 4 mil dólares por cruzar hacia Texas ahora les cobran hasta 8 mil dólares, lo que tiene a miles varados en albergues, viviendo en calles cerca de las garitas y expuestos al crimen organizado que busca reclutarlos o secuestrarlos.” (Rodríguez, 17 de septiembre de 2019)

Al respecto, Hernández-León asegura que se trata de una “industria de la migración”, consistente en ofrecer servicios privados y pagados para la movilización humana. El autor hace una diferenciación entre los actores pertenecientes a la industria lucrativa (coyotaje, reclutamiento de mano de obra, préstamos para financiar el viaje, transportación y envío de remesas, sean éstas en efectivo o en especie, la elaboración de documentos falsificados, además de asesoramiento legal, así como los prestadores de servicios de telecomunicaciones) y otros actores involucrados en la migración, aunque sin fines lucrativos, como gobiernos, ONG’S, los migrantes y sus redes (Hernández León 2012, p. 45). No obstante, el autor resalta que existe sin duda una relación entre unos y otros, en tanto que las políticas gubernamentales promueven la perspectiva de los migrantes como negocio.

Con este escenario de fondo, al que Castro ha llamado “la era del terror”, en la que “cuantas más violencias viven los migrantes menos las vemos” (Castro 2014 p. 38) la quinta tesis propuesta por el autor adquiere sentido: “se confirma entonces la

migración como una fórmula actualizada de administración del trabajo precario y de administración de los cuerpos migrantes” o, dicho con mayor intensidad por él mismo: “se debe hablar, en este sentido y con todas sus letras, de una verdadera economía política de administración de vidas humanas” (Castro 2014, p. 43).

En resumen, ante un panorama en el que el extranjero centroamericano tiene que reconfigurar su subjetividad desde lo anónimo, lo clandestino y expuesto a múltiples peligros, en su mayoría eventos y situaciones violentas que lo sumergen en estados de alerta, tensión y desconfianza continuas, no es difícil imaginar que estas condiciones creen las bases para una percepción particular con una sensorialidad habilitada para la sobrevivencia. A continuación, intentaré exponer las experiencias aurales de migrantes en tránsito por esta ruta, para dar cuenta de las formas en las que han subjetivado el riesgo y de los actores que asocian a él.



Mapa 3. Ruta del tránsito noreste y casas de migrantes visitadas durante el trabajo de campo. Elaboración: Román Saucedo. Fuente: INEGI.

La percepción aural de la migración de riesgo

Durante el tránsito migrante centroamericano no todos los sonidos tienen asociaciones negativas, muchos de ellos, como las voces de seres queridos y otras personas solidarias, son un motor esencial para que el viaje continúe. Sin embargo, los migrantes que participan en este trabajo coinciden en describir el tránsito mayoritariamente como un escenario terrorífico que ha generado en ellos sensaciones que comprometen su estabilidad emocional y psicológica y que les ha provocado sentimientos como miedo, incertidumbre, frustración y dolor. Pero ¿cómo es que un elemento sensorial, en este caso la sonoridad de un ambiente específico provoque reacciones tan íntimas y subjetivas como las emociones y los sentimientos? En la medida en la que reflexionemos sobre este proceso estaremos más cerca de comprender cómo es la subjetivación del riesgo durante su camino hacia el Norte en los migrantes.

Una pregunta similar se hicieron Leroux y Bardyn (1991) en el Centro de Investigaciones sobre el Espacio Sonoro y el Entorno Urbano (CRESSON), aunque con un corpus bien distinto al de este trabajo concerniente a la naturaleza cotidiana y fílmica que provocaba en las personas que recordaban haberse sentido inseguros en situaciones de la vida diaria o asistiendo películas de terror. En este sentido, no puedo dejar de pensar en Daughtry cuando apunta que es necesario y urgente no trasladar los estudios de aquellas escuchas situadas en contextos “normales”, sino generar nuevas perspectivas que consideren el contexto de la guerra, o de situaciones límites en los que el oído se convierte en un elemento crucial de supervivencia.

En el camino para generar estos nuevos conocimientos recurro sin embargo al trabajo de Leroux y Bardyn en varios aspectos. El primero de ellos es el compromiso para explicar que el puente entre un factor externo y su interpretación subjetiva son los factores sonoros, entendidos como una interacción, una resonancia acústica entre el mundo y el cuerpo que los ausculta:

Tan pronto como un sonido existe físicamente, pone en juego un medio ubicado y singularmente calificado por la morfología del espacio, por la naturaleza de los materiales, por la disposición de la vegetación, por las condiciones meteorológicas y climáticas. No es reducible a un dato exclusivamente objetivo, ni a un dato exclusivamente subjetivo; el efecto del sonido asegura un encuentro, una correspondencia, una interacción -como nos gusta- entre el paisaje sonoro “físico” “objetivo”, el paisaje sonoro de una comunidad cultural y el “paisaje sonoro interno” de cada individuo. (Leroux, 1991).

En continuidad con la cita anterior, el segundo elemento que recupero de Leroux es la identificación de los “sonidos del miedo” dentro de un escenario general calificado como inseguro por la colectividad y el individuo. Hay que reconocer entonces que, si bien el sonido no es el total responsable de la inmediatez del sentimiento de inseguridad, juega un papel importantísimo en su generación. Así, de la interacción entre el ambiente sonoro y el escucha en un contexto como el tránsito pueden surgir sentimientos como la amenaza porque rebasan los límites visuales, porque son envolventes por su intensidad o bien, porque son inesperados. Como es de suponerse, la recepción de estos estímulos no será la misma en todos los individuos, aún más, la reacción emocional tampoco será igual según las características de una u otra sonoridad. Aquí radica el último punto que retomo de *Los factores sonoros del sentimiento de inseguridad* (Leroux y Bardyn, 1991) y consiste en la gradación correspondiente entre estímulo sensorial y subjetividad emotiva, y pueden ser, según indican de menor a mayor: malestar, estrés, miedo y horror. Como intento explicar en lo que sigue de este apartado, estas posibilidades aparecen en la escucha migrante durante su trayecto, aunque descritos por los protagonistas como miedo, incertidumbre, asociada a los sonidos inesperados, frustración, equivalente al malestar y dolor, no incluida en la gradación del investigador francés, pero sin duda la prueba contundente de la correspondencia entre el “paisaje sonoro físico” y el “paisaje sonoro interno” de los migrantes.

Hasta ahora he tratado de enfatizar que la situación política, social y económica de la mayoría de los migrantes que viajan sin documentos hacia el Norte condiciona al mismo tiempo sus posibilidades de movilidad y, consecuentemente, determina su percepción. En su propuesta de *belofonía*, Daughtry sugiere un elemento coincidente con mi trabajo y es la importancia de la ubicación espacial del escucha como determinante para el impacto perceptivo de los sonidos. Es decir, los migrantes indocumentados tienen más probabilidad de viajar furtivamente en medios de transporte como la Bestia u otros servicios particulares de movilidad, en los que su cuerpo, como ente resonante, se enfrentará a nuevas emisiones sonoras que los ayudarán, o no, a lograr su objetivo.

La tabla 2 relaciona tipos de escucha, con los sonidos escuchados por los migrantes centroamericanos, en una socio-especialidad concreta de ocurrencia y de posición del cuerpo, así como con los significados y sensaciones presentes. Debe recordarse que la memoria es reproducida o reactivada en forma de narrativa en el contexto de los albergues. En un intento de distinguir la escucha de los migrantes según su situación corporal incluí un apartado que sintetiza tres formas de percepción auditiva: una escucha en movimiento no corporal, una escucha corporal y una más sin movimiento corporal, aunque debo hacer la precisión de que esta generalización no implica un sentido estático en ellos, sino que está relacionado con una gradación de la tensión ocurrida durante su escucha en momentos específicos. Por ejemplo, la percepción aural que sucede cuando los viajeros están sentados arriba del tren escuchando los insultos de los agentes de migración es distinta a aquella que ocurre cuando un asaltante grita amenazas de muerte detrás de los migrantes mientras se tiene que correr por la vida.

Tabla 2. Sonoridades, formas de escucha y emociones significativas del tránsito migrante centroamericano.

| Tipo de escucha | | Situación corporal | Sonido | Fuente productora del sonido / emisor | Lugar de la escucha | Interpretación perceptiva | |
|---------------------------|------------------------|--|---|---|---|---|--------------------------------------|
| | | | | | | Significado | Afectividades asociadas |
| En movimiento no corporal | Causal | Sentado | Motor de la lancha | La lancha que los cruza el Río Suchiate | Frontera sur Guatemala-Mx | Acercarse a lo desconocido | Miedo e incertidumbre |
| | | | Lancha rompiendo el agua | | | | |
| | Causal y Semántica | Sentados arriba del tren Colgados de éste | Voz | Autoridades INM | Arriba del tren | Amenazas, insultos, ultrajes verbales | Alerta |
| | Causal y Especializada | | Vibración del tren | El tren | Arriba del tren | Alerta continua | Tinnitus miedo peligro |
| En movimiento corporal | Causal | Caminando | Claxon de taxis | Taxis del cruce de la frontera sur | Frontera sur Guatemala-Mx | Posibilidades de transporte (con costo) | Esperanza de movilidad / frustración |
| | Causal y Semántica | Corriendo | Voz | Ladrones | La Arrocera | Muerte | Dolor y miedo |
| | Semántica | Subiendo al tren | | Migrante | Orizaba | Ánimo | Fortaleza, cariño |
| | | Arrastrado | | Policía estatal | Saltillo | Rechazo | Dolor |
| | Delirante y Semántica | Nadando | Voz | Dios | Río Bravo | Apoyo, soporte espiritual | Fortaleza, vitalidad |
| Sin movimiento corporal | Causal y Especializada | En espera, caminando | Silbato | El tren | Tenosique (Tabasco), Ciudad Hidalgo (Chiapas) | Alerta | Esperanza / miedo / frustración |
| | Semántica Acusmática | Descanso | Voz | Huésped particular | Veracruz | Advertencia de levantones | Alerta / miedo |
| | | (No sistemático, seguro) | Voz a través de tecnologías de comunicación | Familiares en espera de reencuentro | | Reclamo por cercanía | Esperanza / fortaleza |

Lo que se escucha en la frontera sur: “el tren alistando todo”

El espacio de la frontera Guatemala y México inicia desde que se cruza el Río Suchiate. Uno de los recuerdos de los migrantes asociados a esta zona es el sonido de la lancha a la que le pagan para que los cruce por el ancho cuerpo de agua. Una vez en territorio mexicano, de inmediato hay unos taxis que ofrecen su servicio: “tienen una señal” con el claxon. Ya sea que se tome o no esta oferta y en el caso de que el proyecto de viaje incluya el tren como transporte, como sucedió con la mayoría de los entrevistados, salvo contadas excepciones expuestas previamente, el siguiente índice sonoro es el tren, en especial, la campanilla que anuncia que La Bestia está “acoplado vagones, alistando todo”.

Más allá de la frontera sur: la persecución, el rechazo y la telefonía como aliado

Ecós de persecución y discriminación

Una vez “encaminados” en territorio mexicano varios escenarios son posibles. El primero de ellos corresponde a las pausas breves en el trayecto durante las que los migrantes se detienen para descansar y alistarse para continuar. En estos lapsos, por rápidos que sean, están expuestos a asaltos y vejaciones, como sucedió con Guillén en La Arrocería, conocida por ser uno de los lugares de los que pocos salen bien librados. Ubicada antes de llegar a la caseta de El Hueyate, a unos 45 kilómetros al norte de Tapachula, perteneciente al ejido de Aquiles Serdán, se llama así gracias a una antigua bodega de granos construida a la orilla de la carretera, cerca de una montaña y rodeada de vegetación. El trayecto dura aproximadamente seis kilómetros de largo (*La otra cara de Chiapas* 20 de abril de 2020). Este particular espacio geográfico se ha vuelto emblemático sobre todo a partir de la implementación del Plan Frontera Sur en 2014, a partir del cual la militarización en la zona incrementó para detener los flujos migratorios hacia el norte. Con la intención de evitar encontrarse con los militares, los migrantes suelen rodear los caminos habituales e internarse en caminos de montaña, en donde los esperan otros grupos no menos especializados en asaltos, extorsiones y violaciones:

La Arrocería captura la lógica paradójica de la seguridad en México. La militarización canaliza a los migrantes hacia rutas más peligrosas creando las condiciones para múltiples actores, incluidos los funcionarios estatales, se aprovechen de los centroamericanos. La ilegalidad y la violencia se han convertido en el *status quo* en el México militarizado. (Vogt 2018, p. 66).¹¹

Fue en este lugar donde Guillén encontró, junto con sus dos compañeros de viaje, un río para bañarse, pero al salir, apenas poniéndose los zapatos, los asaltaron y les quitaron las mochilas: uno de los asaltantes tenía una escopeta hechiza y los otros dos machetes. Al revisar su mochila y llevarse únicamente lo que ellos consideraban de valor, le advirtieron que tenía diez minutos para irse o de lo contrario lo matarían. Salió corriendo mientras escuchaba la voz de aquel que le decía que se detuviera: “Eso fue como un eco, que si no me paraba que me iba a disparar, pero eso es lo que *sentí como lo más feo* (Guillén, migrante hondureño, comunicación personal, 8 de noviembre, 2020).

Las escuchas de la situación anterior se pueden reconocer primero, como causal porque Guillén tuvo que reconocer de dónde venía la voz y semántica para saber cuál era el mensaje para descifrar y así actuar en consecuencia. Quisiera resaltar que la percepción de Guillén estuvo además condicionada por la posición del cuerpo: escuchar mientras se corre por la vida misma. Escuchar sonidos detrás de ti, sabiendo que entre más cerca los escuches más probabilidades tienes de morir, genera un alto grado de tensión que provoca que este índice sonoro se recuerde con la metáfora del eco, entendido no desde la reflexión del sonido por un obstáculo, sino como una extensión sonora en el espacio que lo alejaba de la promesa de su atacante. Lo anterior me hace recordar la historia de Eleazar, que inauguró este trabajo. Pienso en el momento en el que descifró un mensaje de rechazo policial mientras se arrastraba con la pierna rota al lado de un abismo. La xenofobia y la discriminación matizados con la humillación: “arrástrate”. Un aspecto interesante entre Guillén y Eleazar es que ambos asociaron su escucha al dolor; en el segundo puede resultar más evidente puesto que una afección corporal le imposibilitaba caminar, pero a los dos la voz que los amenazaba o los humillaba “les dolía”; es decir, hay una relación directa de la percepción aural con la percepción afectiva y corporal.

¹¹ Traducción propia.

Coros de rechazo

Uno de los tipos de violencia que más resuenan en los migrantes y que afectan directamente a su subjetividad es el rechazo. Es la más sutil también porque no amenaza o pone en riesgo la integridad física de los migrantes, pero apela a la cancelación de la persona.

Los disparos casi no me afectaron, porque a veces un disparo a unas palabras, las palabras las siente más uno que un suceso que le haya pasado.

Me avoqué a una Iglesia, me acuerdo. Esperé que terminara la misa, cuando llegamos había misa ahí. Había un grupo como de quince personas y me les acerqué, les saludé, todavía les dije que no les iba a pedir comida, ni dinero ni nada, lo que necesitaba era un favor y me preguntó una de las que se congregaban ahí en la Iglesia que qué favor ocupaba y le dije si me podía retirar un dinero y me dijo que ellos no se prestaban para esas cosas. Que la religión de ellos no se prestaba para ayudar al migrante. Entonces sólo salí y les dije “que Dios los bendiga, y les dije gracias por todo”. De ahí salí y seguí caminando hasta que llegué a Elektra y ahí un frutero me ayudó a retirar el dinero y así fue como llegué aquí.

Sí, eso no se me olvida, cuando me dijo que no se prestaba para eso. Y le estoy diciendo que treinta pesos me acompañaban y el pasaje me costaba 115 y había un grupo que venía conmigo y no es por decir ¿verdad?, sino que uno en estos caminos se ayuda mutuamente, y una ayuda de corazón, no para recibir. Lo único que espero es la bendición del Señor. Dos de ellos me dijeron, después de haberles prestado el pasaje, ‘ándate a charolear’. Después de que vine de la Iglesia me dijeron que me fuera a charolear. ¡Pucha! yo me sentía el corazón como si me lo estaban apretando, me lo estaban deshaciendo, hasta ganas de llorar, incluso en el bus, se me rodaron las lágrimas cuando mi mamá me llamó si ya había recibido el dinero, donde yo sólo recordaba eso, todavía sentía en mi inconsciente que me decían en la iglesia: “no, nos prestamos para esas cosas”, desde san Felipe sólo eso venía pensando.

Salí a las 3 de San Felipe, hasta las 10 que llegué a San Luis Potosí, solo eso traía en mente. Yo no venía pensando ni en migración ni en nada, sino que sólo escuchaba esa voz que me decía que no se prestaban para eso, que no se prestaban para eso, pero como en coro me lo decían, como si estuvieran cantando, en mi subconsciente sólo eso sentía: La voz del rechazo. Por eso a veces duele más un rechazo a un suceso que le pasó en el camino, tal vez al instante si hubo un policía que te hizo algo sentir rencor, pero eso se te olvida, sólo te queda, si te golpeo, quizá te queda la cicatriz, pero las palabras no, las palabras quedan en el corazón, en el inconsciente de uno, y uno, cada vez que piensa en eso se siente uno y a veces lo desamina a uno, ¡pucha, si así son aquí no digamos más para adelante! (Sebastián, migrante hondureño, comunicación personal, 24 de octubre, 2020)

El aullar de La Bestia

Es cierto que en el terreno auditivo somos una especie de escucha obligada en el sentido de que no podemos huir del entorno sonoro, esto se enfatiza en los migrantes quienes, arriba del tren, tienen que escuchar, por un lado, insultos y, por otro, amenazas que pueden materializarse si los emisores decidieran subir por ellos. No obstante, hay que decir que, a pesar del peligro latente, las relaciones de poder entre los migrantes y los actores que en otros espacios pueden ser de riesgo, en estos breves momentos disminuye su verticalidad.

El sistema ferroviario mexicano traza el camino que seguirán los migrantes. La Bestia, con toda su potencia sonora, es uno de los acontecimientos más importantes durante su trayecto y su papel para la interpretación de quienes han viajado en su lomo es ambivalente. Es aliado inmediato de muchos que no tienen otra opción para viajar ya sea por su condición jurídica o económica. Y es también un monstruo mecánico capaz de devorar por completo o por partes a muchos otros que no han tenido la oportunidad de viajar de otra forma.

La escucha arriba del tren está condicionada por la tensión constante de ser atacado o bien por sufrir algún accidente en el tren:

Pero lo que no me gusta a mí del tren son las ruedas cuando van en los rieles, se siente bien feo. Y a veces yo iba analizando, decía “Dios mío, caer ahí, no no no. Protégenos a todos”. Y si uno va de noche, saca como chispitas, como centellas. Y a mí me pega algo, cuando yo llegué aquí, si me quedaba dormido sentía los movimientos del tren en mis oídos, acá en mi cerebro

(Don Jacobo, migrante hondureño, comunicación personal, 24 de octubre, 2019).

Existe una especialización de los índices sonoros del viaje que inicia con la familiarización de los sonidos mecánicos de La Bestia y que en el primer momento del trayecto está enfocada en la orientación y en alcanzar el tren para subirse. Conforme se avanza, los efectos de esta habilidad potencializan lograr el objetivo de avanzar en el camino, pero también ese ritmo mecánico se queda instalado en la cabeza. Leroux señala que el sentimiento de malestar no radica en una asociación fatalista, sino que “surge después de la modificación del entorno sonoro y puede no desaparecer hasta mucho después de la extinción de su causa (eventos o secuencias de sonido que han perturbado el medio ambiente, y al mismo tiempo, humor, el sueño, etcétera)” (Leroux, 1991).

La narrativa de Don Jacobo al respecto puede analizarse desde al menos dos perspectivas de escucha con sus respectivas consecuencias. La primera es la repetición del sonido de los metales cuya resonancia puede causar algún tipo de trastorno físico o psicológico, por ejemplo, el llamado *tinnitus*, padecimiento que consiste en escuchar zumbidos en los oídos sin que exista una emisión de ondas sonoras en el ambiente; una de las causas de esta enfermedad está asociada directamente a la exposición de ruidos fuertes, en este caso los producidos por el tren (Medline Plus 2020).

Estos encuentros entre los migrantes y el tren son sobre todo vibratorios: sus oídos, su piel, su cerebro, su cuerpo entonces se convierten en una caja resonante en la

que esta vibración constante, además de los perjuicios en sí, se asocia a un peligro constante de ser lastimado por la Bestia. Se puede decir entonces, que la vibración del tren es un shock para ellos antes de convertirse en un símbolo de amenaza.

La perspectiva del tren como actor productor de “sonidos traumáticos” se extiende a otras interpretaciones subjetivamente más profundas en las que no sólo la propia vivencia toma lugar. Es el caso de Ernesto, quien, durante una charla informal me contó que durante su viaje en tren, en los momentos en los que podía recostar la cabeza, no escuchaba los chirridos de la máquina, sino lamentos y quejidos de la gente que había muerto ahí y “que había quedado atrapada”.

La fuerza afectiva en la telefonía

El tren no es la única máquina que tiene una relevancia en el tránsito migrante, la telefonía ha adquirido un importante papel en los modos de interacción social, ya sea porque los viajeros se comunican con sus familias en el país expulsor, con familiares y redes de apoyo en los Estados o bien, con sus *caminadores* o *coyotes*. Esto no es poca cosa, escuchar la voz de un ser querido, incluso en la distancia, puede ser un factor determinante para que el plan de migrar siga, como se vio en el caso de Eleazar, en la introducción de este trabajo y la llamada con su hijo que lo apresuraba para que llegara con él.

Además, la telefonía posibilita la continuidad de las relaciones, por ejemplo, Rigo, quien todas las noches, invariablemente, llama a sus hijas a Honduras para rezar con ellas el Ángel de la Guarda, pues era una actividad que hacían en conjunto. También hay una reconfiguración en los vínculos familiares, continuando con el caso de Rigo, reconoce que llama con más frecuencia a su mamá y se ha vuelto más amoroso desde que salió de casa:

[...] también cuando estaba con ellos, no los valoraba como era y ahora si Dios me permite estar con ellos o con ellas, valorarlo más. Porque antes, en Honduras, yo no decía “mami te amo”, era “mami, tengo hambre”. Ahora la llamo y le digo “Hola, mi viejita preciosa, ¿cómo está? Nunca le decía “mamá”, le decía Maribel. No me acostumbré a decirle así, y ahora le digo “madre, la amo” y ahora ella ya debe sentirse diferente.” (Rigo, migrante hondureño, comunicación personal, 12 de octubre, 2019)

La socialización a distancia en este contexto migratorio es un proceso continuo y se potencializa o se hace definitivo cuando se logra cruzar al otro lado. Pero también tiene

otra posibilidad: cuando esta comunicación se corta, es un aviso de que los planes no han sido conquistados y sugiere que “algo” ha pasado, como un accidente, una detención o, en el peor de los casos, una desaparición, como revisaremos con más detalle en el último capítulo de esta tesis.

En lo que sigue, retomo la historia de vida de Jorge, esta vez sobre las particularidades de su trayecto, para revisar otras experiencias más íntimas, en la cual la interpretación de la emisión sonora va de la mano con la autobiografía del escucha.

La escucha delirante: Jorge: el viento y la voz de la madre como guías de vida

Después de despedirse de sus amigos y de explicarles que la Mara Salvatrucha lo perseguía para asesinarlo, Jorge emprendió el camino en la bicicleta familiar hasta Huehuetongo, Guatemala. Pedaleaba lo más rápido que podía porque, al volver la vista atrás, se dio cuenta de que los asesinos de su hermano le seguían el paso en una camioneta: “ahí va”, escuchó detrás de él. Como pudo, se internó en un cafetal que lo condujo al Río Suchiate; cruzándolo pudo liberarse de sus acosadores para comenzar a andar a pie. Fue en esta parte del trayecto, cerca de Arriaga, Chiapas, en donde agentes de inmigración salieron a “perseguir migrantes”, Jorge corrió y se internó en un cementerio en donde estuvo algunos días. Nunca se había planteado la posibilidad de dirigirse hacia Estados Unidos, pero, al recordar las historias de éxito de migrantes en la cantina y encantado por la pronunciación de “Nueva York”, donde “todos se coronan”, se convenció de ser capaz de lograrlo. También entabló una conversación con su madre para entonces fallecida: “mamá, ¿me vas a acompañar en este camino?” Y apareció el viento de nuevo. Supo entonces que era momento de salir del panteón y caminar por Oaxaca. Llegado a Ixtepec y gracias a que mató a una serpiente, un rancharo, como agradecimiento, lo llevó en su caballo hasta Matías Romero para tomar el tren rumbo a Medias Aguas, Veracruz. Ya arriba del tren, unos diez kilómetros después, escuchó que la máquina se detuvo por completo y se bajó, encontró a unos migrantes hondureños que estaban cerca de las vías, “tienes que esperar por el tren que viene bajando de Coatzacoalcos”. Ya entrada la noche, por fin pasó el tren que cambiaría su vida como la conocía: “algo para nunca olvidar”, como apunta en su mapa:

Algo que no hice caso, yo sé que desde el principio de mi vida el viento me ha impulsado hacia adelante. Era más fuerte en este lugar. Nunca puedo olvidar ese viento, no se movían los árboles, pero escuchaba relinchar caballos, unas vacas, algún coyote. No sabía lo que adelante estaba. Regresé, no debí haber regresado, debí haber seguido caminando. Viene el tren 4326, nunca se me olvida. Viene un tren de la otra línea, cinco máquinas adelante, aunque no miré a nadie arriba, lo correteé y me subí. Pasé del lado por la cementera, quizá unos cinco km adelante el tren comenzó a bajar la velocidad, ya no se miraba nada, no había casas alrededor, sólo potreros por ambos lados. Todas las veces que escucho el tren aquí (en Saltillo), me pregunto por qué Dios puso ese momento tan difícil en mi vida, donde iba a perder todo, mis sueños. Ya arriba del tren, de repente veo a tres personas encapuchadas, el tren iba lento. “No te muevas, ¿qué llevas en tu mochila?, saca el celular”, “no ando nada, lo que ando es hambre”. Yo soy de Guatemala, traía un gorrito, me lo quitaron y vieron que traía el pelo largo. Al ver esto, uno de ellos dijo; “bueno, ya que no trae nada este cabrón pues vamos a darle”. Me amarraron a una plataforma, eso es de nunca olvidar, abusaron de mí. Dos de ellos, les supliqué que no hicieran tal cosa, pero pasó lo que tenía que pasar. [...] Después que hicieron lo que hicieron me golpearon y se bajaron. (Jorge, migrante hondureño, comunicación personal, 15 de diciembre, 2019)

Cuando logró escapar de los amarres y descender del tren, le reclamó al viento: “¿por qué no me avisaste, por qué no hablaste y fuiste mi salvación? me hubiese tirado del tren, me fallaste”. Unos días después y sabiendo que en México los migrantes pueden recibir ayuda médica aun sin estar regularizados, fue a un hospital en donde solicitó ayuda médica con el pretexto de tener hemorroides. Así pudo continuar su camino, botella en mano “para poder olvidar todo”, llegó en tren de nueva cuenta hasta Lechería, en el Estado de México. Desde ahí, con la ayuda de un sacerdote que le brindó 1,200 pesos, comida, ropa y medicamento para cambiarse, emprendió el viaje de nueva cuenta hacia el norte, aunque sin rumbo fijo.

Durante el camino pensó que sería buena idea llegar a Monterrey, pero, finalmente, un garrotero cuya intención era que se bajara del tren lo antes posible, lo persuadió con treinta monedas para que ingresara a la Casa del Migrante de Saltillo, a unos pasos de las vías del tren. Ahí fue atendido con tratamiento para hemorroides porque, confiesa, se sentía apenado por contar lo que realmente había sucedido. Durante esta primera estancia, Jorge llevaba ya cerca de dos meses dentro del albergue, contaba entonces con la “ayuda” mensual de ACNUR, sin embargo, lo encontraron fumando marihuana con el único compañero que permitía estar cerca, los dos salieron expulsados, lo que significaba que tenían estrictamente prohibido regresar. Pero regresó.

Durante el tiempo de su expulsión, se encontraba en una cita en el INM, junto con César, el otro compañero, y tuvieron un percance con una señorita que los atendía, César terminó gritándole y finalmente los encerraron en un cuarto donde no había

cámaras para “partirles la cara”. “Realmente así son ellos, así tratan al *emigrante*, nos odian, creo.” Poco después llegó la Policía Municipal para arrestarlos; ya en la estación, Jorge preguntó de cuánto era la fianza, resultó que eran 2,500 pesos, él, gracias a la mensualidad de ACNUR tenía 1400, sin embargo, las cosas no salieron como él planeaba.

Mientras esperaba, tuvo una discusión con un policía, quien dio instrucciones sobre lo que sus compañeros habrían de hacer con Jorge. Lo obligaron a quitarse la ropa para entrar debajo de una regadera de agua fría. Para él no fueron únicamente los golpes, intensificados en el área abdominal ya de por sí lastimada. Nunca se imaginó lo que vendría a continuación: llegó una “chicharra” de descarga eléctrica. La primera lo hizo caer de rodillas, después de la tercera perdió el conocimiento. Para su fortuna, los agentes migratorios habían llegado por él para llevárselo a sus oficinas. Dos días después, su situación médica se complicó tanto que terminaron “arrastrándolo” a urgencias, ya que no podía moverse por él mismo, pues comenzó a orinar sangre. Pasó dos semanas con una sonda en el hospital.

A su regreso al albergue, ordenado por la Fiscalía, en donde interpuso una demanda por violación a los derechos humanos y tortura, solicitó explícitamente dormir en el comedor, solo y apartado de todos. Incluso, cuando la capacidad obligaba a que otros migrantes ocuparan este espacio, él apartaba su colchoneta a una esquina: “Me siento inseguro, siento que en cualquier momento puede pasar lo que no quiero, ya mi mente quedó dañada, cuando un amigo me quiere dar un abrazo, está la parada en alto. Odio los abrazos de mi propio sexo. Busco una paz, quiero alejarme.”

Jorge salió de Guatemala huyendo. En este sentido, él también salió de su país con una escucha bajo tensión, misma que cedió cuando se internó en el cementerio. Durante este momento de quietud su memoria sonora se activó y fue decisiva en varios aspectos. El primero de ellos es que la tradición oral de la migración señalados párrafos arriba, hicieron su aparición para convencerse él mismo de que podía hacerlo, incluso sin saber dónde estaba geográficamente Nueva York. El hecho de que haya sido la pronunciación del nombre de esta ciudad, con la asociación del “sueño americano” la que encantara a Jorge tampoco es poca cosa. No obstante, quisiera profundizar en el diálogo con su madre fallecida y la compleja relación que desde siempre ha tenido con el viento, el cual fue interpretado como una respuesta de su mamá y finalmente el que

le dio certeza para continuar el viaje. Lo anterior nos lleva a retomar una de las formas de escucha de Barthes (1986) cuando escribe:

La comunicación que esta [segunda] escucha [la que da sentido, la que convierte el índice en signo] implica es de carácter religioso: es la que relaciona al sujeto de la escucha con el oculto mundo de las divinidades, que, como es sabido, hablan en una lengua de la que sólo ciertos enigmáticos destellos alcanzan los hombres, mientras que, ¡cruel situación!, para éstos es vital entenderla (Barthes 1986, p. 248).

Esta idea adquiere sentido si pensamos en la profunda relación entre Jorge y el viento, ente al que dotó de un significado personal desde pequeño, el cual, además de acompañarlo durante su vida y su viaje, ha sido responsabilizado por el abuso arriba del tren, pues los avisos y prevenciones siempre habían llegado a tiempo. En esta situación de trauma hubiera sido difícil e irresponsable haber profundizado más sobre la sonoridad del evento particular. Sin embargo, resalta que antes y después Jorge haya encontrado una relación de escucha “divina”, en términos del semiólogo, en tanto protección y compañía con el viento.

Pienso entonces en las diversas formas del cuerpo migrante propuestas por Salazar, entendiéndolo como “corporalidades complejas que pueden ser especificadas para comprender y explicar aspectos específicos del proceso de producción social de la migración centroamericana a Estados Unidos” (Salazar 2018 p. 154). Su categorización considera el cuerpo explotado, el encarcelado, el secuestrado, el desaparecido, el abandonado, el retornado; a este análisis podría agregarse el cuerpo abusado y el cuerpo torturado, ambos representados en este caso por Jorge, atravesado ya de por sí por múltiples tipos de violencia a lo largo de su existencia, aunque se abriría el debate de cuál es la ganancia de producir este tipo de corporalidades que apelan a la degradación y anulación de la persona.

El cruce de la frontera México-Estados Unidos: entre el delirio y lo divino

Muchos de los migrantes que compartieron su testimonio respecto a esta parte del tránsito, atravesaron el Río Bravo nadando, así que, al relatar esta fase de su camino, sus recuerdos referían a la ribera de aquel extenso caudal de agua o bien, a las maneras en cómo lo cruzaron. Es importante decir que la mayoría de los colaboradores que pudieron enunciar este momento fueron aquellos que se encontraban en Casa Marianella, pues ya guardaban en su acervo de conocimiento esta experiencia. Muchas

veces su integridad depende de la resistencia de una cuerda, la cual es rentada por personas dedicadas a facilitar el cruce del cuerpo de agua a cambio de una transacción económica. A pesar de la brevedad respecto a su duración temporal, este momento es uno de los más difíciles para los migrantes; acaso por eso, durante estos instantes la espiritualidad es no sólo necesaria, sino que, según sus propias palabras, es la fuerza que los impulsó a seguir adelante y evitar que murieran ahogados.

Mientras compartíamos alimentos en Casa Marianella, Luna, una mujer transexual me contó que, al saberse alcanzada por sus perseguidores, narcotraficantes con los que tenía cuentas pendientes, se tiró sin pensarlo al río y, al quedar atascada en unas ramas, a punto de renunciar a la vida, escuchó una voz que le dijo “Flota”, por razones que ella no comprende (era agnóstica), consiguió seguir adelante y entregarse a los agentes de migración.

Sólo sentí unas manos que me agarraron y me levantaron y escuché una voz, nunca se me va a olvidar, hasta me erizo. Una voz que me decía que solo flotara. “Flota”, fue lo único que me dijo. En ese momento no pensé nada y seguí. El río me llevaba y salí del otro lado. Cuando logré salir, salí bien cansada.

No había nadie. No había nadie físico conmigo. Yo pienso que el mismo Dios me sacó de ahí, porque no había nadie. Te lo juro. No lo podía creer, cómo había cruzado ese río tan grande [...] Yo dije; “a la primera persona que encuentre, yo le voy a pedir ayuda” y las primeras personas que encontré, fueron patrulleros de migración. Yo ya estaba de este lado.

Otro caso es el de otra chica transexual, quien, ayudando a una familia a cruzar, cargó a una niña en brazos, pero la cuerda a la que estaban sujetos se rompió y comenzó a tragar agua. “¡Dios mío, ayúdame!”, intimó con su Dios, y recobró las fuerzas para evitar una tragedia.

Los que logran sobrevivir este episodio se encuentran con los agentes de migración estadounidenses quienes les dan la “malvenida”, como ellos dicen. Asimismo, algunos elementos de la comunicación les ayudan a saberse en situaciones problemáticas, por ejemplo, la intensidad de la voz de autoridades migratorias es determinante para la percepción que tienen sobre la discriminación y los comentarios sarcásticos que tienen sobre ellos. Este punto es interesante porque, aunque muchos de los que cruzan, si no la mayoría, no hablan inglés, reconocen que su llegada no es grata por el tono de los que lo reciben en el país del norte: “Que no hable inglés no significa que no entienda que me están humillando”, me confesó una persona durante una charla informal.

Como dije anteriormente, uno de los elementos esenciales de la intersubjetividad es la comunicación para lograr los fines prácticos inmediatos y ejecutar el plan de acción, objeto del deseo migrante. Es fácil imaginar que el lenguaje es un elemento imprescindible en el tránsito, aunque éste tiene connotaciones diferentes y los migrantes guardan en su memoria experiencias relacionadas con la discriminación, el abuso de poder y un rechazo hacia su identidad migrante por parte, sobre todo, de autoridades, sean éstas mexicanas y estadounidenses aunque también los desencuentros en este nivel de interacción con la sociedad civil también está presente y genera en ellos “un eco” de rechazo.

En el capítulo que sigue, exploraré las sonoridades de los albergues, lugares seguros para los migrantes y que representan un oasis para ellos ante estas adversidades. Más adelante en el capítulo, realizo un acercamiento hacia las condiciones dentro de algunos de los centros de detención en Estados Unidos, donde este coro de discriminación vuelve a aparecer, aunque con actores distintos.

CAPÍTULO III. LAS SONÓFERAS DE LOS ALBERGUES Y LOS CENTROS DE DETENCIÓN

Hemos caminado por la tierra para buscar agua, para huir de la muerte, para acudir al amor que nos llama. Caminamos imaginantes de otros mundos para la vida, de otras vidas en el reino del mundo. Primero fue migrar, luego la ley. Primero el movimiento, luego la frontera. Primero fue nuestro paso. Siempre nuestro paso.

Pasos de frontera (2). Cristina Burdeo Salazar

Desde la perspectiva dual entre movimiento y pausas durante el tránsito migrante, tal como lo entiendo en este trabajo, hay lugares cuyas propias características crean ambientes sonoros a partir de los cuales se generan dinámicas que responden a las necesidades de cada uno de estos sitios. De entre todas las posibilidades, existen dos tipos de espacios esenciales para la comprensión del trayecto; por un lado, se trata de las casas de migrantes las cuales brindan un apoyo casi integral a los migrantes dentro de la República Mexicana y en algunas ciudades de Estados Unidos, sobre todo en el sur y, por otro, a los centros de detención y deportación norteamericanos en donde las personas que cruzan la frontera norteaña son retenidas, algunas veces durante largos periodos y bajo condiciones que dejan mucho que desear sobre el respeto a sus derechos humanos. Cada uno de estos sitios funcionan bajo distintas lógicas internas y están atravesados por entornos institucionales, políticas de Estado, ideologías y múltiples actores que, en mayor o menor medida, influyen en la vivencia y la percepción que los viajantes tienen de su camino.

En los albergues, presentes en México desde el sur hasta el norte y de una costa a otra, puede haber incluso momentos de serenidad y recreación. En estos lugares, la tensión se dispersa y las prácticas de escucha no están encaminadas a la sobrevivencia, sino a la adaptación de las rutinas propias de estos espacios y también a la escucha reducida o contemplativa.

De esta suerte, y debido a que la naturaleza de esta tesis está circunscrita a las casas de migrantes, como un momento del tránsito y como un lugar desde donde se testimonia, el primer propósito de este capítulo es describir el funcionamiento de cada

uno de estos espacios visitados durante el trabajo de campo: cómo son, dónde están, qué tipo de atención humanitaria ofrecen, quiénes están ahí. Su importancia radica en que miles de migrantes han encontrado en ellos un lugar seguro para descansar, alimentarse y recobrar las fuerzas físicas, emocionales y espirituales para continuar su camino, para emprender el regreso, o bien, para asentarse en México. El segundo objetivo es similar al del anterior capítulo: tratar de recrear, a partir de los relatos subjetivos de los viajeros, las formas de interacción, en particular su experiencia con los sonidos dentro de los centros de detención. Digo *recrear* porque el trabajo de campo en Estados Unidos lo realicé desde Casa Marianella y mi único acercamiento con los centros de detención fueron los distintos testimonios de los residentes de aquel albergue, aun así, la disposición y la necesidad de denunciar las prácticas que ahí dentro se realizan, me permite ofrecer al lector una imagen sonora de algunos de estos espacios.

¿Qué es una sonósfera?

Tanto los albergues como los centros de detención fueron creados de manera independiente y, consecuentemente, funcionan de manera distinta. En cada uno de ellos se escuchan diferentes cosas y se desarrollan específicos tipos de socialización.

Si bien cada ambiente sonoro está condicionado por las características espaciales que determinan el flujo de las emisiones sonoras y puede analizarse desde varias perspectivas y ser reconocido con distintos nombres,¹² con la intención de describir la relación entre sonido y socialización he recurrido análogamente al concepto de *sonósfera*, acuñado por Gonzalo Camacho (2006), recuperado a su vez del de *semiosfera* propuesto por Iuri Lotman (1996), desde aquel término se considera que el entorno está compuesto por signos a partir de los cuales la interacción es posible, y que

¹² Ana Lidia Domínguez, por ejemplo, ha propuesto el concepto de *espacio sonoro* y menciona que es: “[...] como una burbuja acústica en la que estamos inmersos y donde concurren sonidos provenientes de fuentes y distancias diversas. En estos espacios la proximidad actúa en un doble sentido: como emisores permite que nuestras emisiones se expandan en función de la potencia y escapen de nuestro dominio, mientras que como receptores nos permite integrar a nuestro campo o de escucha sonidos provenientes de múltiples esferas.” (Domínguez 2015, p. 99). Es cierto que tanto la sonoridad de los albergues como los centros de detención pueden estudiarse a través del concepto de espacio, pero hay que reconocer que este término alude más a la materialidad del sonido, es decir, a las posibilidades y alcances físicos de ésta en cuanto a su dimensión espacial, mientras que en la sonósfera se privilegia el aspecto semántico, la significación, de esas posibilidades sonoras.

es a través de la interpretación y comprensión de ellos que podemos conocer una cultura. A partir de esta idea y para dar respuesta al problema sobre las regiones musicales, Camacho propuso uno más específico en el campo de lo sónico: la sonósfera, entendida para él como “el campo específico de semiosis sónica en una semiosfera dada, en donde los sonidos adquieren significación” (Camacho 2006, p. 257). Pienso que los alcances del término pueden extenderse a todas las significaciones de sonidos que se comparten en un espacio, en este caso, los albergues y los centros de detención, ya que muchos de los sonidos rigen el ritmo bajo el que habrá de funcionar cada uno porque son aprendidos y comprendidos por el auditorio que los escucha.

Bajo la lógica de la narrativa de este capítulo, que ha intentado recrear el tránsito de sur a noreste a través de las experiencias migrantes, como punto de partida comenzaré describiendo las generalidades de los albergues en México para continuar explicando los servicios y sonósferas de la Casa del migrante de Saltillo, siguiendo con los de Casa Marianella y, hacia el final del capítulo, revisaré el aspecto sonoro de los centros de detención que fueron mencionados por los transmigrantes.

Las casas de migrantes como oasis

Las casas de migrantes son comunes en la República Mexicana, estructuralmente todas son diferentes y responden a las condiciones específicas de su creación. No obstante, podemos rastrear elementos comunes entre ellas: el primero y más obvio es que atienden las necesidades inmediatas del viajero, ofreciendo hospedaje seguro, alimentación, ropa limpia y servicios básicos, como agua y servicios médicos. Ante la necesidad de salvaguardar la vida y los derechos de los viajeros, muchos de estos albergues han incorporado otro tipo de servicios de orden legal, jurídico y psicológico.

Una vez que se entra a estos albergues, es fácil sentirse como en una excepción del mundo de afuera, una especie de micromundo migrante en el que los que han llegado ahí comparten la sensación de tranquilidad y alivian apenas un poco la tensión de la vulnerabilidad de ser un extraño en un país que no es el propio. Es por el resguardo físico, emocional y espiritual que las casas de migrantes merecen un tratamiento especial en mi investigación, sobre todo porque las mismas características bajo las que están construidas son las que permitieron a los participantes de este trabajo enunciar su experiencia y evocar sus recuerdos desde ahí.

No es casualidad que, salvo contadas excepciones, las casas de migrantes pertenezcan a la Iglesia Católica: la visión y misión de los albergues está sustentada en el mito fundador del catolicismo como “la memoria de algún episodio de la migración humana” (Marin 2017, p. 5). A propósito, durante una visita a Casa Forastero, en la ciudad de Monterrey, mientras el padre Jesús Garza señalaba un enorme cuadro de María y José *migrando*, con las montañas de aquella ciudad como escenario, contaba que ellos habían sido también migrantes que buscaban posada, misma que les negaron. Retomando la propuesta de Marin, la religión católica tiene todos los presupuestos teóricos para ser llamada una “religión de migrantes”, no sólo porque en la contemporaneidad su participación en el mundo de la movilidad humana ha desarrollado una sensibilidad particular, interpretada como prácticas filantrópicas o humanitarias, sino porque sugiere un trasfondo proselitista de la “hermandad universal”, el valor por antonomasia de esta religión. Proselitismo o no, lo cierto es que los albergues en tanto estructuras ideológicas y espirituales se extienden por el territorio mexicano y en otras partes del mundo, como el sur de Texas, lugar que también alcanzó este trabajo y que, en conjunto, actúan como un actor político que contrapesa los discursos inestables del Estado y de sus consecuencias prácticas. Desde el entendimiento del episcopado una casa de migrante es:

[...] todo aquel lugar —no importando las características físicas—, que abre sus puertas para dar acogida, y que sirve para procurar protección humanitaria, moral, jurídica y espiritual. En ella el migrante encuentra un refugio porque recibe un trato digno y humano. Es el amparo para menores de edad, para mujeres y hombres, y también es un espacio de acompañamiento hasta su regreso a casa. (Episcopado Mexicano, 2017).

El mismo organismo eclesiástico en México ha identificado setenta y cinco organizaciones a su cargo dedicadas al apoyo del migrante, las cuales, además de ser albergues, funcionan como comedores, centros de orientación y dispensarios médicos. Con mayor especificidad, divide estas setenta y cinco casas dentro de los siguientes siete rubros principales, en concordancia a las funciones que cada una cubre.

- 1) Atención al migrante deportado: (13 casas)
- 2) Atención para mujeres y niños menores de 13 años
- 3) Los que brindan comida (75 casas)
- 4) Dispensarios médicos (75 casas)

- 5) Albergues mixtos para mayores de 18 años (75 casas)
- 6) Ofrece servicios de brigadistas (no contabilizado, centro y sur del país)
- 7) Centros de investigación y documentación (4 casas)

Además, dada la incertidumbre propia del fenómeno migratorio, las casas operan en un horario abierto y constante, 24 horas durante los 365 días del año, porque muchas veces los migrantes llegan durante la madrugada. No está de más señalar que, geográficamente, las casas han sido instaladas en lugares cercanos a las vías del tren para facilitar el acceso a pie de la mayoría que viaja en él. Incluso en Austin el albergue era vecino de unas vías férreas, aunque los migrantes no llegaban por tren sino usualmente en taxi, dependiendo de la hora en que hubieran sido liberados de los centros de detención.

Durante el tránsito se “tejen nodos que darán vida a las redes sociales y crean trabajosamente espacios de acción” (Rivas 2011, p. 35), esto es más evidente en los albergues, sobre todo cuando la estancia es larga. Entre las estrategias reconocidas durante mi trabajo etnográfico sobresalen el acompañamiento entre migrantes, es decir, se desarrollan relaciones de confianza y compañerismo dentro de estos sitios. Desde la Casa del migrante de Saltillo esta interrelación permitía alguna especie de seguridad para continuar el camino. Así sucedió, por ejemplo, con Don Jacobo, quien durante su estancia en dicho albergue conoció a Andrés y a su bebé. Dos meses antes de su salida, habían decidido que viajarían juntos pues Andrés tenía un conocido en Houston dispuesto a ayudarlo a él, a Don Jacobo y a su hermano:

ante los riesgos, los migrantes en tránsito han elaborado una serie de estrategias, algunas más finas que otras. No sólo modifican constantemente las rutas, una de las estrategias más visibles y predecibles. Saben también que parientes, amistades y paisanos que les precedieron y se quedaron en el camino son aliados imprescindibles, por lo que procuran apoyarse en ellos durante su travesía. Esto último abre nuevas posibilidades en el análisis, en tanto que acerca y entrecruza dos flujos migratorios centroamericanos: los que se quedan a vivir en alguna localidad de la región y los que únicamente transitan por ella. Estos últimos se apoyan en los que se han quedado para conseguir alojamiento o un trabajo temporal, si se prolonga la estancia (Rivas 2011, p. 15).

En este orden de ideas, también hay otra posibilidad, acaso más cercana a la propuesta de “estancamiento”, y es que las redes de apoyo creadas en las casas, ya sea en Saltillo o en Austin, les permiten a los transmigrantes abaratar costos; muchos de ellos encuentran compañeros quienes, a pesar de no haber viajado juntos, les parecen confiables para llevar a cabo una acción en conjunto, por ejemplo, la renta de un cuarto

o una casa mientras se da el siguiente paso, o bien, para establecerse temporalmente, como sucede en Austin.



Fotografía 2. Vista del fondo de la calle Gunter, en donde se encuentran las vías férreas vecinas a Casa Marianella. (Fotografía tomada por mí, septiembre de 2019).

En 2018, la Comisión Nacional de Derechos Humanos, junto con el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIJ-UNAM), realizaron una encuesta nacional para conocer el perfil de las personas migrantes de tránsito en México. El título final del informe: “Los desafíos de la migración y los albergues como *oasis*¹³”, dice mucho de la percepción recuperada desde los migrantes: desde múltiples aristas los albergues brindan seguridad al que pasa por ellos, otras veces les brinda apoyo emocional y espiritual de manera transversa, no es cosa menor. Como mencioné en la introducción de esta tesis, el trabajo de campo se

¹³ Las cursivas son mías.

realizó desde, principalmente dos: Casa Marianella, en Austin, Texas, en donde trabajé y compartí durante cuarenta días; Casa del Migrante de Saltillo, albergue en el que estuve inmersa durante dos meses. Lo que sigue a continuación es un acercamiento a estos lugares desde sus propias rítmicas, rutinas para comprender las razones por las que muchos de los migrantes se han referido a estos espacios como oasis.

Los ritmos de la Casa del migrante de Saltillo, Coahuila

Conocí la historia de la fundación de la Casa del Migrante de Saltillo gracias al padre Pedro Pantoja, principal figura representante del albergue y uno de los defensores de la dignidad de los migrantes más reconocido por su labor. Durante la ceremonia del 2 de noviembre, los que estábamos en la Casa nos trasladamos hacia un paraje en donde en 2001, mientras dormían, fueron asesinados dos migrantes centroamericanos a manos de un par de trabajadores del tren. Después del crimen, se preparaban para desaparecer la evidencia; sin embargo, una vecina salió a enfrentar a los agresores y jaló ella misma los cuerpos hacia su casa para después comunicarse con este refugio el cual apenas iniciaba su trabajo social con personas de bajos recursos. Además, según el testimonio del padre Pedro, él mismo fue a buscar a los asesinos a su trabajo y “los metieron a la cárcel”. Este evento fue el que detonó la creación de la casa como un espacio de salvaguarda de los migrantes y de sus derechos. Desde entonces, este sitio se dedicó a la atención humanitaria de los viajeros; en un principio, sus funciones se limitaban exclusivamente a subsanar las necesidades básicas de los que buscaban refugio ahí: hospedaje, comida, atención médica, vestido. Un año después del evento fundador, además de seguir proporcionando auxilio inmediato, la casa se convirtió en una asociación civil que atiende las necesidades integrales de migrantes y refugiados, además de un espacio relevante a nivel internacional para su defensa y protección en materia jurídica y legal.



Fotografía 3. Migrantes que acompañaron la misa del día de muertos en honor a los migrantes asesinados en el paraje vecino a Casa del migrante de Saltillo. Fotografía tomada por mí, 2 de noviembre, 2019.

El servicio correspondiente a la protección de migrantes se encarga de atender sus necesidades en aspectos específicos como derechos humanos, gestión migratoria, educación, vinculación e incidencia, difusión de personas desaparecidas y no localizadas. Está estrechamente vinculada con otros actores institucionales, algunos de ellos con apoyo puntual y estratégico, lo que implica una participación importante en las decisiones de la casa, por ejemplo, ACNUR, que por un lado la provee de recursos financieros y estructurales y, por otro, da seguimiento a los casos de personas que han solicitado alguna visa humanitaria en el país, aunque también están relacionados la Fiscalía General del Estado de Coahuila de Zaragoza, la Cruz Roja Mexicana, entre otras.

En la pared que está hacia la calle hay un mural que representa a los migrantes y a la Bestia acompaña el portón blanco. Una vez que la entrada ha sido autorizada, el que entra se encuentra con un patio central enmarcado con unos edificios de colores a la izquierda y el área de fumar hacia el fondo. Ahí es donde los migrantes suelen pasar la tarde. Hacia la derecha están las oficinas y el comedor o sala de usos múltiples. Apenas entrar, se percibe un ambiente de tranquilidad, las voces de niños o jóvenes jugando, el murmullo de las pláticas, gente que va y que viene a lo largo de la casa.

El terreno donde está construida la casa está a menos de un kilómetro de unas vías del tren para facilitar el acceso de los viajeros. Precisamente, éste es uno de los sonidos más característicos escuchados en este albergue: se escucha varias veces al día y también en las noches, quizá por eso la reacción en los migrantes no siempre es bienvenida, pues los expone al recuerdo de haber viajado en él. Ya lo decía Jorge cuando, cada vez que escuchaba el pitido de la máquina, era una oportunidad para levantar la voz y reclamarle a Dios por lo que le había pasado. Además, el sonido del tren algunas veces funciona para indicar la posible llegada de nuevos residentes. Esta variabilidad en las reacciones respecto a un mismo sonido depende del componente ‘privado’ del acervo del conocimiento del escucha, y a pesar de la socialización de la experiencia, la singularidad de la significación de la marca sonora del tren recae en la articulación biográfica del sujeto. Así, sólo pasados específicos coexisten en ocasiones presentes y esto se debe a la intensidad sensorial y al peso afectivo, voluntario o involuntario, de las experiencias anteriores. Cada presente trae consigo al pasado, aunque, por supuesto, a través del selectivo proceso de la memoria: “*only specific past are conjured up at any specific present moment*” (Hamilakis 2017, p. 174). Ahora, este complejo proceso puede ser consciente y deliberado, o bien inconsciente. En ambos casos en los que el pasado actualiza el presente, la sensorialidad y la afectividad son cruciales ya que durante esos lapsos hay un fuerte peso e intensidad de aquellos (Hamilakis 2017, p. 174).

Como es de suponerse, el flujo de recepción de personas en el albergue es incierto, pero en promedio se reciben a unas veinte y se atienden a ochenta a diario, principalmente centroamericanos, mayoritariamente hondureños, aunque esporádicamente llegan colombianos, nicaragüenses, venezolanos y cubanos. Es usual que la entrada se permita a casi todo aquel que solicite hospedaje, aunque la decisión última depende en gran medida de la percepción que el voluntario en turno, responsable

de hacer la primera entrevista, tenga del solicitante, esto es, si lo considera una persona de confianza o no. Lo anterior no es gratuito, es común que caminadores, coyotes o miembros de pandillas, asistan a estos lugares con el fin de ganar adeptos para su negocio. Las restricciones para salir de la Casa de Saltillo son evidentes, razón por la cual me causaba mucha curiosidad cómo los huéspedes se sentían “libres y felices” en un espacio del que podían salir bajo contadas excepciones. Estas medidas preventivas responden a los peligros que acechan a los migrantes apenas poner un pie fuera de la casa.

Mientras estuve ahí, era notable que la Casa del Migrante Saltillo se encontraba en un momento de transición en el que hubo un reacomodo de personal, al tiempo que se inscribieron nuevos actores. En un panorama general, son tres esferas principales a partir de las cuales funciona el albergue: la Dirección general, encargada de representarla ante la sociedad civil y las autoridades; el Área de atención a migrantes, esto es, la comunicación directa con ellos, personificada por un coordinador del equipo de trabajo y los voluntarios, cuya capacitación es limitada, enfocada principalmente a la ejecución y cumplimiento de las rutinas internas y la cual muchas veces deja del lado los protocolos de la atención humanitaria en la especificidad de los casos.

Mucha de la logística del albergue funciona bajo el mundo sonoro. El primer elemento es la radio que se nos da a los voluntarios, a los migrantes que ocupan en el puesto de caseteros y el coordinador de atención humana. Gracias a esta tecnología la comunicación es inmediata y ayuda a resolver situaciones en tiempo real sin necesidad de trasladarse de un lado a otro de la casa. Así funcionaban, por ejemplo, las solicitudes de entrada: los caseteros pedían vía radio la presencia de un voluntario en la entrada para entrevistar a aquel que quisiera entrar, sin necesidad de que éste estuviera ahí todo el día o toda la noche.



Fotografía 4. Rutina de limpieza semanal en la CDMS. Archivo fotográfico personal, diciembre de 2019.

El uso de bocinas es también cotidiano, por medio de esta expansión en la intensidad de la voz se dan avisos y se convoca a la gente para distintas actividades, por ejemplo, las que están agendadas en la mañana, como clases de inglés, yoga, arte terapia y, en general, la interrelación entre la colectividad de residentes y voluntarios se da a partir de este tipo de tecnologías, prueba de ello es que el primer macro sonido del día es “Compañeros y compañeras, rueda en el patio”. Durante esta reunión los migrantes realizan breves activaciones físicas para después repartirse los quehaceres de limpieza. Apenas terminadas estas primeras diligencias, que suelen darse en un ambiente tranquilo y de quietud, se anuncia la segunda reunión para el desayuno, ahora en el área de fumar, que es una extensión techada de los dormitorios donde los migrantes suelen pasar la mayor parte del tiempo. La dinámica de esta reunión es la siguiente: el

voluntario en turno realiza una pequeña reflexión sobre el principio del día¹⁴ e invita a los participantes a expresar su opinión al respecto o bien a compartir alguna experiencia relacionada. Hecho esto, se le solicita a alguien que recite la “regla de oro”, preferentemente se elige a alguien con al menos una semana de estancia para que haya tenido oportunidad de memorizarla. Esta norma explica la prohibición (so pena de ser expulsado) de tirar comida: “del comedor sólo salen vaso, plato y cuchara vacíos”.

El último punto de estas reuniones es la oración en la que uno de ellos, a voluntad propia, elevaba unas palabras para agradecer los alimentos y para pedir “por los hermanos que vienen en el camino”. Cada una de estas oraciones es original y experimentada en distintos niveles de profundidad. Eran momentos muy emotivos, siempre hechas con los ojos cerrados y dependían de las habilidades discursivas del que oraba. Después se hacía fila para ir al comedor; mientras comparten la mesa, los migrantes hacen bromas o platican, es un momento también en el que las sonrisas y los agradecimientos se hacen más presentes. Una vez hecho el desayuno suelen tener agendadas actividades semanales, por ejemplo, la visita de unas señoras de la tercera edad que van al albergue a leerles la Biblia; durante algunos de estos encuentros presencié que, además de la exposición bíblica, suelen cantar con ellos canciones católicas. Generalmente los talleres impartidos son de orden religioso y pocas veces los migrantes son protagonistas, sino que se limitan a escuchar otros discursos y a participar en ellos.

Hay otras visitas que también tienen su sonoridad particular: los viernes, la maestra de yoga llega en las mañanas y durante la práctica suele ponerles música de relajación o bien recitar mantras con ellos. Cuando no hay visitas, lo que usualmente sucede es que, después del desayuno, se saca una bocina grande al área de fumar y ahí se pone música. Esta acción dependía del voluntario en turno, ya que los celulares están prohibidos para los migrantes dentro de la casa por cuestiones de seguridad; antes se les ponía la radio, detestada por ellos pues no les gustaban los comerciales. Otra opción era conectar una USB vieja con sólo treinta canciones que se repetían a lo largo del día y que terminaba por aburrirlos y que muchas veces no respondía a sus variados gustos musicales.

¹⁴ Cada día se habla sobre un principio moral: honestidad, libertad, dignidad, solidaridad, familia, trabajo. Se trata de un programa implementado desde hace muchos años en el albergue con la finalidad de que los migrantes compartan su experiencia con sus compañeros residentes.

Como voluntario siempre hay algo que solucionar: proveer de insumos de casa blanca (el espacio que funciona como bodega), recibir a personas o donaciones, guiar visitas, ayudar en cocina, dar llaves para que se inaugure la hora para bañarse o para la lavandería. Si hay tiempo suficiente, un voluntario puede tomar el papel de animador y entretener a los migrantes. Esto fue lo que yo hice, a excepción de que hubiera otra actividad por las tardes, turno que mayoritariamente me tocó, nos poníamos a escuchar la música que ellos me solicitaban y que yo, en la medida de lo posible, almacenaba en la lista “CDMSaltillo / Juntos hacemos una casa”, de la que hablé en el capítulo I de este trabajo. Esta práctica fue una de las que asumí y, además de permitirme un espacio de socialización directa con muchos de ellos, me dio la oportunidad de conocer sus gustos y tener una muestra de esta variedad conformada por una lista de once horas hecha únicamente con sus peticiones musicales. Con el afán de combatir el tedio de la casa, a veces les ponía películas y un par de veces cantamos en un karaoke. Fue así como, lentamente, me gané el nombre de “Mónica, la de la música y las películas”.



Fotografía 5. Migrante hondureño disfrazado interpretando una canción de Juan Gabriel durante la primera sesión de karaoke en la Casa del migrante de Saltillo. Fotografía tomada por mí en octubre de 2019.

Además de escuchar música, era bastante común que ésta se acompañara por las llamadas en la bocina que solicitaban la presencia de alguien por teléfono, pues tenía llamada de algún familiar. Esto se repetía durante todo el día hasta las 9:00 pm, hora en la que se descolgaba el teléfono y se llamaba a las “filas para dormir”, es decir, cuando se preparaban para ir a la cama. La cotidiana socialización a distancia, evidente durante el día a través de la presencia constante y rotatoria de los migrantes frente a los dos teléfonos que funcionaban dentro de la casa, me hace pensar en lo dicho por Ramos cuando, refiriéndose a “los que se quedan” señala: “la constante comunicación telefónica solamente refuerza la pérdida” (Ramos 2009 p. 62); es decir, durante el tránsito estas acciones pueden interpretarse como uno de los primeros pasos en el

proceso de “pérdida”, que más tarde, si se alcanza el objetivo de viaje, generará, en palabras de Tovar, emociones como tristeza.



Fotografía 6. Vista principal de la Casa del Migrante de Saltillo. (Fotografía tomada por mí, noviembre, 2019)

Esto es lo que sucede en la cotidianidad del albergue, sin embargo, mi estancia, ocurrida entre octubre y diciembre de 2019, estuvo atravesada por diversas festividades que modificaron esta sonófera y cuyas especificidades dependían de la intención del benefactor o visita, quien, además de brindar los alimentos, usualmente tenía una actividad preparada para los migrantes. De entre todas estas posibilidades, no quisiera dejar de mencionar cuatro momentos en los que la sonoridad del albergue no sólo cambió, sino que hubo una resonancia no siempre positiva en los residentes. Durante estos momentos, la escucha fue particular y devino en interacciones particularmente interesantes que rompieron con la cotidianidad.

El primero de estos momentos fue la visita de la Caravana de Madres centroamericanas en búsqueda de sus hijos migrantes desaparecidos acontecida el 25 de noviembre. En el albergue todo estaba dispuesto para recibir a las visitantes. Cuando llegaron, entraron gritando, a manera de protesta, consignas que exigían justicia y

claridad en los casos de sus hijos. “¿Quiénes somos? Las madres centroamericanas, ¿qué buscamos? A nuestros hijos, ¿por qué los buscamos? Porque se los llevaron. Los migrantes no somos criminales, somos trabajadores internacionales. Hijo, escucha, tu madre está en la lucha. Únete, únete, que tu hijo puede ser.”



Fotografía 7. Tendedero con algunas de las fotografías de migrantes desaparecidos durante el tránsito y buscados por sus madres en caravana. Fotografía tomada por mí, 25 de noviembre, 2019.

Una vez adentro, las madres comenzaron a colgar las fotografías de sus hijos con la finalidad de que los residentes pudieran o no reconocerlos, a pesar de que ninguno supo dar razón a las madres, sucedió un tipo de socialización muy particular, ellas, con el cartel de “se busca” acompañada de la fotografía de sus hijos, antes de cualquier otra cosa, preguntaban a los residentes: “¿Has visto a este muchacho?” Esta pregona casi silenciaba a los migrantes, quienes, apenados, apenas movían la cabeza negando y esquivaban la mirada. Esta situación que oscilaba entre la tensión y la emotividad tuvo un punto de quiebre cuando, durante la cena, llegó un grupo de Fara Fara,¹⁵ contratado por el padre Pedro en honor a las madres. El trío tuvo un muy buen recibimiento, los chicos que estaban comiendo hasta el fondo del salón entonaban y levantaban las manos catárticamente al escuchar canciones como “Tres veces mojado”, cuyos versos refieren a las dificultades de un salvadoreño al atravesar las fronteras de tres países sin

¹⁵ Fara Fara es un conjunto musical norteño. Incluye un acordeón, un bajosexto y una guitarra.

documentos, teniendo que asumirse como extranjero hasta llegar a Estados Unidos, donde finalmente ha logrado la regularización. Otra canción que tuvo mucha resonancia en los migrantes fue “Paso del norte”, la cual trata sobre la ausencia y la lejanía de la propia patria y el extrañamiento de los seres queridos, quienes mantienen su pensamiento en el protagonista.

Los migrantes comenzaron a sacar a bailar a las madres y a las voluntarias, y éstas a los papás y hermanos que también venían en la caravana. Se recorrieron las mesas y se armó una pista de baile. Mientras observaba cómo danzaban, vi a una madre acercarse al grupo musical para pedir una canción: “Cartas marcadas”, la observé cantándola y en el momento en el que se enuncia “Ya no quiero tu amor/ ya no te espero, ya quiero sonreír, quiero vivir. /Si vamos a gozar, yo soy primero”, percibí una sensación de pausa en el duelo, como si las madres se concedieran un momento de felicidad a través del canto y del baile. Es interesante notar cómo la danza, que es decir el cuerpo, transformó una situación de tensión a una de festividad, incluso cuando los migrantes no estaban familiarizados con el género musical norteamericano.



Fotografía 8. Conjunto Fara Fara amenizando la cena que recibió el 25 de noviembre de 2019 a la caravana de madres centroamericanas en búsqueda de sus hijos desaparecidos. Fotografía tomada por mí, 25 de noviembre, 2019.

La dinámica de la Casa del Migrante Saltillo cambió en muchas formas a partir de noviembre: la quietud y el devenir de los días tranquilos cedió lugar a las festividades propias de las posadas, las cuales estaban en función de una agenda que incluía dos o tres visitas diarias. Para que la dinámica de las posadas funcionara, es decir, que hubiera un grupo que cantara para pedir que lo aceptaran y otro que se negara hasta finalmente ceder, la responsabilidad de los voluntarios era hacer que los migrantes no sólo se aprendieran la letra de los villancicos, sino también que aprendieran a entonarlos, cosa que no fue del todo sencilla. Esta actividad lúdica y ritual, característica de la tradición mexicana, se resignificó en el espacio del albergue por las personas que *re-interpretaban* un papel encarnado de por sí, pero en una escenificación cuyo más inocente propósito era enfatizar el mito fundador de la institución católica.

No obstante la realización de las posadas, hubo presencia constante de otros grupos religiosos, como los cristianos evangélicos. Dentro de la casa se respetan la libertad de culto y los practicantes de distintas religiones convivían en paz, por eso, fue más obvio percibir que, a pesar de que la asistencia a las misas era opcional, cuando los miembros de congregaciones cristianas visitaban, tenían una respuesta inmediata, casi podría decir que catártica, por muchos de los migrantes, cristianos desde Honduras. Según la Embajada de Estados Unidos en Honduras, de un estimado total poblacional de 8,9 millones en una encuesta realizada por la Comunidad Evangélica de Honduras (CEH) en julio de 2016, se informó que el 48% de los encuestados se autoidentifican como protestantes evangélicos, mientras que conforme datos de la encuesta de opinión pública latinoamericana en 2015, 43,6 % se identifican como católicos y 42,1% como evangélicos. (Honduras 2016 Informe Internacional sobre la Libertad Religiosa).

Sé que los migrantes viajan con sus creencias, más allá de que se encuentren en un espacio religioso, pero vale la pena enfatizar que la fe es una figura imprescindible para su viaje, por eso las alabanzas son celebradas y sentidas cuando se presentan. Durante una de sus visitas, un grupo evangélico después de la cena solicitó una bocina y un micrófono para “leer unos versículos de la Biblia”, si es verdad que con esta lectura comenzó la actividad, poco a poco se fue transformando en un momento de trance, que había reunido voluntariamente a la gran mayoría de los migrantes residentes, quienes acudían al canto de alabanzas mientras levantaban las manos y lloraban.

Esta conmoción multitudinaria puede explicarse porque, a través de estos episodios de trance, las personas son capaces de liberar la tensión del tránsito, e incluso

de las rigurosas rutinas disciplinarias del albergue, es decir, durante estos episodios de disociación de la conciencia, los estímulos del entorno se perciben de una manera distinta, “con una cierta carga catártica implícita” (Olmos 2011, p. 414).

Hubo otra visita importante durante las festividades decembrinas. Una familia de Houston con familia originaria en Saltillo llevó, además de la cena, un grupo de rock folk a la casa para amenizar el momento de los alimentos, apenas unas canciones después, comenzó a escucharse “Todo cambia”, de Mercedes Sosa, canción que versa sobre la mutabilidad de la vida: “[...] pero no cambia mi amor/ por más lejos que me encuentre. / Ni el recuerdo ni el dolor/ de mi pueblo y de mi gente. // Lo que cambió ayer/ tendrá que cambiar mañana/ Así como cambio yo/ en esta tierra lejana”. Mientras el grupo tocaba la canción, algunos voluntarios nos dimos cuenta de que Jorge, intempestivamente, había abandonado el recinto pues la canción lo representó en formas que le excedían emocionalmente, como comunicó cuando otro voluntario fue a buscarlo.

Finalmente, expongo aquí los dos grupos focales en forma de taller que se realizaron en el albergue con el propósito de recrear, a través de sus evocaciones, su propia experiencia de tránsito por medio de cartografías sonoras de las cuales finalmente, además de sonoridades resultaron experiencias de viaje. Esta dinámica, además de que fue una forma inusual de reconocimiento entre ellos y yo, la acústica del espacio cambió primero, por el acompañamiento de la jarana, por parte del tutor de esta tesis, quien acompañó aquel primer taller y segundo por el *playlist*, curado por mí, que sonó en la segunda reunión. Además, porque las reflexiones *metacústicas* de los propios migrantes sobre lo que estaban escuchando en ese momento y lo que recordaban haber escuchado durante su tránsito muchas veces fue representado por sonidos, por ejemplo, con onomatopeyas referentes al tren.

Mucho del acervo del conocimiento de los migrantes está resguardado en la memoria, misma que se transforma continuamente durante su camino, pero esta reconfiguración es acaso más evidente desde las casas de migrantes porque hay un espacio fuera de la tensión que les ofrecen ciertas pautas de calma que pueden dar paso a la reflexión al respecto, o bien, desde donde nombran elementos de su acervo sonoro.

Percibimos una gran cantidad de sonidos durante nuestra vida y es imposible recordar cada uno de ellos, la memoria es la que selecciona cuáles son relevantes para

significar y cuáles otros no lo son, dependiendo de la experiencia sociocultural personal. Podemos hablar de una memoria sonora si la entendemos como:

los diversos valores semánticos que adquieren los sonidos en función de la experiencia social y cultural de cada individuo, y que deriva del recuerdo emocional que éste tiene asociado a dicho sonido. Así, un mismo evento sonoro puede tomar distintos significados en función de la persona que los perciba, independientemente que ambos lo escuchen en el mismo momento. Por otra parte, ese cúmulo de significaciones particulares pueden ser afines entre distintos sujetos, construyendo así la memoria sonora de una comunidad. (Lutowicz 2012 p. 136).

La memoria sonora explicaría entonces porqué los recuerdos de los migrantes privilegiaron experiencias que comprometieron su integridad emocional o bien, que los alentaron a seguir adelante hasta encontrarse en un refugio donde tuvieran una sensación de salvaguarda.

Casa Marianella, Austin, Texas: entre el rap gospel y el plurilingüismo

Marianella García Villas (1948-1983), filósofa, abogada salvadoreña y fundadora de la Comisión Independiente de Derechos Humanos de su país, fue asesinada por hacer del conocimiento internacional las violaciones que se ejecutaban en El Salvador. Curiosamente, aunque la figura de Derechos Humanos no existe en términos legales dentro de los Estados Unidos, tres años después de su muerte, en 1986, en una casa donada a la diócesis de Austin, Casa Marianella abrió sus puertas como el único refugio especialmente para los centroamericanos llegados a la ciudad.

Con un español bastante fluido y mientras saludaba a todos los residentes que se cruzaban en el camino, Jennifer Long, directora ejecutiva de Casa Marianella (CM) desde 1998, me dio la bienvenida y comenzó a mostrarme las instalaciones y a explicarme en términos muy generales cómo estaba estructurada la organización a su cargo. En las paredes del patio había algunos murales alusivos a la migración: representaciones de Las Patronas en acción, algunas viñetas de africanos con breve equipaje encima, campos con flores, la imagen de un sacerdote y de, por supuesto, Marianella García. Mientras los veíamos, me contó que, casualmente, estos murales fueron hechos por un pianista mexicano migrado a Austin con su familia que no ha podido regularizar su situación, lo que lo ha mantenido en trabajos eventuales que poco tienen que ver con su profesión musical.

A treinta y tres años de su fundación, Long comparte que el apoyo hacia los migrantes se ha redirigido, tratando de solventar uno de los mayores problemas en el

fenómeno migratorio: la detención. En sus palabras, éste se ha enfocado en proporcionar el apoyo legal a aquellos que han sido detenidos una vez que han solicitado ayuda en la frontera y quienes han estado en prisión, muchos de ellos por más de un año:

Entrando a su trigésimo tercer aniversario, Casa Marianella continúa adaptándose y creciendo en sus esfuerzos para apoyar a aquellos que vienen a los Estados Unidos en busca de seguridad. Recibimos a la mayoría de nuestros residentes directamente de los centros de detención, a donde fueron enviados después de pedir ayuda en la frontera. En ocasiones, han estado detenidos en estos centros por más de un año. Recibimos hasta cincuenta cartas a la semana de personas detenidas que solicitan nuestro patrocinio, el cual puede ayudar a ser liberados. Como podemos, escribimos de nuevo, ofreciendo una cama, clases de ESL, servicios legales, atención médica y ayuda para llegar a las citas de inmigración. [...] Este año nos emociona experimentar una oleada de ayuda de voluntarios y donantes. La crisis en la frontera ha generado una mayor conciencia sobre la forma en que nuestro país trata a los inmigrantes y la necesidad de encontrar alternativas a su detención.” (Folleto CM, 2018. Traducción propia)



Fotografía 9. Murales de las patronas y algunos defensores de la paz en el patio de Casa Marianella. (Fotografía tomada por mí, septiembre 2019)

Casa Marianella está ubicada en el este de la ciudad de Austin, en Govalle, zona en la que en principio vivían personas de origen hispano o afro y que se encuentra en un lento proceso de gentrificación; hacia dentro del barrio las personas hispanas son las

que más manifiestan movimiento en el área: construyen casas de exterior muy sofisticado, mientras que, en la avenida principal, donde hay un supermercado, se reúnen muchísimos vagabundos. Al final de la calle de Gunter, en el número 811, es común ver a los refugiados afuera tomando el fresco con su teléfono móvil en las manos. La mayoría de ellos son africanos. Hablando en números, este espacio recibe en promedio a 415 personas anualmente, de los cuales los hondureños ocupan el tercer lugar, antecedidos por eritreanos y congoneses. Percatarme de esto supuso un problema metodológico para la investigación que finalmente devino en un dato sobre la comunicación intercultural: muchas de estas personas hablan su idioma materno y durante el camino han aprendido apenas portugués y español conversacional, acaso algunos, los menos, pueden comunicarse en inglés. Acercarme a ellos desde este plurilingüismo me hizo darme cuenta de que se enfatizan aspectos corporales, como gestos, además de que la mirada y la intensidad de lo dicho, muchas veces desconocido, es fundamental para una comunicación efectiva.

La calle Gunter, en el este de Austin, es muy tranquila y arbolada, lo que provoca que muchas aves rodeen los espacios abiertos de la casa, los cuales suelen ser tranquilos. Esto no es gratuito, el albergue está en una zona residencial y hay un acuerdo con los vecinos de mantener el espacio público en bajo volumen en espacios abiertos, como los patios y la calle por la que usualmente transitan los residentes, voluntarios y abogados varias veces al día para llegar de la casa principal a las oficinas legales. Dentro de Casa Marianella las cosas son un poco distintas respecto a lo que sucede en Saltillo: no hay bocinas o expansiones de voz, sino que el llamado a cada actividad requerida se da personalmente, esto sucede en general en inglés, aunque, si el voluntario es bilingüe, puede hacerlo en español o francés, lengua común también en los africanos. El plurilingüismo es la norma, así que es fácil escuchar a grupos de eritreanos hablar su lengua en la sala y cerrar el círculo a todo aquel que no tenga la capacidad de entenderlo.

Apenas llegué a CM, no tardé mucho en entender que su característica más significativa es proporcionar a los migrantes detenidos el respaldo legal para que recuperen su libertad. Todos los residentes de Casa Marianella han estado detenidos, o al menos han pasado por los centros de detención para ser entrevistados. El proceso para ser liberados y llegar a este albergue comienza cuando “se sabe” de voz en voz, que hay una casa en Austin dispuesta a ayudarte. Para participar de estos servicios, el

primer paso es escribir una carta de motivos, explicando por qué estás buscando refugio en los Estados, acompañada de las especificaciones del caso. Una vez enviada, habrá que esperar a que te llamen. La lista es larga y se les da preferencia a mujeres y niños, víctimas de violencia sexual y de género, así que probablemente habrá que insistir por teléfono algún par de veces. Mientras esto pasa, los encargados en CM escribirán una carta confirmando que han recibido tu solicitud y que mientras hallan respuesta a tu caso, te desean ánimos y fuerzas en la detención, con la aclaración de que pueden proporcionarte soporte legal y hospedaje, pero que no poseen los recursos para pagar fianzas. Así, te facilitan el número de otra organización encargada específicamente a pagar las fianzas de las cortes de los detenidos: Raíces.

En este punto, lo que usualmente sucede es que después de una entrevista de miedo creíble —realizada muchas veces a distancia—, si el resultado es positivo, se propone una fecha de corte en la que el juez solicita “un patrocinio” en los Estados, es decir, saber si hay alguien *regular* que pueda responder por tu estancia en libertad mientras resuelven si la solicitud de refugio es aceptada. El otro requisito es pagar una multa de entre 5,000 y 12,000 dólares. Si se cuenta con la respuesta de Casa Marianella y de Raíces la salida puede suceder incluso el mismo día.

La experiencia compartida de la detención es un aliciente para consolidar una comunidad. Ésta es otra característica particular del espacio: además del asunto de la detención, que no es decir poco, la misión de la casa, más allá del auxilio inmediato, es la creación de una colectividad:

Pensaba en qué iba a ser mí. Yo no sabía ni dónde me iban a dejar o qué iba a pasar. Nos dejaron en la estación de San Antonio, ¿y qué hacía yo ahí sin dinero? Sin nada. Un cubano, y todavía tengo comunicación con ese muchacho, me dio \$2.00 USD para que llamara por teléfono a Casa Marianella. Llamé y me contestó Miriam, y yo le dije quién era; “Oh, sí, ¿qué pasa?”, “pues acabo de salir de detención, estoy en la terminal de autobuses”, “¿En serio? ¿Ya estás ahí?”, “sí, pero no tengo yo cómo llegar a Austin”, “a ver, anota. Te voy a comprar el boleto, dame tus datos. Ve ahorita con el joven que está ahí, y ya te va a traer directo. Ahí mismo hay taxis, tomas uno y le das la dirección de Casa Marianella, y aquí lo voy a pagar yo”, y pues le dije que estaba bien, pero tenía miedo porque no la conocía, y mucho no le entendía porque ella no hablaba mucho español, hablaba más italiano. Salí, ahí en San Antonio, y el autobús salía a las 4:00 a.m., y eran las 12:00 a.m. pero habíamos bastantes, bastantes que habíamos salido de migración. Esperamos, y conforme se estuvieron yendo, yo estuve entre los últimos. Me subí al autobús y me vine. Me bajé en la Central de Autobuses de Austin. Tomé un taxi y llegué aquí, a Casa Marianella. Me recibió Miriam, pero me recibió con mucho cariño, como si me conociera de años, y yo me sentí extraña, porque por todo lo que había pasado, por todo lo que he pasado, para que me carguen y me hablen tan bonito, pues sí me sentí extraña, y tenía mucho sueño porque no había dormido. Venía muy cansada. Me tomó mis datos, me explicó qué era Casa Marianella, cómo me iban a ayudar, me tomó fotos para la credencial de Casa Marianella, y pues... me llevó a un dormitorio, me dijo que me acostara y que descansara. Y que cuando

despertara, que fuera a la oficina porque ahí iba a estar la persona que iba a estar encargada de mí. Y pues así pasó; desperté como a las 4:00 p.m. y ya me presentaron a Jenny, a todas las personas. Jenny me apoyó mucho, yo encontré... no sé, pienso que eso ha de ser tener una mamá; alguien que se preocupe por ti y que te diga qué está bien y qué está mal. Yo nunca tuve una mamá, y ella, en la forma que se portaba conmigo, yo pienso como una madre, se porta como una madre con sus hijos. Porque siempre, a cualquiera, le llama para saber si estás bien, si ya comiste, si vas a tener corte, o cualquier cosa... y si me pasa algo, pues yo la llamo y le cuento... “Ven, vamos a hablar”, o “yo llego a tu casa”, pero... en Casa Marianella, encontré mucho apoyo, mucho. Me ayudaron a tramitar mis papeles, mi permiso de trabajo, mi seguro social, mi seguro médico...

(Luna, migrante hondureña, comunicación personal, 11 de septiembre, 2019)

Aquí a Austin llegué como a las tres de la mañana y yo de aquí cómo va hacer para que me recoja Marianella y empieza a tirarme el wifi y comienzo a pedir ayuda a una periodista que conocí en México, “Kari, ayúdame, ya salí de la detención, estoy aquí en Austin, se alegró mucho, pero mira tengo este problema, ah, ok, pérame”, y como ella tiene su computadora, encontró el número de Casa Marianella y les llamó para decirles que yo estaba en la terminal. Me dice, no te muevas de ahí, mira, dicen ellos que agarres un taxi y la dirección yo te la mando por whatsapp, enséñale la dirección y ellos te van a pagar. Está bien le digo yo, cuando iba en el taxi le escribí para que les avisara que ya iba. Y yo feliz, me encontraba pérdida y ella fue como una luz para decirles que ya estaba afuera.

Y así fue como llegué a CM, me recibieron muy bien, me siento muy bien aquí. [...] Y yo me siento muy agradecida con ellos porque han sido y siguen siendo muy buenas personas conmigo, siento como si fueran de mi familia.

(Renata, migrante hondureña, comunicación personal, 23 de septiembre, 2019)

La figura maternal de Jennifer sobresale para la cohesión de la colectividad. Muchos centroamericanos, hombres y mujeres —y algunos voluntarios en broma— se refieren en la cotidianeidad a ella como “Mamá Jenny”. Incluso, hay una especie de sincretismo confirmado por un dibujo de la Virgen de Guadalupe enmarcado con el nombre de Jennifer Long. Esto es interesante porque se contrapone a la figura masculina propia de los albergues de México, los cuales están dirigidos en su mayoría por sacerdotes.



Fotografía 10. Dibujo/pintura de la Virgen de Guadalupe hecho a mano por algún residente de CM. (Fotografía tomada por mí).

A excepción de tres personas, Don José, Don Daniel, mexicanos sumamente enfermos, e Idalia, una mujer salvadoreña que vive a unas cuadras de Casa Marianella y quien es la encargada de cuidar a los convalecientes, puede decirse que no había centroamericanos residentes en el albergue. Esto me hizo descubrir que muchas personas de Centroamérica acuden casi diariamente, aunque su domicilio no esté ni siquiera dentro del barrio. Sus visitas están motivadas a revisar su correo, en espera de que algún sobre contenga fecha para su corte con el juez, quien eventualmente definirá su estatuto migratorio en los Estados. Este tipo de socialización, la cual he nombrado como de segundo grado por parte de los residentes a la casa refuerza la idea de una comunidad que encuentra soluciones prácticas de adaptación sociocultural, una especie de acompañamiento durante la inserción a la nueva vida; por ejemplo, a pesar de que no vivan ahí, tienen la libertad de usar el área de lavado, la cocina, incluso, muchos de ellos piden despensa para cocinar en sus casas. Otras demandas comunes son ayuda para tramitar licencia, como la de trabajo o para conducir, o el envío de documentos a familiares dentro de los centros de detención.

Para que estas labores sean hechas participan varias personas, otra diferencia con lo que sucede en México es que, aunque algunos asisten como voluntarios, en su mayoría se trata de empleados. Así, cada persona tiene su labor específica correspondiente al cargo de los variados servicios que se ofrecen, como cursos hacia mujeres de color, embarazadas y migrantes, a través de los cuales se les ayuda a dar a luz, además de brindarles acompañamiento prenatal, durante y después del parto. Hay también bicicletas en préstamo para los residentes con el propósito de que puedan moverse, al menos en el barrio, con mayor facilidad. Tienen además lo que ellos llaman “Clínica legal”, la cual se trata de una oficina de servicios migratorios legales, en donde, además de asegurar la regularización legal de los migrantes, los ayuda a incorporarse a la vida en los Estados. En cuanto a servicios de salud, tienen dos ofertas, la más inmediata es una clínica de medicina oriental, abierta tanto para los refugiados como para el público en general, la otra es también una oficina que los ayuda a tramitar seguros médicos cuya atención se da en hospitales. Las clases de inglés, más que un servicio, es una obligación para ellos y se ofrecen a los residentes y a cualquier otro interesado. Como he dicho, una de las misiones de la casa es crear comunidad con hispano hablantes migrantes y refugiados internacionales y así promover su autosuficiencia, por eso, mucho del vocabulario enseñado tiene una orientación práctica hacia la inserción cultural, financiera, técnica. Además, tiene como característica la consideración de tópicos como refugio, trauma, habla en público para desarrollar el autoestima de los migrantes (Folleto Casa Marianella, 2018). Se sabe también que a pesar de no ser una organización estatal reciben recursos con los que se ayuda a solventar los gastos comunes (fumigación, servicios) por parte del gobierno por un programa que hospeda a los vagabundos. Esto podría sugerir que CM, desde los ojos del Estado, “limpia las calles de inmigrantes”; aunque en realidad no es así, o no totalmente, pues la institución tiene un sentido encaminado a la ideología católica de la que hablábamos en el apartado pasado.



Fotografía 11. Vista principal de Casa Marianella, en Austin, Texas. Fotografía recupera de la página de Facebook de CM.

En cuanto a las rutinas, el día comienza a las 8:00 de la mañana, a esa hora, el encargado del turno de la noche abre la puerta de la oficina. El primero en llegar es Don José que va por su insulina. A pesar de que la música no es cotidiana en Casa Marianella, cuando don José acude por su medicina, a manera de tranquilizante, solicita que le pongan música como Los Tigres del Norte o Juan Gabriel. Después de que recibe el medicamento se queda dormido en la silla y el voluntario que la inyectó apaga la música pues la misión se ha cumplido.

Después comienzan a llegar los residentes pidiendo huevo, arroz, azúcar, jabón, papel de baño. A las 10:00 llegan los empleados, usualmente hay tres por turno, es decir, los primeros intercambian el trabajo a la 1:00 pm y de ahí hasta las 7:00, que entra de nueva cuenta el que se quedará a dormir. Mientras las personas de esta socialización de segundo grado acuden a la oficina, los otros residentes usualmente limpian sus habitaciones para después pasar el tiempo en el patio. La frontera lingüística que señalé arriba es determinante para la convivencia y para la sonoridad del espacio pues, a pesar de que los grupos se segmentan según su lengua común, en el ambiente se crea una especie de sinfonía de lenguas muy particular y que está en función no sólo de las nacionalidades de los refugiados, sino de sus necesidades

prácticas inmediatas. Muchos residentes prefieren pasar tiempo en su celular y aprovechar el wifi para comunicarse con su gente o para ver videos en YouTube.

La oficina tiene una “micro sonósfera” cuyo ritmo es marcado por las incesantes llamadas telefónicas que provienen principalmente de los centros de detención desde donde las personas piden información sobre la continuidad de su caso, o de aquellos migrantes que solicitan algún tipo de ayuda a Casa Marianella, usualmente información o traducciones de documentos oficiales incomprensibles para ellos. A pesar de ser una oficina pequeña, acaso de unos dieciséis metros cuadrados, la mayor parte del día está repleta de gente entre los voluntarios en turno que responden el teléfono y las visitas de refugiados presentes a revisar si en el correo les ha llegado cita para la corte, además de los residentes que viven temporalmente ahí. En estas prácticas es muy común que, además de la voz, se empleen gestos y las manos como medio de comunicación, o bien que durante una conversación, además del emisor y el receptor exista una tercera persona como traductora.

El último domingo de cada mes, Casa Marianella realiza una fiesta, “Convivio” en la que los residentes cocinan algo típico de su país para compartir con la comunidad en general. El evento es público y está amenizado por un grupo musical; durante mi estancia pude presenciar la actuación de unos raperos africanos y, según entendí en sus canciones, recitadas en inglés, cristianos también. Estas piezas musicales pertenecen al género rap gospel, conocido también como “rap cristiano” y sus letras tienen propósitos evangelizadores. La presentación de este tipo de grupos tiene sentido sobre todo porque antes de la fiesta se realiza una misa. Es uno de los eventos más famosos y publicitados del albergue y acuden alrededor de unas setenta personas, la mayoría de ellas colaboradores de alguna u otra forma con Casa y familiares y personas cercanas a los empleados y voluntarios. Después de la presentación del grupo de rap gospel, al que todos acompañaron al ritmo de sus palmas (incluso aquellos que no desciframos el significado lírico en su totalidad, como en el caso de los centroamericanos que no estaban en ese entonces familiarizados con el inglés), un compañero voluntario estadounidense comenzó a poner canciones como punta catracha y cumbia, lo cual modificó la sonósfera y la dinámica de aquel domingo pues, si bien al principio la fiesta estaba encauzada a las alabanzas religiosas, con el cambio de sonoridad los cuerpos de los asistentes resonaron de forma distinta y se inició una rueda en la pista de baile. A partir de esta variedad de géneros puedo interpretar dos cosas, en primer

lugar, el gran número de adeptos de los cristianos evangélicos, muy relacionado con el apego que tienen los migrantes hacia lo religioso durante su camino y aun después de llegados y, por último, la potencialidad de la música como elemento unificador de culturas.

Acoso sonoro en los centros de detención del sur de Estados Unidos

Como dije al principio del capítulo, este apartado pretende recrear, a través de los recuerdos sonoros y sensoriales, la experiencia de los migrantes que pasaron meses dentro de los centros de detención y quienes compartieron su testimonio una vez que fueron puestos en libertad gracias a asociaciones como Casa Marianella y Raíces.

La ley de Inmigración de Estados Unidos estipula como un delito menor el hecho de que alguien cruce a frontera ilegalmente en cualquiera de sus posibilidades, es decir, cuando se atraviesa la frontera sin pasar un control fronterizo, escondido en un vehículo, a través de papeles falsos o usurpación identitaria; sin embargo, las personas siguen cruzando con la intención de reunirse con familiares, emprender una nueva vida, o bien, escapando de la persecución de su país. En años anteriores era muy frecuente que las personas lograran cruzar sin ser descubiertos y mantener así una identidad oculta de “indocumentados”, pero recientemente ha incrementado el número de agentes migratorios en la frontera con México y, paralelamente, el número de personas que planean incorporarse a la vida de los Estados, lo que ha aumentado el número de personas detenidas y de deportados. Incluso, hay un cambio en la estrategia de cruce ya que muchas personas desplazadas hacia el norte saben que apenas cruzar la frontera pueden “entregarse” a las autoridades migratorias con el propósito de iniciar un proceso jurídico para regularizar, eventualmente, su situación. Para que esto suceda tendrán que pasar un periodo indeterminado dentro de algún centro de detención y deportación del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (U.S. Immigration and Customs Enforcement, ICE). Desde su página oficial, esta oficina gubernamental, plantea que su misión es:

identificar, arrestar y remover a extranjeros que representan una amenaza a la seguridad nacional o un riesgo a la seguridad pública, así como aquellos que entran a Estados Unidos de manera ilegal o que de otra manera perjudican la integridad de nuestras leyes de inmigración y de control de fronteras. (ICE, 2017)

No obstante, las formas en que los *perjudicadores* serán arrestados y removidos no se explicitan y este punto de encuentro entre ellos y las autoridades es sobre lo que versa este apartado. Apenas en la ribera del Río Bravo, del lado estadounidense, los migrantes que se entregan por voluntad propia, o aquellos que son detenidos en intento de escapar, son esposados en pies y manos, además de recibir insultos constantemente. Como decía en la sección del cruce de la frontera entre ambos países, en el capítulo anterior, matices tonales en la voz de los agentes migratorios son suficientes para que los recién llegados perciban la sensación de rechazo y abuso sobre su integridad física y emocional. Muchos de los colaboradores asocian la detención y las formas en las que fueron detenidos como un castigo, ya que, si bien es cierto que muchos de ellos sabían que era posible que el arresto ocurriera, las inesperadas esposas (o *shakiras*, otra forma usual de referirse a este artefacto) en los miembros, frenando su movilidad, los hacen sentir culpables y es en este punto donde se sienten más criminalizados.

Así como los albergues son comunes en México, los centros de detención son frecuentes en varios condados de Estados Unidos, razón por la cual suele resultar complicado rastrear a una persona. Quienes compartieron su testimonio conmigo fueron transferidas varias veces de un centro a otro y coinciden en que el más temido es el de Eagle Pass, en palabras de Cheli, de quien hablaré en el siguiente capítulo, ahí “se ve el sufrimiento de los humanos, lo tratan a uno como basura”. Ella y Sara estuvieron detenidas ahí durante dos semanas, recuerdan que “todo era gritos” para ellas, además de este trato directo, era frecuente escuchar sirenas y helicópteros rondar a todas horas: “es horrible, uno se trauma, se frustra de estar ahí”.

De los testimonios, resalta de nuevo la experiencia corporal que tienen que enfrentar y que ponen en debate los lineamientos respecto a los derechos humanos por parte de los agentes de migración que ejecutan acciones, como la prohibición de asearse o cambiarse la ropa mojada con la que se cruzó el río y a permanecer así expuestos a las bajas temperaturas características de esos espacios. Este hecho fue ampliamente documentado por la prensa e, incluso denunciado por la Casa Blanca a través del grupo de periodistas verificados para compartir información a los medios. En el documento, se brinda información sobre el *hedor* ocasionado por las críticas condiciones sanitarias (Pardo, 13 de julio, 2019), las cuales obedecen a una ausencia de elementos básicos de higiene personal, como cepillos y pasta dentales, jabón (Valencia, E. Schoichet, 21 de

junio de 2019), ropa limpia, además de la prohibición de bañarse por hasta dos semanas.

La experiencia de estar detenido, que es decir una restricción a la libertad y muchas veces una anulación del sujeto, tiene mucho de sonoro. Como señalé al principio de este capítulo, extendiendo el concepto de sonósfera en cuanto la sonoridad compartida en un espacio y que, por tanto, se presta a significaciones particulares dentro de los centros de detención. En este contexto los protagonistas asocian sonidos con el acoso: no sólo los gritos de los *misses*, como ellos les llaman a los agentes migratorios, se hacen presentes, sino la constante repetición de las llaves en las rejas, que evitan algún momento de tranquilidad y que, según testimonios, lo consideran como tortura psicológica por interrumpir un descanso continuo. Estos índices sonoros tienen además otras connotaciones, pues algunas de estas llamadas son para que los migrantes recojan el burrito frío, el cual muchas veces comienza a descomponerse, pero que al mismo tiempo constituía la base de su dieta durante el encierro. De nuevo, se presenta la repetición y la vibración de objetos que resuenan en el cuerpo de los migrantes sin que ellos tengan opción de no escucharla.

Es usual que una persona detenida sea trasladada sin previo aviso a otro centro de detención, Sara y Cheli, por ejemplo, fueron transferidas a Valverde y finalmente a South Texas, en donde tuvieron la oportunidad de salir libres después de meses de encierro. Entre los testimonios de aquellos que habían pasado entre dos y seis meses detenidos, se repitieron algunas características sonoras revisadas en el tránsito, por ejemplo, la escucha divina, es decir, durante el confinamiento las conversaciones con sus dioses se hacen más frecuentes, sean estas plegarias o reclamos por la incompreensión de su situación actual, que poco tiene que ver con la divinidad.

Anteriormente mencioné la socialización a distancia concretada una vez logrado el objetivo de cruzar. Sucede que este tipo de socialización tiene especificidades dentro de los centros, en primer lugar, las llamadas telefónicas dependen de la disposición de los agentes, además de que siempre están vigiladas y, por tanto, pueden ser cortadas sin previo aviso. Además, el uso de este tipo de comunicación tecnológica adquiere nuevos matices desde los centros de detención porque no sólo facilita a los migrantes dar señales de vida a sus familiares, sino que también es el medio por el cual ellos hablan con sus abogados u otras instituciones

(como Casa Marianella o Raíces) y de esta comunicación depende su estancia en el país o bien, su deportación.

Durante el capítulo siguiente y a través de dos viñetas etnográficas, exploro las formas en las que el tránsito atraviesa negativamente a los sujetos de forma que puede enmudecerlos, con una pretensión de olvido de eventos significativamente traumáticos y cuya sanación es posible a través del testimonio.

CAPÍTULO IV. SILENCIO, TRAUMA Y TESTIMONIO

*Le tengo rabia al silencio
por lo mucho que perdí.
Que no se quede callado
quien quiera vivir feliz.
Un día monté a caballo
y en la selva me metí
y sentí que un gran silencio
crecía dentro de mí.
Hay silencio en mi guitarra
cuando canto el garabí
y lo mejor de mi canto
se queda dentro de mí.*

Atahualpa Yupanqui (Citado en Ramírez, 2014)

Los silencios del tránsito

Hasta el momento he enunciado las sonoridades más significativas para los migrantes durante su viaje y las afectividades con las que las relacionan desde el presente, enunciadas a través de testimonios en grupos focales y entrevistas focalizadas, así como la representación en mapas de sus trayectorias migrantes. Si es verdad que desde el principio mi tesis estuvo enfocada en la sonoridad del tránsito, lo cual se refleja teórica y metodológicamente, durante el trabajo de campo percibí que había otro elemento importante que también formaba parte de la escucha de los migrantes. Se trata del silencio en su testimonio que descansan en los albergues, en especial de aquellos cuya experiencia en el camino había estado marcada por eventos traumáticos en el que han resultado lastimados corporalmente y quienes habían negado la posibilidad de volver a aquel momento a través de la memoria y la palabra, cargando consigo recuerdos que los agobiaban. Esto me hizo cuestionarme la naturaleza del o los silencios. Cage (1961) asegura que el silencio absoluto es imposible, pues, incluso bajo circunstancias manipuladas para aislar el sonido, como las cámaras anecoicas, el ruido interno del cuerpo haría su aparición. Esta reflexión apunta a que el silencio entonces es un acto,

una invitación a escuchar, ya sea los sonidos del mundo, de nuestro cuerpo o de nuestra mente. La sonoridad del mundo no puede comprenderse sin el silencio, no porque sean binomios oponentes, sino complementarios de una serie de significados que atrapan la totalidad del mundo de vida del sujeto, es decir, el silencio es un acto en el que se puede decir sin decir, lo que implica que está dotado de significado. Ya Le Breton adelantaba que “el silencio es un sentimiento, una forma significativa, no el contrapunto de la sonoridad imperante” (2006 p. 10). Aunque debo recordar que el propósito de este capítulo es revisar la relación entre silencio y testimonio, me gustaría comenzar exponiendo, someramente, distintos tipos de silencio identificados en el ámbito de la migración en tránsito por México, que clasifíco en la tabla 2, con sus correspondientes características y que relaciono con su naturaleza subjetiva o intersubjetiva. Las dos últimas columnas refieren a la interacción de los transmigrantes con los actores involucrados en su camino y a su capacidad de acción frente a las acciones de éstos. Por ejemplo, en el llamado Silencio estructural, en el que los viajeros están supeditados a los tiempos institucionales, a pesar de ser una modalidad intersubjetiva en tanto supone una interacción de más de una persona, la agencia del migrante es casi nula, viéndose obligado a esperar.

Tabla 3. Tipificación del silencio en el tránsito centroamericano.

| Tipo de silencio | Características generales | Subjetivo/ intersubjetivo | Agencia del migrante |
|--|---|----------------------------------|-----------------------------|
| Silencio como acto de escucha | Sucede en el tránsito y es la clave para lograr el plan de viaje y sobrevivirlo. | Subjetivo | -/+ |
| Silencio estructural | <ul style="list-style-type: none"> Las políticas trinacionales que no consideran la perspectiva del migrante para sus aplicaciones. Los medios y la sociedad civil: no se habla de la migración centroamericana o bien, cuando el discurso no es el de los protagonistas sino de interpretaciones mediáticas. | Intersubjetivo | - |
| Silencio burocrático | Las instituciones que retrasan o ignoran las peticiones de asilo o refugio y que sitúan al migrante en una posición de pausa y espera. | Intersubjetivo | - |
| Silencio en la comunicación con los familiares | Intencionalmente, se anula la comunicación en el tránsito y se retrasa hasta que se logró el plan de viaje. | Intersubjetivo | + |
| | Definitivo, en situaciones de secuestro, fallecimiento o desaparición. | Intersubjetivo | - |
| Silencio en el destino | Desconocimiento de los códigos lingüísticos de la cultura destino. | Subjetivo | -/+ |
| Silencio en los albergues | Se presenta como respuesta de protección al equilibrio emocional del migrante, puede ser también que éste se encuentre enfermo, cansado, o medicado. | Subjetivo | + |
| Silencio en el testimonio | Asociado a situaciones de vulnerabilidad. Tiene otros desdoblamientos: (balbuceos, voz entrecortada, tartamudeos...) Se rompe a través de la enunciación de un evento traumático. | Subjetivo | + |

Aunque la naturaleza de cada uno de estos silencios no es idéntica, se puede decir que están estrechamente relacionados. El primero de ellos corresponde a escuchar desde el silencio, de prestar atención al entorno para sobrevivirlo. Es importante recordar que es precisamente este silenciamiento voluntario el que les permite pasar desapercibidos y evitar así circunstancias de vulnerabilidad y riesgo, ya por autoridades migratorias como por miembros de la sociedad civil:

En respuesta a los significados relacionados con la discriminación, con las violencias vividas, con las pérdidas múltiples sufridas, el silencio emerge en los afectados por el desplazamiento como una respuesta con la que intentan protegerse de las amenazas, de la estigmatización y del dolor. En sus lugares de origen aprendieron que callar les permitía pasar desapercibidos y protegerse de las amenazas violentas; en la ciudad evidencian que no contar su historia, no nombrarse como desplazados les posibilita protegerse del rechazo, de la estigmatización y empezar a recuperar el control de su intimidad y su vida (Díaz, Molina y Marín 2014, pp.18-19).

El segundo tipo de silencio es el estructural y no es ejecutado por los migrantes, sino que es ejercido sobre ellos al ignorar sus múltiples necesidades y perspectivas y aplicar políticas trinacionales migratorias que los atraviesan, la mayoría de las veces perjudicándolos; en esta categoría está también el silenciamiento mediático y el de la sociedad civil, respecto a los primeros hay que decir que pocas veces son los migrantes quienes alzan la voz en medios de comunicación masivos, sino que siempre están mediados por periodistas, locutores y otros profesionales del campo quienes hablan de ellos desde su propia mirada, en la que se acentúan los prejuicios y cuya información está fuera de contexto o recortada para hacer parecer precisamente lo que favorece a las empresas de medios y no a lo que realmente fue. Como es de suponerse, estos mensajes afectan a los receptores de la sociedad civil. Si bien es cierto que algunos actores apoyan a los albergues a través de donaciones y desde aspectos éticos, hay un sector importante, al menos en México, que, bajo una lógica del “si no lo nombro no existe” desacredita con conocimiento de causa que el fenómeno migratorio es real y que afecta no sólo a sus protagonistas, sino a la población que a su alrededor se desarrolla. Otro silencio muy relacionado a estos mensajes es el que he llamado burocrático haciendo referencia a la ineficacia de algunas instituciones y autoridades migratorias, tanto en Honduras, México y Estados Unidos, que ignoran o ralentizan los procesos en los cuales los migrantes solicitan asilo o refugio, posicionándolos así en una pausa larga, un silencio que puede durar meses, lapsos durante los que los centroamericanos dependen de sus redes de apoyo y de ayuda de albergues.

En otra parte de esta tesis mencionaba la importancia de la socialización a distancia efectuada a partir de tecnologías de comunicación y que llevan un costo monetario el cual, aunque mínimo, muchas veces es impagable debido a las restricciones y discriminación laborales de las que son sujetos por su nacionalidad y por su condición migratoria. En este sentido, ocurre que, en ocasiones, por decisión propia, los transmigrantes cancelan momentáneamente ese diálogo porque las mismas condiciones de “arrinconamiento” social afectan su autopercepción y no se sienten dignos de hablar con sus seres queridos, o bien, porque planean hacerlo hasta que el objetivo de viaje se haya completado. Este tipo de silencio tiene otra vertiente fatal en la que, en casos de secuestro, fallecimiento o desaparición se anula de facto, pues es imposible que se comuniquen; sin embargo, esta ausencia es el indicador de que algo ha sucedido y entonces, los familiares emprenderán o no, la búsqueda de su migrante, como se revisó en el capítulo anterior cuando la caravana de madres en búsqueda de sus hijos migrantes desaparecidos emprendió el camino hacia el norte con el propósito de evidenciar su falta.

También en el capítulo anterior, cuando hablaba del plurilingüismo presente en Casa Marianella, señalaba las habilidades lingüísticas de los migrantes, desarrolladas durante su camino, sin embargo, apenas cruzar la frontera con Estados Unidos, se enfrentan a una cultura distinta en la cual dependen en gran parte del aprendizaje del inglés, proceso que no es inmediato incluso en circunstancias benévolas y que se dificulta aún más cuando se anteponen prioridades económicas y temporales. Tanto en CM como en CDMS ocurre un tipo de silenciamiento particular y responde muchas veces al aislamiento de algunas personas que deciden apartarse para no hablar, como una especie de protección a su intimidad y a los procesos atravesados durante su travesía. Entre estas posibilidades, es frecuente que el propio personal de estas instituciones de apoyo provee a los migrantes que han hecho evidente sus afecciones de medicamentos, como tranquilizantes y ansiolíticos, mismos que los mantienen en un letargo constante.

Exponer los desdoblamientos del silencio relacionados con el tránsito y sus posibles significaciones nos llevaría un estudio entero. Por cuestiones de espacio, aquí tengo sólo la intención de poner en perspectiva un tipo específico de silencio, resultado de experiencias violentas durante el tránsito, mismas que se han convertido en traumas y han dejado su marca, e incluso, transformado, a quienes las experimentan, como

evidencias del costo a pagar por un importante sector de esta población, que se desdibuja o se disuelve con la generalización de la expresión “los abusos que sufren los migrantes”. En el afán de explicar la complejidad de este silencio relacionado con el trauma, es necesario comenzar a dilucidar qué entiendo por testimonio.

Romper con el silencio

Nunca es fácil hablar sobre aquello que duele. El testimonio es una forma de romper con el silencio que nos ha cubierto debido a experiencias vergonzosas, lastimosas, todavía más si éstas han dejado cicatrices en el cuerpo, como un vestigio de nuestro destino en la frontera del individuo con el mundo. De hecho, la raíz etimológica de trauma (τραῦμα) refiere a una *herida*, en medicina, a una lesión corporal y en psiquiatría a un acontecimiento que provoca un choque emocional, una *impresión* negativa del mundo, que suele tener un efecto duradero en el inconsciente (DRAE 2019, DEM 2019). El trauma vendría a ser entonces una versión de la interrupción de la experiencia, un uso nuevo para el acervo del conocimiento, en términos de Schutz (2003, p. 124), pero rodeado de vulnerabilidad y violencia que provocan un accidente con el mundo, que se imprime en el cuerpo y en la psique, es decir, en la subjetividad.

En su sentido más básico, el testimonio es la prueba discursiva de un acontecimiento presenciado y por ello su importancia recae en la validación de un evento específico. Es un relato a través del cual se materializa una reflexión consciente sobre experiencias pasadas; aunque es preciso reconocer que no se trata de una correspondencia transparente entre lo que se dice y lo que sucedió, entendiendo que mecanismos de negación, olvido u omisiones también conforman el flujo de la conciencia y de su comunicación (Jimeno 2012 p. 180). Sin embargo, es acaso más válido porque las significaciones ya han sido filtradas a través de la memoria y lo que se verbaliza en el discurso es entonces una reconfiguración de sentido: “No es una verdad absoluta, no la verdad de ‘cómo es el mundo’, algo que el observador participante tampoco es capaz de lograr, por cierto, sino la verdad parcial y situada de ‘cómo es para él’” (Veena Das en Daughtry 2015, sección *Testimony*, párr.2) en ese momento.

En términos etnográficos, se trata de una subcategoría de la entrevista en tanto está estructurada con propósito de obtener información que adquiere su carácter

testimonial cuando “está marcada por la solemnidad que se acumula alrededor de vulnerabilidad, violencia y pérdida.” (Daughtry 2015, sección *Testimony*, párr.1). Para este autor, la fuerza de un testimonio recae en que tiene como tópico esencial experiencias terribles o injusticias presenciadas; aquí hay que decir que no todos los testimonios traumáticos recopilados en mi trabajo de campo se relacionan directamente con el viaje, sino que apelan a otros eventos dolorosos vinculados con afectividades personales acontecidas antes de emprender el trayecto, que pueden constituir, en sí mismas, motivos para la propia migración. El tipo de testimonio del que me interesa hablar es aquel cuyo evento referencial sucedió durante el camino para dar cuenta de las consecuencias de los riesgos que he caracterizado en capítulos anteriores. No he pasado por alto el entendimiento de que, para muchos autores, como Daughtry (2015, sección *Testimony*, párr.1), el testimonio es siempre una narrativa vocal, sin embargo, durante el trabajo de campo recopilé otros tipos de evidencia, planeados con anterioridad, como los mapas en los que hay registro de ese aura violento que formaba parte de su tránsito. Es por eso que, en conjunto con las entrevistas individuales y los grupos focales, me he permitido considerar a estas otras herramientas también como testimoniales.

Expongo toda esta reflexión sobre trauma, silencio y testimonio a partir de dos casos, el de Jorge y el de Cheli, con la intención de recuperar la relevancia de estas herramientas como pasos a un acercamiento más profundo *hacia* y *como* parte del testimonio, en la consideración de que estos migrantes guardan un trauma, en la connotación corporal y psíquica, además de que expresaron su experiencia a través de las tres herramientas mencionadas.

Hablar sobre esos episodios de vida es volver sobre nuestros pasos, en la búsqueda de encontrarles algún sentido, de denunciar, de decir que se estuvo ahí, y que quizá se hubiera preferido no haber estado. En mi experiencia etnográfica con los migrantes, me di cuenta de que prestar atención a sus historias, pacientemente, incluso antes de ser verbalizadas es un elemento de dignificación, incluso si al principio se niegan o se omiten acontecimientos traumáticos. Así sucedió en especial con Jorge y con Cheli, colaboradores de esta investigación quienes compartieron su testimonio sobre experiencias acontecidas durante su camino. La historia de Jorge, presentada a detalle en el capítulo II (ver páginas 77-81), es, además de muy ilustrativa en tanto a los índices sonoros que acompañaron su tránsito, representativa en tanto a que la

experiencia de abuso sexual ocurrida arriba de un vagón de La Bestia, tomado por el silencio del viento, guía subjetiva de su vida y camino, provocó daños severos en su cuerpo, disfrazadas con hemorroides, y que, aunado a la tortura sufrida por autoridades migratorias mexicanas, provocaron en él no sólo un mutismo, sino la cancelación de cualquier contacto corporal con otros, al menos durante su estancia en la Casa del Migrante de Saltillo.

Jorge, el testimonio

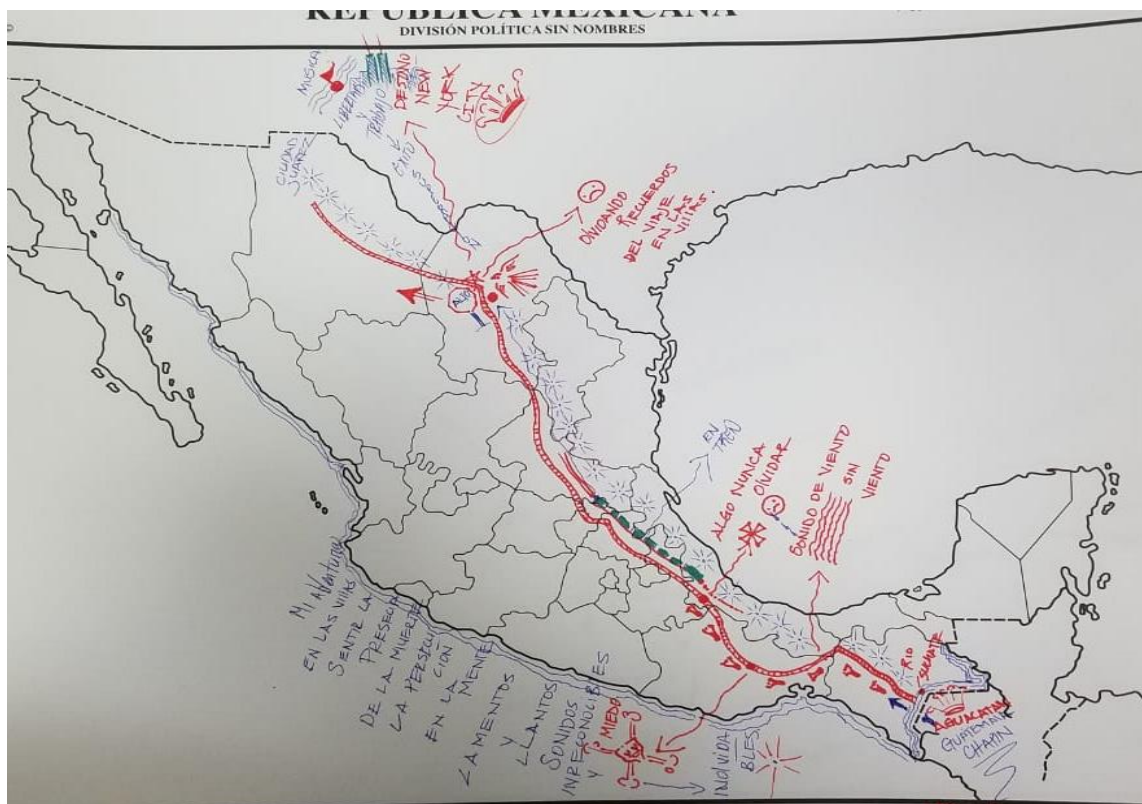
Las circunstancias espacio temporales compartidas con Jorge durante mi permanencia en aquella casa me permitieron ver la transformación de su personalidad durante tres meses cruciales para él. La relación entre ambos no fue tan cercana sino hasta que regresó, recién salido del hospital, por las agresiones sufridas y las cuales comprometieron su estado de salud, ya de por sí vulnerable. Durante la primera etapa de su estancia Jorge era una persona discreta, compartiendo su tiempo apenas con un amigo, tenía un aire rebelde y, en ocasiones, se permitía hacer bromas y compartir su conocimiento sobre las distintas lenguas de las que tenía conocimiento. No fue una sorpresa saber que se había tomado la decisión de expulsarlo por el uso de psicotrópicos dentro de aquellas instalaciones, pero sí que lo fue cuando regresó semanas después. Además de tener el rostro claramente lastimado con golpes, Jorge se recluyó en los rincones de la casa, completamente solitario, decaído y apenas pronunciando palabras, buscando diligencias como el reciclaje, usualmente realizadas en lo individual. Su situación resaltaba además porque, debido a su delicada situación de salud, era el único que llevaba una dieta particular de entre todos los demás. Incluso, durante “las ruedas” en las que se preparaban a los migrantes para las actividades cotidianas, la búsqueda de Jorge por un espacio vital, distanciado de todos, se ponía en relieve. Un aire secreto lo rodeaba, aunque sus compañeros desconocían los motivos que lo apartaban:

En el límite del secreto, algo que todo el mundo conoce puede ser voluntariamente omitido, a causa del dolor que podría reavivar su recuerdo [...]. Una consigna de silencio borra de un golpe desafiado una parte de la historia común para conjurar un sufrimiento que, de no ser así, estaría gravitando sobre el conjunto de las relaciones sociales. Aquellos que la conocen no dejan de contribuir con sus pensamientos o sus acciones al imperativo de ocultarla. La abolición del suceso nace de la imposibilidad de intentar hablar de él a causa del dolor, siempre a flor de piel, que aviva. Es como si su recuerdo por medio de las palabras aumentase el riesgo de su repetición real. Desde el momento en que existe el drama la intención es reducirlo al silencio, arrinconarlo en la punta más lejano de la memoria con la esperanza de que el tiempo vaya aliviando la quemadura (Le Breton 2006, p. 95).

Es preciso decir que yo sabía de su historia antes de que me la contara debido a mi papel como voluntaria, misma que requería del conocimiento de quién entraba y salía de la casa, así como las razones de acceso o expulsión para corresponder a las necesidades específicas humanitarias de una población en general vulnerable. Por eso me causó tanta sorpresa e impotencia el hecho de que decidiera participar en el grupo focal. Sorpresa, porque habiendo anunciado que el taller trataba sobre las experiencias del tránsito y sabiendo por fuentes de segunda mano lo que había pasado con él, me pareció extraordinario que quisiera formar parte de aquella expresión grupal. Impotencia, porque, al saberlo, no me sentí suficientemente capacitada para atravesar junto con él y frente al auditorio que representaban sus compañeros, la acumulación de aquellos acontecimientos traumáticos, como el abuso y la tortura. Durante el grupo focal, Jorge estuvo atento y callado, el ejercicio del mapa lo atendió concentrado, con pluma y plumón rojo en mano, y así se mantuvo hasta que terminó la sesión. Dado que la mayoría de sus compañeros habló, le invité a comentar su mapa, petición que negó, sin enunciar nada, con la cabeza. Este tipo de negativa comunicacional, suscrita en la participación del mundo simbólico de la palabra, es una especie de garantía que excluye el sufrimiento y la susceptibilidad, en el ámbito social, de hacerle daño (Le Breton 2006 p. 79). En un nivel más subjetivo, este silencio se puede interpretar como lo inenarrable, lo que se oculta está significado como aquello que no puede sanarse y que, estancado en la memoria, provoca “afectos dolorosos” (Díaz *et al.* 2014, p. 19) e impide la creación de la experiencia discursiva (Pollack 2006, p. 53).

Más tarde, cuando pude revisar con calma cada uno de los ejercicios, me percaté de las intenciones estéticas y de las inscripciones en la representación cartográfica de su tránsito, del lado izquierdo:

“Mi aventura
en las villas (vías).
Sentir la
presencia
de la muerte,
la persecución
en la
mente.
Lamentos y llantos.
Sonidos
irreconocibles,
inolvidables”



Mapa 4. El tránsito de Jorge S. Grupo focal 2, Saltillo, Coahuila, 2019.

Lo anterior puede interpretarse como una enunciación poética, trágica, de su experiencia: un reconocimiento del sentimiento de la muerte como algo que lo atormenta. Escribe dos sonidos asociados a la tristeza, los lamentos y los llantos, para sugerir que hay otros que le resultaron desconocidos y otros que no puede olvidar. La intención del olvido es algo que se refuerza con las inscripciones del lado derecho, con rojo: “Algo nunca olvidar, sonido del viento sin viento”, “Olvidando recuerdos del viaje en las villas”. Le Breton piensa que antes de romper el silencio, hay un estadio de mutismo cuyas grietas comienzan a abrirse con la pretensión de olvido:

La voluntad de dar testimonio del horror suele ir paralela al mutismo, por la impotencia del lenguaje para dar cuenta de una monstruosidad que ha asolado la existencia y desbordado la capacidad expresiva de las palabras. Una experiencia de lo indecible que, a pesar de todo, hay que intentar contar para conjurar el olvido, en la esperanza de que en el futuro no se vuelvan a repetir situaciones parecidas (Le Breton 2006, p. 83)

Incluso si yo no hubiera tenido noticia previa de su condición, el más mínimo análisis de la información que depositó en su mapa, es evidencia de que hay un hecho negado

y un propósito de olvidar la experiencia en las vías. Pienso entonces que la representación cartográfica es una herramienta que no sólo “prepara” la relación para futuras entrevistas, sino que, en muchos casos, puede leerse como un testimonio en sí mismo, sobre todo si se considera el mutismo que suele acompañar a las personas atravesadas por experiencias traumáticas y que las incapacita para el habla. En el caso de Jorge sirvió para ambas cosas, pues, al día siguiente del grupo focal me acerqué a él para agradecer el esfuerzo con el que había compartido su sentir sobre su tránsito, haciéndole saber que comprendía que no quisiera hablar, aunque, si cambiaba de opinión, contaba conmigo para escucharlo. Y así fue, en esa misma ocasión acordamos día y hora para su testimonio. Puesto que tuve la oportunidad de compartir los pormenores de la historia de Jorge en el capítulo anterior, aprovecho este momento para enfocarme más en el modo en que fueron dichas que en la sustancia.

La entrevista con Jorge se dio en un espacio privado, en lo que sería la sala de un departamento del edificio de ACNUR, donde nadie nos escuchaba más que nosotros mismos. Ya que el español no es su primera lengua, su forma de hablar ocurrió más bien suave y pausada, con las manos entrecruzadas y los hombros tensos. Antes de comenzar, le dije a Jorge que podría hablar y omitir a voluntad y lo invité a que comenzara contándome cómo era su vida en su país. Bajo esa lógica, Jorge comenzó a contar desde que era niño, situando ahí su primer choque emocional: el abandono de sus padres, conforme su relato avanzaba, se hacía evidente que antes de comenzar a hablar de las causas de salida necesitaba hablar de otros acontecimientos traumáticos, como la constante pérdida de cada uno de los miembros de su familia, episodios violentos que son descritos detalladamente durante su relato. El sentido cronológico de los testimonios es especialmente importante porque, dejar que los sujetos enuncien los eventos que a ellos les parecen importantes porque los agobian, permite al etnógrafo conocer que en casos como el de Jorge (y el de Cheli que veremos a continuación) no se trata con un único acontecimiento traumático, sino que puede haber otros, de mayor o menor intensidad, pero que sugieren una acumulación y continuidad del trauma, lo que Veena Das denomina “conocimiento envenenado” (2008, p. 217). Además, escuchar aquellos otros episodios importantes para los migrantes, ofrece un punto de referencia que permite contrastar los relatos del trayecto.

Durante la narración de episodios en los que salió bien librado frente a un obstáculo, principalmente en la primera parte de su recorrido hecho a pie, su discurso

es muy sensorial, es decir, se permite descripciones sobre los cambios de temperatura en su cuerpo, es consciente de su sobriedad en aquellos momentos, emplea onomatopeyas y gestos para describir el sonido del viento, del tren en movimiento o del machete que usó para matar a una serpiente e, incluso, reconoce el brillo de la luna como un indicador que le avisa de un peligro. En lo anterior, dos elementos resaltan: el primero de ellos es que el acto de caminar, de usar el cuerpo como transporte posibilita una sensorialidad mayor, la cual, en el caso de Jorge, se ancló amablemente en su memoria. El segundo punto es que estas licencias sensoriales en el discurso se cancelaron cuando relató el abuso sufrido arriba del tren, durante este episodio, fue breve y, aunque comparte los detalles del diálogo con sus agresores, no hay un registro sensorial evocado, evitando hablar de las sensaciones experimentadas en primera persona. Más bien, toda la atención pareciera volcarse en el escenario, descrito apocalípticamente: la oscuridad y el vacío en el campo, sonidos de coyotes y caballos relinchando.

De este relato de trauma hay que decir que, antes de enunciar la acción específica, hay un largo preludeo en el que ocurren algunas cosas muy interesantes. La primera es el desdoblamiento de sí mismo para regañarse: “¡Es que siempre, no sé por qué no hice caso del viento, si más corría ahí en ese lugar de Veracruz!”, “No debí haber tomado ese tren, debí haber seguido caminando. Adelante estaba *eso* que no puedo olvidar”, además de que en varias ocasiones se refería a él mismo, también en tercera persona, “Juan, el soñador”, como si se saliera de él mismo para reprobar las decisiones que tomó en el pasado. En segundo lugar, es que existe también un reclamo hacia el tren y hacia Dios por haberlo puesto en aquella escena:

Y ahí ya estaba cerca de *mi gran dolor* (pausa larga). Pasó *algo*. (Baluceos). Todas las veces que escucho el tren aquí, me preguntó ¿por qué no se apresuró ahí? Yo le pregunto a Dios (con la voz quebrada) ¿por qué puso *ese momento tan difícil en mi vida*, en el que iba a perder todo... mi sueño (pausa breve). (Continúa la narración en el pasado:) Veo al lado y veo unos encapuchados (silencio, suspiro), el tren va lento pues... ya vi lo que va a pasar (exhalación).

En los extractos anteriores quedan marcados (en cursivas) los momentos en los que Jorge evadió enunciar el evento, se trata de un discurso elíptico: *eso, algo, ahí, mi gran dolor*, a través del cual, incluso contándolo no se atraviesa aún, como si se pasara, con cierto alejamiento, por encima de él.

Este preludeo guarda información sobre la manera en la que Jorge está iniciando el proceso de integración del evento traumático en su vida: esta parte del relato, hecha

en voz baja, nunca es lineal, es decir, no hay un paradigma temporal en la memoria como pasado, presente y futuro, sino que viaja en la memoria por varios espacios temporales sólo con una breve pausa de por medio. La memoria y la experiencia mnemónica temporal se refieren a la copresencia de diversos tiempos envueltos en la memoria. Esta concepción *duracional* radica no en una sucesión sino en una coexistencia del pasado en el presente, una especie de actualización a partir de la experiencia pasada. De esta suerte, sólo pasados específicos coexisten en ocasiones presentes, esto se debe a la intensidad sensorial y el peso afectivo, voluntario o involuntario de las experiencias anteriores (Hamilakis 2017 p. 174). Jorge es consciente de que está en el mundo de ahora, como lo prueban los reproches y reclamos, los cuales, además, evidencian la búsqueda de sentido en la que todavía se encuentra. Sobre esta potencialidad del testimonio, hablaré hacia el final de este capítulo.

Cheli, la recuperación del sujeto

A Cheli la conocí pocas horas antes del primer grupo focal hecho en Casa Marianella (Austin, Texas). La tarde anterior, ella y otras tres mujeres transexuales habían llegado al albergue recién liberadas de un centro de detención en ese condado. Junto con ellas y una familia con la que compartían la nacionalidad hondureña iniciamos el grupo focal en forma de taller. Cheli fue la segunda persona en compartir con sus compañeros y conmigo la representación de su tránsito; además de explicar los sentimientos encontrados que le hacían sentir los sonidos de los autobuses mientras más se alejaba de su tierra (por un lado, nostalgia que trae consigo la conciencia del exilio, y por otro, el impulso de continuar el viaje precisamente porque avanzaba) expuso, puntualmente y mientras señalaba una cicatriz en su párpado izquierdo, que había “un evento, un accidente” del que no hablaría en público, aunque quizá después podría hablarlo en lo confidencial. Esa enunciación fue un indicador de que había una experiencia más profunda de la que había compartido ante el auditorio y que se negaba a salir a la luz “pública”. Al día siguiente le propuse a Cheli una conversación más íntima en la que me hablara con mayor detalle sobre su tránsito y, en general, de la historia de su vida.

Días después, en la fecha y el horario acordados, llegué a Casa Marianella y Cheli me esperaba ya. La entrevista sucedió al aire libre, en el patio de aquel albergue. Al igual que con Jorge, la invité a que me platicara cómo era su vida en Honduras y

por qué había salido antes de que comenzara a contarme sobre su tránsito. El ritmo discursivo de Cheli es muy veloz, elocuente e ingenioso en casi todo su testimonio, mismo que usó, en varias ocasiones, para denunciar las políticas de acoso y corrupción en Honduras, así como los métodos de acción dentro de algunos centros de detención del Sur de Texas, como Eagle Pass, en donde estuvo detenida por tres meses. De este caso quisiera destacar, primero, las circunstancias desde donde su testimonio fue enunciado. Después de todas las vicisitudes atravesadas, en ese momento Cheli estaba libre y en espera de una resolución definitiva sobre su regulación migratoria en Estados Unidos, lo que ayudó a la disposición para hablar sobre su experiencia, una vez en la libertad, con la lógica del *never again*, porque el tránsito se encontraba en el penúltimo punto: Casa Marianella. Acaso por esta razón su discurso tenía matices que apuntaban hacia su reconocimiento en esta “nueva vida”.

En la viñeta anterior mencionaba la importancia de escuchar sobre los otros acontecimientos que atravesaban a los migrantes, no sólo para poner en perspectiva el vinculado al tránsito, sino para dimensionar la condición acumulativa de eventos traumáticos. Durante la descripción de los centros de detención, Cheli enfatiza elementos corporales y sensoriales asociados con el trauma y la frustración de ser criminalizados y “aborrecidos”: la del encadenamiento corporal al que son sometidas las personas que se entregan a las autoridades migratorias apenas cruzan la frontera; la exposición del cuerpo *mojado* (en caso de haber pasado por el Río Bravo) a un ventilador gigante; el desprendimiento de los objetos de valor, incluso si éstos se reducen a una chamarra; las restricciones al mínimo aseo personal durante largos periodos capaces de transformar la textura de la piel; las deficiencias alimentarias; las ruidosas visitas de cada hora por los oficiales que rompían los ritmos naturales de descanso y vigilia y el sonido de los helicópteros que parecían vigilarlos desde el espacio aéreo. Estas acciones, bajo su interpretación, servirían como mecanismos de presión por parte del gobierno estadounidense para que los migrantes solicitaran su deportación voluntaria, y fueron denunciadas por ella, primero, como una necesidad de que el mundo conociera lo que dentro de esos centros acontece y, al mismo tiempo, como una validación de los hechos: “Así como te lo estoy diciendo yo, si le preguntas a una, tres o más personas, todos te van a decir lo mismo”, “Todo era gritos, por Dios, te lo juro, aquellas sirenas uuuu por todos lados, aquellos helicópteros, y al ver uno todo eso, se trauma, se frustra”. (Cheli, migrante hondureña, comunicación personal,

20 de octubre, 2019). Es verdad que mucho de su relato estuvo dirigido a las precarias condiciones dentro de los centros de detención, mismas que no corresponden a los estatutos de Derechos Humanos, puesto que esa figura no existe en la jurisdicción estadounidense. La necesidad de validación expuesta a partir del juramento corresponde a una característica del testimonio enunciada por Daughtry, cuya estructura “confiar pero verificar”, busca rescatar este tipo de relato “de las aguas llenas de rumores” o focalizarla con fines propagandísticos. (Daughtry 2015, sección *Testimony*, párr. 2).

Estas denuncias y detalladas descripciones sobre los centros de detención ocuparon gran parte del testimonio de Cheli, misma que, al reconocer que era ya “libre” y que tenía “toda una vida por delante” ahora que había logrado llegar a Estados Unidos, intentó cerrar la entrevista al considerar que había compartido su historia. Al darme cuenta de que durante su narración había omitido el acontecimiento que le había ocasionado la cicatriz, la invité a contarme “algo” más, lo que quisiera y que no había tenido oportunidad de compartir durante el relato. Con la rapidez que la caracteriza me respondió que sí, que quería hablar sobre la muerte de su padre, ocurrida durante su estancia en detención y de la que se había enterado apenas una noche antes de nuestro encuentro. Sobre este hecho hay que mencionar, en primer lugar, el silencio que decidió ejercer sobre la comunicación con su madre en Honduras, pues, en esta circunstancia de duelo, para Cheli no era suficiente consolar a su madre por teléfono, sino que era necesario algún tipo de compensación económica, misma que en ese momento no era viable. En segundo lugar y como he dicho antes, es indispensable considerar que la historia de los sujetos no está atravesada únicamente por un evento traumático y que estos muchas veces no suceden en el tránsito, pero que, sin duda, afectan la experiencia del que está viajando y sirven al etnógrafo como punto de referencia comparativa ante aquellos que sucedieron en el viaje.

En este sentido, la muerte de su padre señala una continuidad de los sucesos anteriores, percibidos también como traumáticos. Una vez que había terminado de contarme los pormenores del fallecimiento de su progenitor, continuando con su ritmo veloz y su elocuente discurso, al enunciar lo bien que se sentía al haber contado su historia, me atreví a ser más puntual en mis solicitudes y la invité a compartir conmigo la historia de la que no había querido hablar en el grupo focal. A partir de aquí comienza la narración del acontecimiento traumático, lo interpreto así porque hubo un cambio evidente no sólo en la disposición de compartir, sino incluso en la cadencia de su habla,

la cual, por un momento, en el inicio de su relato subjetivo, pareció tambalear. Cheli, después de una pausa breve, fue clara con su respuesta ante mi petición: “yo te había dicho que no quería acordarme de eso y por eso me salté ese punto, pero ya, vamos a hablar”. El extracto anterior fue el punto de quiebre de su silencio. Estaba a punto de romperlo. Pienso que, al menos en este caso, hay un contraste en el testimonio de denuncia de eventos traumáticos, identificables precisamente por los cambios de ritmo discursivos, así como los otros intervalos de silencios y otros tipos de indicadores que lo acompañan, como los carraspeos, las respiraciones profundas, los balbuceos, los tartamudeos, los desvíos, la elevación de los hombros, los gestos, las confesiones de otros eventos traumáticos para desviar la atención de aquel que más duele. El preámbulo de su discurso estuvo lleno de indicadores que ponían de manifiesto lo arduo que era para ella recuperar aquella experiencia pasada.

Eso me pas... (carraspeo, inhalación) bueno... a veces cuando me acuerdo, me, me, me, me da, no sé, bien horrible ¿verdad?, al darme cuenta de todo lo que pasé. Es un punto específico del que no quería acordarme, pero me acordé. Tengo que superarlo, ¿viste que no traje a cuenta lo de mi cicatriz?

Este no poder olvidar, presente en ambos testimonios, está asociado a aquellos eventos “que no pueden ser integrados simbólicamente”, es decir, aquellos que no pueden significarse en la vida de las personas y, por tanto, las afectaciones en su vida diaria están vigentes “como una huella sensible [...] que compromete las dimensiones afectivas, corporales, comportamentales y relacionales y que limitan los movimientos de duelo” (Díaz *et al.* 2014, p. 23).

La cicatriz a la que se refería Cheli sucedió a causa de una caída del tren en Saltillo. Estando arriba, en espera de que avanzara, alguien advirtió gritando que “migración” estaba cerca, ella fue de un lado al otro del vagón para verificar que no hubiera nadie alrededor y así poder descender y huir, sin embargo, al hacerlo se mareó y cayó de cabeza, chocando su rostro con las filosas piedras de las vías. Ocho horas después, cuando recobró la conciencia, estaba en un hospital con un parche, mismo con el que emprendió, apenas dos días después, de nuevo el viaje, aumentando los riesgos de infección y sus complicaciones. Al igual que en el caso de Jorge, el arrepentimiento y los reproches hacia ellos mismos, culpándose de los hechos que los agobian, se hacen presentes en este testimonio, en este caso asociados al reconocimiento de que ella sufría de vértigo hacia la velocidad y las alturas, razón por la cual, cuando viajaba sola, antes de ser encomendada al coyote, lo hacía en autobús: “mejor me hubiera venido yo sin

él en el bus y no tendría la cicatriz en mi cara”. Resalta también, en ambos casos, el deseo de olvidar “como una forma en la que creen poder hallar algo de tranquilidad, no recordar la experiencia violenta para poder salir adelante.” (Díaz *et al.* 2014, p. 19)

La relevancia que tuvo para ella aquel evento se explica por el vínculo con su coyote, quien la obligó a utilizar aquel medio de transporte para evitar encuentros con agentes de migración y a quien culpabiliza de lo sucedido. Este servicio particular de movilidad fue contratado por sus primas en Florida para asegurar que el viaje fuera seguro y rápido; ellas eran las que estaban financiándolo, o eso suponían, ya que el caminador obligaba a Cheli a pedir limosna y solicitar más dinero a sus contactos en Estados Unidos. Otro elemento importante en la historia de Cheli es la negación de su accidente con su familia, amigos y paisanos quienes explícitamente la han cuestionado al respecto: “yo no me he caído del tren”, responde con firmeza. Ella explica que lo hacía para evitar preocupaciones a su madre, aunque, considerando que en general hubo un rechazo inicial para hablar sobre el tema, podemos leer esta negación como un mecanismo de defensa: “La negación es una forma perversa y psíquicamente onerosa de defensa” (Le Breton 2006, p. 96). Una vez que expuso esta parte de su testimonio parecía como si hubiera atravesado el dolor a través de sus propias palabras:

Bueno, pues me siento mejor, eso era como un obstáculo que tenía en mi vida, pero me siento bien, porque siento que me desahogué, que perdí parte de mi miedo. Y me sirvió mucho haber platicado contigo, porque el punto específico que tocamos ahorita, fue lo de mi caída del tren. Ese fue mi punto más traumático, el que más retenía a no hablar, pero ahora que ya lo hablé, me siento con más ánimo. Ahora yo sé que si vuelvo a hablar de esto no tengo nada que ocultar. Me siento mejor, no es como las otras veces que yo contaba y me ponía a llorar, me ponía tan sentimental y hoy yo veo que lo tomé ¡pero como nunca! Hay una diferencia cuando uno tiene miedo y cuando uno rompe la barrera. Está con uno, pero digo yo, tengo que sobrepasarlo, y creo que ya está llegando al límite. No tengo miedo ya, como cuando tenía mi cicatriz que no quería verme al espejo, conforme iba pasando el tiempo y me miraba poquito. Y ahora que veo mi cicatriz... había pensado en un tatuaje, pero no, dije no, una sipota [muchacha] me dijo “aquí estás en Estados Unidos, hay cremas con las que se te va a borrar” (Cheli, migrante hondureña, comunicación personal, 20 de octubre, 2019).

A pesar de omitir información previamente anunciada, finalmente y por voluntad propia se hizo el recorrido en la memoria, lo que significó volver sobre sus pasos, perdonar, tratar de encontrar sentido a los accidentes, asumir y superar el hecho. Este momento ha sido llamado por Jimeno como la *recuperación del sujeto* (2008, p. 262) a través del testimonio de comunidades emocionales en contextos de violencia. Tanto Jimeno como Das (2008) sostienen la potencialidad terapéutica del testimonio, pues

brinda a los sobrevivientes una plataforma para hablar sobre su sufrimiento y denunciar injusticias sufridas o testificadas.

De esta suerte, esta forma de relato funciona en términos de intersubjetividad, una verdad manifestada en lo público para evitar que suceda de nuevo. Suscribo la idea de Das y Jimeno de que el testimonio puede ser terapéutico porque la narración de experiencias pasadas, quizá no exactamente como fueron, pero sí como fueron para nosotros, considerando las particularidades biográficas que brindan o anulan nuevas connotaciones, es una oportunidad para el sujeto para interpretar y resignificar los acontecimientos traumáticos, y esta reconstrucción del sentido ante una pérdida es fundamental en el proceso de duelo. En el contexto del Holocausto, Pollack sostiene una idea similar al respecto que todo testimonio:

Se pone de manifiesto, entonces, la dificultad de los deportados para mantener intacto su sentimiento de identidad, y también hasta qué punto en esas condiciones, todo testimonio sobre esa experiencia (de deportación) pone en juego no solamente la memoria, sino también una reflexión sobre sí. Es por esto que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa. Pero la gravedad de los problemas de identidad que ha podido provocar la deportación es justamente lo que, a menudo, impide a las víctimas dar cuenta de ella. El silencio deliberado, obstáculo para toda investigación tendiente a reconstruir la lógica de las adaptaciones sucesivas ante rupturas radicales en el desarrollo de una vida, es sin duda el indicador más sobresaliente del carácter doblemente límite de la experiencia concentracionaria: en el límite de lo posible, y por lo tanto, en límite de lo decible. No pueden así hablar de modo creíble sino aquellos que lo han sufrido, mientras que el esfuerzo por olvidar o no evocar públicamente puede ser una condición para superar ese pasado (Pollack, 2006, p. 55).

En este sentido, pienso que, si la pérdida fue el sujeto mismo e incluso más, si ésta ha dejado una huella corporal, la reflexión de los hechos se vuelve más subjetiva. De cualquier modo, la acción de verbalizar un sufrimiento es romper con el silencio como una necesidad de liberación de lo sufrido:

En cada hombre, la parte del silencio predomina sobre el fino hilo de palabras que acompaña la vida normal y sus relaciones con los demás. Hay algunas circunstancias que revelan un yacimiento insospechado dentro de uno mismo y que podría no haber salido nunca a la luz. La palabra entonces se libera y refleja el entusiasmo por el descubrimiento, la impaciencia ante el testimonio, la rebelión contra el orden de las cosas. [...] La palabra se desborda sin pérdida de tiempo, apenas soporta las pausas, y se descubre a sí misma metida en el calor de los debates y en el júbilo de su utilización. Es vivida como una celebración, como un descubrimiento, con la sensación de estar deshaciendo, a fuerza de entusiasmo, una especie de capa de plomo que hasta entonces nadie había denunciado, y que hace que la gente se pregunte ahora cómo ha podido vivir tanto tiempo asfixiada bajo su férula. En los momentos de efervescencia social, muchos

individuos descubren con gran agitación una voz, la suya o la de alguien próximo, que inicia la experiencia de algo inédito, y que puede ser oída y reconocida. (Le Breton 2006, p. 72)

¿Continuidad o ruptura traumática?

Una vez expuestas las posibilidades del silencio en este trabajo, me gustaría poner sobre la mesa la idea de que el testimonio no sólo es una herramienta para obtener información, sino un compromiso ético para atravesar con ellos el trauma, es decir, existe una responsabilidad profesional cuando se estudia con población vulnerable, sobre todo cuando, al tratar de conocer a los Otros, se escuchan memorias de violencia y trauma sin que muchas veces el etnógrafo esté capacitado para hacerlo y, aun así, teniendo que ofrecer contención y acompañamiento únicamente con sus recursos, los cuales no siempre son suficientes. Castillejo (2005) es uno de los autores que han reflexionado al respecto, en su caso con el apartheid africano, en donde gracias a las “fisuras del silencio”, frase con la que titula su artículo y a través de las cuales pudo darse cuenta de las implicaciones discursivas de comunicar el dolor. El autor considera el momento de enunciación como crucial no sólo para conocer el tema en cuestión, sino para problematizar cómo es que son las prácticas investigativas en torno a la construcción de conocimiento sobre lo traumático (Castillejo 2005, p. 40), considerando que muchas de estas prácticas causan más daño que beneficio en las comunidades (p. 44), colocándolas, quizá sin intención, en una posición de revictimización al solicitarles que revivan un pasado doloroso: “Ustedes nos dicen que olviden, pero si ustedes no dejan, la misma repetidera todo el tiempo C2, 5:29, citado en Díaz *et al.* 2014, p. 20).

Comparto la percepción de Castillejo cuando se pregunta si este interés, muchas veces originado en la academia, no es contraproducente para los propios procesos de sanación de la comunidad, quienes emplean el silencio o el olvido como forma de continuar con su vida después de un trauma que ha modificado su subjetividad (Pollack 2006, p. 55-60) y aún más, el riesgo de esencializar, con base en categorías que, en lo general, es el trabajo del antropólogo, las especificidades del dolor de cada uno de los miembros de ésta.

A pesar de que esta reflexión es más bien una pregunta abierta, cuya dificultad ética dependerá de las particularidades de cada investigación, Castillejo y Quiceno

(recuperado en Díaz *et al.* 2014, p. 24), han propuesto un posible camino para no convertir el conocimiento de episodios traumáticos en una forma sutil de “lucrar con el dolor ajeno”. La primera de estas alternativas se sitúa desde la metodología y postula que las condiciones interpersonales deben estar basadas en el respeto y la confianza, misma que dependerá de la profundidad y temporalidad de la relación entre los miembros de la comunidad y el investigador, evitando o disminuyendo así dinámicas de poder. Además, las herramientas metodológicas no deben ser lacerantes en el sentido de que busquen un camino directo a los episodios de dolor, sino que el camino para llegar a estas vivencias debe ser más suave. Así, pienso que la sonoridad es una de las formas más convenientes para conocer este tipo de eventos traumáticos sin comprometer la salud emocional del enunciador ni los motivos de investigación.

Ahora, hay que reconocer que, si bien muchas veces la relación entre el etnógrafo y la comunidad se termina poco después del encuentro testimonial, muchas heridas quedan abiertas y, ya que muchas veces es el etnógrafo el que insiste en abrirlas, lo más apropiado sería que existiera un compromiso en acompañar este duelo hasta cerrarlo, incluso si no somos nosotros quienes lo hacen directamente, se puede canalizar a las personas con especialistas o, en el peor de los casos, no perder la comunicación con las personas que compartieron sus historias. Es común que el propio investigador, desde el terreno académico, no tenga las pautas adecuadas para realizar esta ardua tarea y que, como en mi caso, estas herramientas de contención no sean provistas tampoco por la institución que apoya a los migrantes, hecho explicado sobre todo por la sobrecarga destinada a apoyar más las aflicciones inmediatas o más visibles corporalmente. En estos casos, entonces, la responsabilidad recae sobre el etnógrafo, quien tiene que echar mano de sus propios recursos. A título personal, por ejemplo, puedo decir que el tipo de contención que empleé en cada caso fue bien distinto y que el único común denominador fue la disposición de escuchar sus relatos con la menor directividad posible:

El experto en «extracción» de testimonios de alguna manera llena el vacío dejado por la falta de reconocimiento que muchos excombatientes y sobrevivientes sienten. Al fin de cuentas, no todos escriben ni lograron encontrar un espacio empático para hablar de su pasado (Castillejo 2005, p. 55).

O como señaló Cheli durante nuestra entrevista: “es bueno que nos escuchen, porque sólo nosotros sabemos cómo nos sentimos. Luego hay personas que apenas media hora y se aburren y se van”. Además, comprendiendo que mi interés por la sonoridad de sus

vivencias pasaba a segundo plano en algunos episodios de su vida, privilegiando el respeto por aquellos momentos en los que el dolor hacía su aparición más álgidamente durante el testimonio aunque, hacia el final de los encuentros testimoniales y una vez que ellos habían compartido su historia pude ser más específica sobre las preguntas en ese sentido. La ausencia de una preparación etnográfica para trabajar con poblaciones vulnerables se explica acaso no sólo desde la estructura, sino también porque en estos contextos cada persona es atravesada por distintos tipos de violencia, lo que haría imposible homogeneizar el modo de proceder. Por mi parte, esta variabilidad atendió al trauma y al tipo de *rapport* generado entre ellos y yo; en el caso de Jorge, por ejemplo, al comprender que era la primera vez que verbalizaba su experiencia, la contención que pude ofrecerle fue más una invitación a su propio reconocimiento, primero, por haber decidido hablar sobre el tema, atendiendo a que éste sería el primer paso para el proceso de sanación, mismo que le permitía situarse en el presente en un lugar donde estaba a salvo, y por otro lado, hacia la comprensión de que él no había tenido la culpa por lo sucedido y que esos hechos no lo definían. En cuanto a la culpa de Cheli también mi interacción fue parecida: recordarle que estaba ya en un lugar seguro y que no era responsable por tener vértigo, por haber aceptado viajar con un caminador o por la caída del tren. Una cosa particular en su caso es que yo misma compartí con ella un evento personal a manera de reciprocidad.

Para cerrar este apartado, considero que es fundamental que desde el principio los informantes sepan cuál será la finalidad de la información brindada y que, con conocimiento de causa, verbalicen la autorización para que ésta sea compartida con otras personas.

CONCLUSIONES

Acercarse a las personas migrantes a partir de la sensibilidad sonora ofrece una paleta sensorial llena de posibilidades en la que se pueden reconocer afectividades y, aún más, ambientes en los que estas emisiones son percibidas muchas veces desde condiciones de tensión e inseguridad, mismas que abonan a un cambio en la interpretación del riesgo. La migración centroamericana, especialmente la hondureña que atraviesa el corredor México-Estados Unidos, se relaciona con un incremento en las pausas, lo que provoca una movilidad más lenta y una mayor exposición a los peligros del camino, razón por la cual muchos viajeros recurren a la clandestinidad para lograr llegar a su destino y, muchas veces, pasar inadvertidos ante el acecho de múltiples actores involucrados en la industria de la migración y, así, sobrevivir. Estas situaciones límite provocan una tensión que desemboca en nuevas formas de percepción, en donde se restringe la expresión sensorial: entre menos percibidos sean, menos son los peligros que enfrentarán.

Es por eso que muchos migrantes con una situación migratoria no regulada (según las políticas que, irónicamente, dificultan que una documentación sea posible) encuentran en lo furtivo una manera de atravesar el trayecto. Pero no se trata de una anulación o cancelación sensorial, sino de una habilidad en la que los sentidos juegan un papel importantísimo para ser detectados o no por actores cuyos encuentros usualmente no son gratos. En el sentido auditivo, estudiado en esta tesis, las formas de escucha dependen del nivel de tensión en el que el sonido es percibido, usualmente en situaciones de acoso, persecución, secuestro o detención; además de las fuentes emisoras, posicionando al tren como una de las mayores amenazas y causantes de perjuicios sonoros directos, sobre todo cuando se está arriba de la máquina.

Muchos actores institucionales están involucrados en esta reinterpretación del riesgo, aunque, como traté de explicar en el capítulo II, otros nuevos han hecho su terrible aparición, como el crimen organizado, carteles de droga y trata de personas, empeorando así las condiciones de desplazamiento y vulnerando, en conjunto, la integridad de los migrantes. El hecho de que los viajeros posean en su acervo del conocimiento estas experiencias aurales problemáticas no indica que estén preparados para las situaciones propias del tránsito, sino que éstas son vivencias nuevas con

matices violentos distintos al de origen, además de ser inciertas y estar atravesadas por intereses de múltiples actores, y que podrá causar traumas.

Este trabajo ha intentado colaborar, aunque sea un poco, en el reconocimiento de que las sonoridades que conforman el camino de los transmigrantes dan cuenta de la inseguridad que tienen que experimentar al ser silenciados por estructuras políticas y trinacionales, contrarrestada apenas por las redes de apoyo de asociaciones, algunos miembros de la sociedad civil dispuestos a brindar una mano y un oído así como la resonancia de las palabras de seres queridos que los acompañan durante esta difícil travesía.

Es difícil hablar de conclusiones tratándose de un tema cuya naturaleza radica en lo fluido, esto no excluye la posibilidad de pensar algunas consideraciones finales entre las cuales me gustaría mencionar que, si bien esta tesis ha tratado de explorar las posibilidades aurales dentro de la industria de la migración, hace falta explorar lo que sucede entre la audición y los otros sentidos, lo anterior podría servir para profundizar en la idea de *experiencia multisensorial* y, con esto, profundizar más sobre las vivencias migratorias desde la sensibilidad de sus protagonistas, teniendo en consideración que esta multisensorialidad se construye desde el origen, marcada por una fuerte militarización, que es decir, un contexto bélico y represor. Lo anterior lleva consigo la responsabilidad ética del etnógrafo respecto al acompañamiento en procesos de trauma y duelo implícitas en la decisión de trabajar con comunidades con estas características.

Si entendemos la auralidad como un conjunto de valores que se performativizan en la escucha y que son determinantes en la significación de la dimensión sonora para el sujeto o el individuo, surgen cuestionamientos como ¿qué tipo de percepción sensorial se está gestando en Centroamérica? Cualquiera que sea la respuesta, conlleva la necesidad de comprender, a través de acercamientos profundos la cultura de origen, más allá de un mero contraste con la cultura desde la que se estudia.

En esta línea, resalta también la urgencia de hablar sobre enfermedades mentales, sobre todo de las que específicamente son consecuencia, como una especie de invención, de políticas trinacionales que afectan a gran parte de la población de un país. Sólo por mencionar un ejemplo, está la discriminación, percepción constante en los transmigrantes en varios momentos de su vida, aunque más enfatizados en el tránsito y la llegada a Estados Unidos, y cuyas dimensiones sensoriales, psicológicas y

traumáticas como consecuencia todavía no han sido prioridad de estudio o enmendación. Hay que prestar atención particular en los Estados que han germinado esta situación y en las instituciones que la ejercen, alevosamente, echando mano del silenciamiento y tergiversaciones de medios y miembros de la sociedad civil, quienes muchas veces reproducen estos ejercicios de poder sin que haya responsabilidad de ningún tipo.

Los caminos por andar en cuanto a la sensorialidad migrante son amplios y esta tesis se acercó a ella a través de las formas de escucha significadas en el tránsito cuya segmentación y clasificación no son en absoluto únicas y, en todo caso, es necesario considerar todas las demás aristas desde las cuales la experiencia aural puede ser estudiada en este contexto: *in situ*, por otras rutas, sólo en resguardo, particularmente en los centros de detención, etcétera, considerando, además que no todos los migrantes entran a casas de albergues, algunos tienen contactos o viajan más acomodados, pero hay otros que por evitar las restricciones prefieren hacerlo más clandestino aún y esas son otras distintas y desconocidas circunstancias.

Por otro lado, se pueden incorporar nuevas propuestas metodológicas, interseccionales y multisensoriales, para recuperar información sobre nuevas experiencias, por ejemplo, el caso de la contingencia sanitaria por Covid-19, que sin duda ha atravesado de maneras inconmensurables a la población migrante. A pesar de que algunas (si no la mayoría) de las casas de migrantes tanto en México como en Estados Unidos se cerraron, el flujo migratorio no se ha paralizado, sino que ha encontrado en la “cancelación de la movilidad” nuevas oportunidades con menos riesgos de ser detenidos y así lograr el propósito que los hace estar en el camino. Además, el hecho de que no haya albergues que les ofrezcan auxilio, supone que el tránsito sea más rápido en términos de movilidad y que sean sus propias redes de apoyo las que les brinden ayuda, sin olvidar el nuevo riesgo a la salud que implica estar transitando en las calles de un país ajeno, cuyos ciudadanos antes de la pandemia solían verlos ya como extranjeros contaminados de los que había que protegerse.

“Los abusos en contra del migrante” se ha vuelto una frase común que lentamente se vacía de significado y deja de lado las afectividades de quienes viajan en situaciones de desplazamiento. Este trabajo presta atención a las formas específicas en las que estas agresiones fueron experimentadas, enunciadas desde los únicos que pueden abundar en los detalles. De esta suerte, no se debe perder de vista en cómo

sucedan los hechos para revalorar la sensorialidad corporal, no sólo como una herramienta para acceder a lo íntimo del sujeto, sino bajo la comprensión de que es por medio de ésta que el sujeto se construye.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceves, J. (1998). La elaboración de historias de vida: una perspectiva. En J. Galindo Cáceres (coord.). *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. 243-252. México: AW Longman.
- Argueta R. M. (2018). Violencia en Honduras: causas y tipos. En *El Heraldo*. Recuperado en: <https://www.elheraldo.hn/opinion/columnas/1046647-469/violencia-en-honduras-causas-y-tipos>
- Arista, Lidia (23 de enero, 2020). El ‘muro mexicano’ disminuye la migración a Estados Unidos. En *Expansión*. Recuperado en: <https://politica.expansion.mx/mexico/2020/01/23/el-muro-mexicano-disminuye-la-migracion-a-estados-unidos>
- Ariza, J. (2003). *Las imágenes del sonido. Una lectura plurisensorial en el arte del siglo XX*. España. Universidad de Castilla.
- Armijo, N., Benítez Manaut, R., Hristoulas, A. (2009). Las “maras” y la seguridad del triángulo México-Estados Unidos-Centroamérica. En Barrachina, C. (coord.) *Democracias en transición en Honduras y Nicaragua*. México: Plaza y Valdés.
- Asakura, H. (2014). *Salir adelante. Experiencias emocionales por la maternidad a distancia*. México: CIESAS.
- Barthes, R. (1986). *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. España: Paidós.
- Benjamin, W. (2005). *Selected Writings Volume 2: Part 2 (1931–1934)*. En William Jennings W., Eiland H. & Smith G. Belknap Press of Harvard University Press.
- Bieletto Bueno, N. (2017). Noise, soundscape and heritage: sound cartographies and urban segregation in twenty first-century Mexico City. En *Journal of Urban Cultural Studies*, 182(4): 107-121.
- _____ (2018). De incultos y escandalosos: ruido y clasificación social en el México postrevolucionario. En *Resonancias* 22(43):161-178.
- Brooks, D. (13 de junio de 2019). Crisis migratoria: 3 factores que explican por qué se ha disparado el número de personas que llegan a la frontera sur de Estados Unidos. En *BBC News Mundo*. Recuperado en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-48614734>
- Cage, J. (1961). *Silence: Lectures and Writings*. EUA: Wellesley College. Digitalizado en: <https://archive.org/details/silencelecturesw1961cage/page/n17/mode/2up>
- Camacho, G. (2006). *El vuelo de la golondrina. Música y migración en la Huasteca. Ensayos sobre migración, música e identidad*. México: CONACULTA.
- Castillejo Cuellar, A. (2005). Las texturas del silencio: violencia, memoria y los límites del quehacer antropológico. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 9(1), pp.39-59.
- Castillo, M. A. y Toussaint, M. (2010). *Migraciones centroamericanas en el estado de Chiapas y sus impactos socioculturales*. México: Mirando al Sur, AECID, INM.
- Castro, Y. (2014). Migraciones a debate. Las cuestiones políticas en la época de los regímenes de terror. En *Revista Desacatos*, 46, 35-52.
- Chiapas la otra cara de la moneda. (20 de abril de 2010). *La arrocera toda una pesadilla para los migrantes*. Recuperado de:

- <http://chiapaslaotracara.blogspot.com/2010/04/la-arrocera-toda-una-pesadilla-para-los.html>
- Chornik, K. (2014). Música y tortura en centros de detención chilenos: Conversaciones con un ex agente de la policía secreta de Pinochet. En *Resonancias* 18(34), 111-126.
- Classen, C. (1997). Fundamentos de una antropología de los sentidos. En *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 153, 401-412.
- CNDH, IJ-UNAM (2018). *Los desafíos de la migración y los albergues como oasis. Encuesta Nacional de Migrantes en tránsito*. Recuperado de: <https://www.cndh.org.mx/sites/default/files/doc/Informes/Especiales/Informe-Especial-Desafios-migracion.pdf>
- Dada, C. (13 de julio de 2019). Un pato llamado Honduras. En *El país*. Recuperado de: https://elpais.com/internacional/2019/07/13/america/1562993182_470044.html
- Das, V. (2008). El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad. En A. Ortega Francisco (ed.) *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Daugtry, M. (2015). *Listen to war: sound, music, trauma and survival in wartime Iraq*. Reino Unido: Oxford University Press.
- De la Peña Martínez, L. (2012) Walter Benjamin y la arqueología del recuerdo: entre la memoria, los suelos y las inscripciones urbanas. En *Segundo Encuentro de Filosofía y Antropología* organizado por el Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social en octubre de 2012. Recuperado de: https://www.academia.edu/3105522/Walter_Benjamin_y_la_arqueolog%C3%ADa_del_reuerdo
- Díaz, Facio Lince, V. E., Molina Jaramillo, A. N., Marín Domínguez, M. A., (julio-diciembre 2014), Significados, silencios y olvidos asociados a la experiencia del desplazamiento forzado. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia* 6(2).
- Domínguez Ruiz, A. L. M. (2019). El oído: un sentido, múltiples escuchas. Presentación del dossier Modos de escucha. En Domínguez Ruiz, A. L. M. (ed). *Dossier: Modos de escucha. El oído pensante*, 7. Recuperado en <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/oidopensante>
- _____ (2015). El poder vinculante del sonido. La construcción de la identidad y la diferencia en el espacio sonoro. En *Alteridades* 25(50), 95-104. México: UAM-I.
- Durand, J. (16 de febrero de 2020). De la tolerancia compartida a tolerancia cero. En *La Jornada*. Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/2020/02/16/opinion/012a2pol>
- EFE Tegucigalpa, (23 de febrero de 2020). Casi 11.400 hondureños deportados en 2020 y 440 desaparecidos en viaje a EE.UU. Recuperado en: <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/casi-11-400-hondurenos-deportados-en-2020-y-440-desaparecidos-viaje-a-ee-uu/20000013-4180160>
- Embajada de Estados Unidos en Honduras (2016). *Honduras 2016 Informe Internacional sobre la Libertad Religiosa*. Recuperado de: <https://hn.usembassy.gov/es/honduras-2016-informe-internacional-sobre-la-libertad-religiosa/>

- Episcopado Mexicano (julio de 2019). *Estudio sobre las casas de migrantes católicas*. Conferencia recuperada de: <https://www.cem.org.mx/observatorio/1098-ESTUDIO-SOBRE-LAS-CASAS-DE-MIGRANTES-CAT%C3%93LICAS.html>
- Erlmann, V. (2004). But what of the ethnographic ear? Anthropology, sound, and the senses. En Erlmann V. (ed.) *Hearing cultures: Essays on sound, listening and modernity* 1-20. London: Bloomsbury Academic.
- Feld, S. (1997). Waterfalls of songs: An Acoustemology of Place Resounding in Bosavi, Papua New Guinea. En Feld, S. y H. Basso K. H. (eds.) *Senses of place*. 91-136. Santa Fe, NM: School of American Research Press.
- _____ (2015). Acoustemology. En Novak D. y Sakakeeny M. (eds.) *Keywords in sound*. EUA: Duke University.
- Forigua Rojas, E. (2006). Las nuevas guerras: un enfoque desde las estructuras organizacionales. En *Papel político* 2(1). 305-352. Bogotá. Recuperado de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-44092006000100010
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. En *Journal of Peace Research* 27(3), pp. 291-305.
- Gerard Forsey, M. (2010), Ethnography as participant listening. En *Ethnography* 11(4) 558-572.
- Guber, R. (2001). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Colombia: Norma.
- Guisenberg, E. (s/a). Subjetividad (notas para un diccionario). En *Revista Subjetividad Cultura*. Recuperado de: <http://subjetividadycultura.org.mx>
- Hamilakis, Y. (2015). Arqueología y sensorialidad. Hacia una ontología de efectos y flujos. En *Vestigios. Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica* 9(1) 31-53.
- _____ (2017). Sensorial Assemblages: Affect, Memory and Temporality in Assemblage Thinking. En *Cambridge Archaeological Journal* 27(1) 169-182.
- Hernández Le, R. (2012). La industria de la migración en el sistema migratorio México-Estados Unidos. En *Trace* 61. Recuperado en: <http://journals.openedition.org/trace/1147>
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Instituto Nacional de Migración (2020). Autorización de internación a territorio nacional por razones humanitarias. Trámites. Recuperado en: <https://www.gob.mx/tramites/ficha/autorizacion-de-internacion-a-territorio-nacional-por-razones-humanitarias/INM631>
- Inversión extranjera directa por 32 mil millones de dólares: SE. (18 de febrero de 2020). En *Regeneración*. Recuperado en: <https://regeneracion.mx/inversion-extranjera-directa-por-32-mil-millones-de-dolares-se/>
- Jimeno, M. (2008). Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. En A. Ortega Francisco (ed.) *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Colombia. Universidad Nacional de Colombia.
- Krause, R. (2018) “Historia del paisaje sonoro” Material del curso “Paisaje Sonoro: escucha, experiencia y cotidianeidad”, impartido en UAbierta, Universidad de Chile.

- Lavell, A. (2005). Desastres y Desarrollo: Hacia un entendimiento de las formas de construcción social de un desastre: El caso del Huracán Mitch en Centroamérica. En Fernández, A. (comp.). *Comarcas vulnerables: Riesgos y desastres naturales en Centroamérica y el Caribe*. Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales Buenos Aires. pp.11-44
- Le Breton, D. (2006). *El silencio*. Temes, A. (trad.) Argentina: Sequitur.
- Leroux, M. y Bardyn J-L. (1991). *Les Facteurs sonores du sentiment d'insecurité*. Francia: Escuela de arquitectura de Grenoble.
- López Recinos, V. (2013). Desarrollo, migración y seguridad: El caso de la migración hondureña hacia Estados Unidos. En *Migración y desarrollo* 11(21) 65-105. Recuperado en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-75992013000200004&lng=es&tlng=es.
- Lotman, I. (1996). *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Ediciones Cátedra. España.
- Lutowicz, A. (julio de 2012) Memoria sonora. Una herramienta para la construcción del relato de la experiencia concentracionaria en Argentina. En *Revista Sociedad y Equidad*, 4, 133-152. Recuperado en https://www.researchgate.net/publication/273028732_Memoria_sonora_una_herramienta_para_la_construccion_del_relato_de_la_experiencia_concentracionaria_en_Argentina)
- Marin, L. (2017). *La movilidad humana, tema ineludible para la Iglesia Católica. Una estructura en constante tensión entre el imperativo de la acogida y la extrema complejidad del mundo de los migrantes* (tesis doctoral). Universitat de Valencia. Recuperado en: <http://roderic.uv.es/handle/10550/59546>
- Martínez, G. Cobo S. y Narváez, J.C. (2015) Trazando rutas de la migración de tránsito irregular o no documentada por México. *Perf. Latinoam.* 23(45) 127-155. Recuperado en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0188-76532015000100006&lng=pt&nrm=iso
- Martínez, F. y Muñoz, A. (18 de enero de 2020). AMLO ofrece empleo a nueva caravana; no pasará, dijo la SRE. En *La Jornada*. Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/ultimas/politica/2020/01/18/amlo-ofrece-empleo-a-nueva-caravana-no-pasara-dijo-la-sre-1419.html>
- Médicos sin frontera (2020). *Sin salida. La crisis humanitaria de la población migrante y solicitante de asilo atrapada entre Estados Unidos, México y el Triángulo Norte de Centroamérica*. Recuperado de: <https://www.msf.es/sites/default/files/documents/informe-msf-mexico-sinsalida.pdf>
- Mendoza García, J. (2009). Dicho y no dicho: el silencio como material del olvido. En *POLIS* 5(2) 121-154.
- Morales Vega L. G. y Sanromán Aranda R. (2016). Derechos humanos y seguridad nacional en México. Programa Frontera Sur a cuatro años de la ley de migración. En *Anuario mexicano de Derecho Internacional* 16. Recuperado de: <https://revistas.juridicas.unam.mx/index.php/derechointernacional/article/view/529/789>

- Nevins, J. (31 de octubre de 2016). How US policy in Honduras set the stage for today's mass migration. En *The conversation. Academic rigor, journalistic flair*. Recuperado de <https://theconversation.com/how-us-policy-in-honduras-set-the-stage-for-todays-migration-65935>.
- Nodal. *Noticias de América Latina y el Caribe*. México amplía programa para otorgar visas de trabajo a migrantes centroamericanos. (24 de enero, 2019). Recuperado en: <https://www.nodal.am/2019/01/mexico-amplia-programa-para-otorgar-visas-de-trabajo-a-migrantes-centroamericanos/>
- Ochoa Gautier, A. M. (2014). *Aurality. Listening & knowledge in nineteenth century Colombia*. EUA: Duke Press University. Durham.
- Olmos Aguilera, M. (2011). El chivo encantado. La estética del arte indígena en el noroeste de México. México: COLEF y Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noreste.
- Pardo, P. (13 de julio, 2019). “Así son los centros de detención de inmigrantes en EEUU: ‘El hedor era horroroso, dormían sobre cemento’”. *El Mundo*. Recuperado en: <https://www.elmundo.es/internacional/2019/07/13/5d2a23cffdddfce458b4678.html>
- Pelinski, R. (s/a). El oído alerta: modos de escuchar el entorno sonoro. En *I Encuentro Iberoamericano sobre paisajes sonoros*. Madrid: Instituto Cervantes, Orquesta y Coro Nacionales de España. Recuperado en: https://cvc.cervantes.es/artes/paisajes_sonoros/p_sonoros01/pelinski/pelinski_01.htm
- Pollack, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*. Argentina: Ediciones Al Margen.
- Polti, V. (noviembre de 2011). Aproximaciones teórico-metodológicas al estudio del espacio sonoro. En *La antropología interpretada: nuevas configuraciones político-culturales en América latina*. Conferencia llevada a cabo en Actas del X Congreso Argentino de Antropología Social. Buenos Aires.
- Prieto Rodríguez, M. A. y March Cerdá, J.C. (2002). Paso a paso en el diseño de un estudio mediante grupos focales. En *Aten Primaria* 29(6): 366-373.
- Puerta, R. (2012). Entendiendo y explicando la migración hondureña a Estados Unidos. En *Argonautas y caminantes* 2, pp.65-84.
- Ramírez, J. L. (1992). El significado del silencio y el silencio del significado. En Castilla del Pino, C. (comp.) *El silencio*. Madrid: Alianza editorial.
- Rice, T. (2003). Soundselves. An acoustemology of sound and self in the Edinburgh Royal Infirmary. En *Anthropology Today* 19(4) 4-9.
- Ríos Vargas, A. D. (2014). *En mis pasos las huellas de la violencia: cartografías de la violencia en la migración de tránsito indocumentada por México*. (Tesis de maestría). México: Universidad Iberoamericana.
- Rivas Castillo, J. (2011) ¿Víctimas nada más?: migrantes centroamericanos en el Soconusco, Chiapas. En *Nueva antropología* 24(74) 9-38.
- Rodríguez, L. (17 de septiembre de 2019). A río revuelto. Ganancia de coyotes y delincuentes. En *The Exodo*. Recuperado de: <https://www.theexodo.com/single-post/2019/09/17/A-RIO-REVUELTO-GANANCIA-DE-COYOTES-Y-DELINCIENTES>

- Rodríguez, M. T. (2018). *Estar de paso. Trayectorias centroamericanas en el centro de Veracruz, México*. En Hoffmann, O. y Morales Gamboa, A. (coords.). *El territorio como recurso: movilidad y apropiación del espacio en México y Centroamérica*. Costa Rica: FLACSO, LMI MESO, IRD, UNA.
- Ruiz, O. (2003). *La migración Centroamericana en la Frontera Sur: un perfil del riesgo en la migración indocumentada internacional*. En *Center for U.S.-Mexican Studies*. Recuperado en: <https://cloudfront.escholarship.org/dist/prd/content/qt9wh8s0bk/qt9wh8s0bk.pdf>
- Sabido Ramos, O. (2017). *George Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción*. En *Revista Mexicana de Sociología* 79(2) 373-400. México: UNAM-IIS.
- Salazar Araya, S. (2018). *El retorno del cuerpo. Migración, violencia y valor en el tránsito de personas centroamericanas a Estados Unidos, 149-199*. En Barrios, J. L., Brinkman-Clark, W., Buj, J. (coords.) *El colapso de la representación. Violencias maquínicas en América Latina*. México: Universidad Iberoamericana.
- Savasta Alsina, M. (mayo de 2020) *¿Cómo se escucha el arte? Arte sonoro y auralidad contemporánea*. En *Sulponticello. Revista online de música y arte sonoro. III época*. Recuperado en: <https://sulponticello.com/iii-epoca/como-se-escucha-el-arte-arte-sonoro-y-auralidad-contemporanea/>
- Schaeffer, P. (1988). *Tratado de los objetos musicales*. (Versión española de Araceli Cabezón de Diego). España: Alianza Editorial.
- Schutz, A. (2008) *El problema de la realidad social* (2a ed.) Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ y Luckmann T. (2003) *Las estructuras del mundo de la vida* (1ª ed.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Seydel U. (Julio-Diciembre 2014) *La constitución de la memoria cultural*. *Acta Poética* 35(2), 187-214. México: Universidad Nacional Autónoma de México. FFyL. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/ap/v35n2/v35n2a12.pdf>
- Solé Arrarás, A. (2017). *Seguir a los difuntos. Una etnografía multisituada de las prácticas transnacionales*. En *Antropología Experimental* 17. 97-107. Universidad de Jaén (España).
- Suárez-Cabrera, D. L. (2015). *Nuevos migrantes, viejos racismos: Los mapas parlantes y la niñex migrante en Chile*. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud* 13(2): 627-643.
- Tamaulipas, Sinaloa, Colima, Michoacán y Guerrero: los cinco estados de México que Estados Unidos considera tan violentos como Siria y Afganistán (11 de enero de 2018). *BBC Mundo* Redacción. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-42655775>
- Tinnitus (2020). *MedlinePlus. Trusted Health Information for You*. U.S. National Library of Medicine. Recuperado en: <https://medlineplus.gov/tinnitus.html>
- Trauma (2020). *Diccionario de la lengua española* (versión electrónica). España: Real Academia Española. Recuperado de: <https://dle.rae.es/trauma?m=form>
- Trauma (2020). *Diccionario del Español de México* (versión electrónica). México: El colegio de México. Recuperado de: <https://dem.colmex.mx/Ver/trauma>
- Torres Rivas, E. (2008). *Centroamérica: entre revoluciones y democracia*. Rovira Mas, J. (comp.). Bogotá: CLACSO y Siglo del Hombre Editores.

- Valencia, Nick y Soichet, Catherine E. (21 de junio, 2019). “Falta jabón, ropa sucia y muy pocas camas crean una ‘crisis de salud’ en los centros de detención fronterizos, advierten grupos de monitoreo”. *CNN*. [Recuperado de: https://cnnespanol.cnn.com/2019/06/21/falta-de-jabon-ropa-sucia-y-muy-pocas-camas-crean-una-crisis-de-salud-en-los-centros-de-detencion-fronterizos-advierten-grupos-de-monitoreo/](https://cnnespanol.cnn.com/2019/06/21/falta-de-jabon-ropa-sucia-y-muy-pocas-camas-crean-una-crisis-de-salud-en-los-centros-de-detencion-fronterizos-advierten-grupos-de-monitoreo/)
- Vannini, P., Gottschalk, S., y Waskul, D. (2012). Toward a Sociology of Senses. En *The Senses in Self, Society and Culture. A Sociology of the Senses*. New York and London: Routledge, 3-22.
- Vogt, W. (2018). *Lives in Transit. Violence and intimacy on the migrant journey*. Estados Unidos University of California Press.
- Xin, Y. (2015). *La teoría de los actos de habla. Una sinopsis*. España. Universidad de Oviedo Recuperado de http://digibuo.uniovi.es/dspace/bitstream/10651/42654/6/TFM_Yin%20Xin.pdf